GALAXIA
Ciencia Ficción

LA PIEL DEL DIABLO

PHILIP J. FARMER

Recopilación de relatos de este autor.

Philip José Farmer

La piel del diablo

Galaxia - 61

ePub r1.0
Titivillus 20.07.16

Philip José Farmer, 1965
Traducción: Fernando M. Sesén
Diseño de cubierta: Enrich

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

LA PIEL DEL DIABLO

INTRODUCCIÓN

Después de la Guerra Apocalíptica, los diezmados restos de Francia se agruparon en el valle del Loira y se vieron gradualmente oprimidos entre dos nuevas y crecientes naciones. Los Colosos del Norte eran hostiles y, evidentemente, trataban de absorber a la pequeña Nueva Francia. Los Colosos del Sur eran amistosos y ofrecían absorber dentro de su confederación de repúblicas al estado débil con los derechos completos de miembro de la comunidad.

Una cantidad de ciudadanos franceses, orgullosos e independientes, se temió que incluso esta última alternativa significase la transmutación eventual de su lengua, religión y nacionalidad, fundiéndose con las de sus vecinos meridionales. Buscando una manera de salvación, construyeron seis enormes espacionaves que podían albergar a treinta mil personas, la mayor parte de las cuales estarían en una profunda congelación hasta que llegasen a su destino. Los seis navíos luego partieron hacia el espacio interestelar para encontrar un planeta que se pareciera lo más posible a la Tierra.

Eso ocurrió en el siglo XXII. Trescientos cincuenta años pasaron antes de que la Tierra volviera a tener noticias de ellos. Y, sin embargo, aquí no nos interesa el mundo patrio, sino la historia de un hombre de aquel grupo de pioneros que quiso abandonar Nueva Gaul y volver a navegar por entre las estrellas…

CAPÍTULO PRIMERO

Rastignac no tenía piel. Era, sin embargo, más feliz que lo fuera antes desde la edad de cinco años.

Era tan feliz como puede serlo un hombre que vive enterrado profundamente en el suelo. Las organizaciones subterráneas (subterráneas en aquellos mundos eran sinónimo de clandestinas), a menudo se encuentran bajo la superficie del suelo. Están formadas por células o celdas. La celda Número Uno de ordinario alberga al jefe de la clandestinidad.

Jean-Jacques Rastignac, jefe de la Clandestinidad Legal del reino de
L'Bawpfey,
se encontraba literalmente en una celda bajo la superficie de la Tierra. Estaba en la cárcel.

Para calabozo, no estaba mal. Tenía dos habitaciones. Una estaba hundida muy adentro del adecuado edificio, construida en la pared para que pudiese sentarse en ella cuando quería retirarse del sol o protegerse de la lluvia. La habitación adjunta se hallaba al fondo de un pozo, cuya parte superior estaba tapada con una reja de delgadas barras de acero. Aquí pasaba la mayor parte de sus horas de espera. Obligado a mirar hacia arriba si quería ver el cielo o las estrellas, por lo que Rastignac padecía en cierto modo de una tortícolis crónica.

Recibía visitas varias veces al día. A estos visitantes se les permitía inclinarse sobre la reja y admirarle. Un centinela, uno de los mosqueteros del Rey, estaba plantado cerca como censor.

Al venir la noche, Rastignac cenaba la comida que se le bajaba con cuerdas en una plataforma. Luego, otro de los mosqueteros del Rey se quedaba plantado con la espada desenvainada hasta que

acabara de cenar. Cuando retiraban la bandeja y bajaban la reja y la cerraban, el mosquetero se alejaba después de dar la vuelta a la llave.

Rastignac agudizaba su coraje dirigiéndole unos cuantos insultos escogidos especialmente dedicados al vigilante nocturno, luego entraba en la celda interior de la pared y se acostaba para dar una cabezada. Más tarde, solía levantarse y pasear arriba y abajo como un tigre enjaulado. De vez en cuando se detenía y miraba hacia arriba, escrutaba las estrellas, dejaba caer los hombros y reanudaba su frenético circuito de la celda. Pero llegaba el tiempo indudablemente en que se quedaba quieto como una estatua. Nada se movía excepto su cabeza, que giraba despacio.

—Algún día viajaré hasta las estrellas con vosotros.

Lo decía mientras miraba a las Seis Estrellas Volantes que surcaban el cielo nocturno a gran velocidad… seis estrellas brillantes que se movían en dirección opuesta a la marcha de las demás estrellas. Brillantes como Sirius visto desde la Tierra, marchando una tras la otra, como joyas en un collar de terciopelo.

Eran los seis navíos en los que los franceses originales del Valle de Loira navegaron por el espacio, buscando un hogar en un nuevo planeta. Se las colocó en órbita en torno a Nueva Gaul y se las dejó allí mientras los treinta mil pasajeros descendían a la superficie utilizando cohetes de combustible químico. La humanidad, una vez en el suelo fresco y hermoso del planeta nuevo, jamás volvió a ascender para tornar a visitar las grandes naves.

Durante trescientos años, los seis navíos circundaron el planeta conocido como Nueva Gaul siendo rayos nocturnos y recuerdos brillantes para el Hombre que le indicaban que era forastero en este planeta.

Cuando los terrestres tomaron tierra en el nuevo planeta le llamaron Le Beau Pays o, como se pronunciaba ahora:
L'Bawpfey…
El Bello País. Se mostraron encantados y extasiados con aquella tierra nueva y fresca. Después de haber dejado un planeta patrio asolado por las guerras, aquello era como salir a los cielos, entrar en ellos.

Hallaron dos especies vivas e inteligentes en el planeta y descubrieron que las especies vivían en paz y que no tenían

concepto de la guerra ni de la pobreza. Además, se mostraban ansiosas de recibir a los terráqueos dentro de su sociedad.

Es decir, siempre y cuando se integrasen, o, como ellos decían, se naturalizasen. Se les dio a elegir a los franceses de la Tierra. Se les dijo:

—Podéis vivir con la gente de la Tierra Hermosa según nuestras condiciones a guerrear con nosotros o marcharos y buscaros otro planeta.

Los terráqueos conferenciaron. La mitad decidió quedarse, la otra mitad fue partidaria de residir sólo lo suficiente para extraer mineral de uranio y elaborar productos químicos. Luego seguirían su viaje.

Pero nadie de aquel grupo de terrestres volvió a entrar jamás en los cohetes trasbordadores y ascendió hasta los seis navíos de propulsión iónica que orbitaban en torno a Le Beau Pays. Todos sucumbieron a la Filosofía de lo Natural. Al cabo de unas pocas generaciones, un forastero que pusiera pie en el planeta no hubiera sabido, sin
información previa,
que los terrestres allí existentes eran también forasteros.

Encontraría tres especies. Dos eran ovíparos de sangre caliente que habían evolucionado de manera directa de los reptiles sin convertirse en mamíferos: los Ssassaror y Anfibios. En algún lugar de su oscuro pasado, puesto que al igual que las naciones felices carecían de historia, erigieron su sociedad y desde entonces se mostraron satisfechos de ella.

Era un mundo pacífico y silencioso, muy campesino, en donde nadie tenía que esforzarse para ganarse la vida, y donde una soberbia manipulación de las fuerzas biológicas aseguraba dilatadas existencias, sin enfermedades y una lubricación social que dejaba poco espacio a las ambiciones; dejaba, mejor dicho, poco que desear, por lo menos, desde su punto de vista.

El gobierno, nominalmente, era una monarquía. Los reyes pertenecían a especies distintas al grupo que cada uno gobernaba. El rey Ssassaror regía al humano y viceversa, cada cual ayudado por hermanos y hermanas adoptivos de la raza sobre la que tenía soberanía. Estos se llamaban duques y duquesas.

La Cámara de los Diputados —

«L’Syawp
Tapfuti»— era semihumana y semiSsassaror. Los llamados reyes se turnaban presidiendo la cámara en intervalos de cuarenta días. Los diputados se elegían para mandatos diaccionales por los miembros constituyentes que no podían decepcionar a sus representantes ni a los pretéritos de éstos, a causa de las Pieles sensitivas que les permitían determinar el valor y la sinceridad de sus sentimientos.

Sólo en una costumbre diferían los exterrestres de sus vecinos. Era en la de portar armas. Al principio, los Ssassaror permitieron a los hombres llevar sus cortos espadines, para que se sintiesen seguros en medio de los seres extrahumanos.

Al correr el tiempo, sólo los mosqueteros del rey —y miembros de la clandestinidad oficial— tuvieron licencia para llevar espadas. Estos hombres eran aventureros congénitos, Individuos que necesitaban la pelea y la rebelión en nombre del individualismo.

Como los robadores de huevos, precisaban de una institución en la que pudieran dar rienda suelta a su vapor antisocial.

Desde el principio, los anfibios se mostraron algo separados de los Ssassaror y cuando llegaron los terrestres, esta separación no se redujo lo más mínimo. No obstante, mantenían excelentes relaciones de mucho tiempo atrás y participaban también en la costumbre del Intercambio.

Esta costumbre del Intercambio era otro ingenio social creado milenios atrás para mantener una mutua comprensión entre todas las especies del planeta. Resultaba una institución peculiar, que los terrestres encontraron difícil de comprender e incluso más difícil de adoptar. No obstante, una vez se aceptaron las Pieles cambiaron de actitud, olvidaron sus especulaciones acerca del origen de la costumbre y se lanzaron a la tarea de robar niños… huevos… de otra raza, para educar y criar a las criaturas como si fueran propias.

«Tú me robas el nido: yo te robaré el tuyo». Ese era su lema y daba resultado.

Se formó un Gremio de Ladrones de Huevos. La raza humana garantizó, por un preció, traer a una familia un niño Ssassaror para reemplazar al que le había sido robado. O si se vivía en la playa o costa y algún anfibio se había deslizado en la habitación de la cuna llevándose al hijo de la familia —siempre, según las reglas, menor de dos años—, entonces los agremiados le traerían como

compensación a una criatura anfibia, o al hijo de un intercambista humano educado por la gente marina.

Se le criaría y se le querría como si fuera propio. ¿Cómo podía evitar querérsele? La Piel que decía que era una cosa pequeña y desvalida y que te necesitaba y, que a pesar de su aspecto, era tan humano como cualquiera de los hijos naturales y propios. No era preciso que te preocupases por el que te habían raptado. Recibiría tan buenos cuidados como tú darías a este sustituto.

Jamás se le ocurrió a nadie abandonar el robo y cambiar voluntariamente a los niños. Quizás eso era porque forzaría incluso la naturaleza amante de los que llevaban Piel, al verse obligados a ceder parte de su propia carne y sangre. Pero una vez que la transferencia tenía lugar les era fácil adaptarse.

O, quizá, se mantenía la costumbre a causa de que la tradición es más fuerte que la ley, en una sociedad de monarquía campesina, y también porque el robo de huevos y niños daba a los ciudadanos más atrevidos una oportunidad de desahogarse de su tensión y comportamientos antisociales.

Los motivos de tal tradición sólo hubiera podido averiguarlos un historiador, pero no habían historiadores en El Bello País.

Tiempo atrás, mucho tiempo atrás, los Ssassaror habían descubierto que si vivían sin comer carne, resultaría más fácil dominar su beligerancia, obedeciendo a las Pieles y permaneciendo en plan cooperativo. Así pues, indujeron a los terrestres a declarar prohibido el comer carne. El único inconveniente a la dieta no carnívora fue que tanto Ssassaror como los hombres se hicieron de menor estatura, al mismo tiempo que perdían agresividad, de modo que la mayor parte de ellos apenas llegaban a la altura de la barbilla de los seres humanos normales. Estos, a su vez, hubieran parecido bajitos a un europeo occidental.

Pero Rastignac, un terrestre, y su buen amigo, Napfarity, el gigante Ssassaror, rompieron la prohibición cuando eran niños y jugaban juntos en la playa, en donde por primera vez comieron alimentos marinos por curiosidad; luego continuaron haciéndolo porque les gustaba. Y, a causa de su dieta rica en proteínas, el terrestre llegó a alcanzar más del metro ochenta de estatura y el Ssassaror pareció haber disparado un cohete dentro de su cuerpo que lo expandiera. Aquellos Ssassaror que compartían su culpa, que

comían carne, eran condenados al ostracismo, y eventualmente obligados a vivir solos. Se les llamaba gigantes Ssassaror y constituían un objeto de, elección para los jóvenes normales Ssassaror y humanos del continente.

* * *

Sin embargo, si un forastero hubiese aterrizado poco antes del nacimiento de Rastignac, habría advertido que no todo era tan sereno como se suponía, entre las diferentes especies. El defecto existente en el antiguo Edén podía haberle turbado si no se conociera la previa historia de
L'Bawpfey,
y el hecho de que la situación no había cambiado para empeorar hasta la introducción del intercambio humano entre los anfibios.

Entonces fue cuando empezó la costumbre entre ellos de beber sangre, cuando los anfibios iniciaron su seducción a los humanos para convencerles de que bebiesen en su compañía, contándoles cuentos de fácil inmortalidad y también fue cuando iniciaron el sistema de dejar pequeños carnívoros salvajes en las cunas humanas.

Cuando los habitantes de la Tierra protestaron, los anfibios replicaron que esas cosas las realizaban proscritos o seres antinaturales y que el rey del mar no podía hacerse responsable de tal comportamiento. Se dio permiso para cadicear a aquellos que fueran sorprendidos en tal conducta.

No obstante, persistió el recelo de que el monarca anfibio había dado su aprobación extraoficial y que preparaba movimientos incluso más ultrajantes y disgustadores. A través de su control del populacho por la Piel Maestra podría hacer con sus mentes lo que se le antojara.

Eran las Pieles las que hacían posible la paz universal en el planeta de Nueva Gaul. Y seguía la costumbre de tales Pieles, la que posibilitaría el cambio de la paz al conflicto entre el populacho.

Aunque las Pieles artificiales se instalaban al nacer en todos los niños —y crecían con ellos, sujetas a su cuerpo, alimentándose de su torrente sanguíneo, del sistema nervioso—, estas Pieles, controladas por una enorme Piel Maestra que flotaba en un

recipiente con productos químicos en el palacio de los gobernantes alimentada, electrizada y cuidada día y noche por una brigada de los científicos más brillantes del planeta, daba a los reyes un control completo de las mentes y nociones de los habitantes de aquel mundo.

Originalmente, los gobernantes de Nueva Gaul habían deseado sólo que el populacho viviese en paz y disfrutase igualmente de las cosas buenas de su planeta. Pero el cambio que se produjo gradualmente —el creciente conflicto entre los reyes de las diferentes especies para controlar a toda la población— ya empezaba a sentirse de manera general. La intranquilidad, la desconfianza mutua aumentaba entre la gente. He aquí porque se legalizó la Clandestinidad, la Filosofía de la Violencia por decreto del gobierno y el esfuerzo por controlar la revuelta que se estaba gestando.

No obstante, los habitantes de la Tierra habían logrado ignorar el número creciente de actos malévolos.

Pero no todos se contentaban con mostrarse apagados. Un hombre se reveló. Era Rastignac.

Las Seis Estrellas eran la esperanza de Rastignac, los dioses a quienes rezaba. Cuando pasaban rápidamente perdiéndose de su espacio de visión, continuaba sus paseos, meditando por enésima vez en los medios de llegar a uno de estos navíos y utilizarlo para visitar las estrellas. El fin de sus fantasías era siempre una maldición a causa de la futilidad de tales esperanzas. ¡Estaba condenado! ¡La humanidad estaba condenada!

* * *

Y todo resultaba más enaltecedor, a causa de que el hombre no admitiría que estaba perdido. Es decir, acabado como ser humano.

El hombre cambiaba en algo que no era del todo homo sapiens. Podía ser una evolución deseable, pero significaría el fin de su ascensión hacia lo alto. Eso es lo que opinaba Rastignac. Y él, siendo hombre como era, estaba decidido a hacer sigo para remediarlo, aun cuando esto entrañase la violencia.

Por eso se encontraba ahora en el calabozo. Era el abogado de la violencia contra el estado actual de cosas.

— II —

Había otra celda contigua a la suya. Se encontraba también al fondo de un pozo y quedaba separada de la de Rastignac por un fino tabique de cemento. El tabique tenía una ventana, de manera que los prisioneros pudiesen hablar uno con otro. Rastignac no se preocupaba por la mujer que ocupaba el calabozo vecino, pero ella se mostraba siempre deseosa de hablar.

«Intercambistas anfibios» era el nombre dado a aquellos seres humanos que habían sido relevados de sus cunas y criados entre anfibios no humanoides como hijos propios. La chica de la celda contigua, Lusine, pertenecía a esa clase. No era culpa suya que se hubiera convertido en un anfibio bebedor de sangre. Sin embargo, no podía evitar, Rastignac, cierta simpatía por lo que la mujer había hecho y por el estado de cosas que representaba.

Estaba encarcelada porque se la pilló en el acto de robar al hijo de un hombre de su cuna. Esto no era crimen legal, pero había dejado en la camita, bajo las sábanas, a un monstruo pequeño, salvaje y sanguinario, que saltó y clavó sus colmillos en la garganta de la confiada madre de la criatura.

La celda de Lusine quedaba iluminada por una jaula llena de luciérnagas. Rastignac, atisbando a través de la reja, podía ver su figura imprecisa en la celda interna excavada dentro de a pared. Ella se levantó con languidez y entró en el círculo de débil luz anaranjada proyectada por los insectos.

— *miweh*
B'zhu,
—le saludó.

A Rastignac le molestó que Lusine le llamase hermano, y aún se molestó más al darse cuenta de que ella se percataba de su

irritación. Era verdad que tenía, en cierto modo, motivos para dirigírsele de esta manera. Los dos se parecían. Al igual que Rastignac, la joven poseía una abundante cabellera de un negro azulado, cejas gruesas en forma de paréntesis, ojos castaños, nariz recta y barbilla saliente. Y allá donde la construcción de Rastignac era soberbiamente masculina, la de Lusine resultaba magníficamente femenina.

No obstante, esto no le daba derecho a hablarle. Ella conocía la antipatía que los que caminaban por la tierra sentían hacia los intercambistas anfibios y encontró un encanto perverso en provocarle.

Rastignac se enorgullecía de que raras veces dejaba entrever a la muchacha su irritación.

— *fam tey zafeep*
B'zhu,
—dijo—. Buenas noches, mujer de los anfibios.

Burlona, ella contestó:

—¿Has estado contemplando las Seis Estrellas Volantes, Jean-Jacques?

—Si. Lo hago cada vez que pasan por encima.

—Y, ¿por qué padece tanto tu corazón, ya que no puedes volar hasta ellas y viajar por las estrellas tripulando una de esas naves?

Rastignac se negó a satisfacer la curiosidad femenina contándole sus verdaderos motivos. No quería que ella supiera lo poco que apreciaba a la humanidad y lo escasas que consideraba sus posibilidades de supervivir, como tal humanidad, en la superficie de este planeta,
L'Bawpfey.

—Las miro porque me recuerdan que el hombre fue una vez dueño de su alma.

—Entonces, ¿admites que los caminantes terrestres son débiles?

—Creo que empiezan a convertirse en no humanos, lo que implícitamente lleva en sí la admisión de que son débiles. Pero lo que yo digo de los terrestres se aplica también a los marítimos. Vosotros, los intercambistas, cada día os convertís en anfibios y sois menos humanos. A pesar de las Pieles, los anfibios gradualmente os cambian. Pronto os convertiréis por entero en gente marina.

Ella soltó una carcajada desdeñosa, mostrando unos dientes

blancos perfectos.

—El mar ganará a la tierra. Se lanza contra la costa y la sacude con el peso de su cuerpo. Se come la roca y el suelo, y lo absorbe todo en su propio ser. Ni puede desgastarse, ni se puede atrapar y sujetar dentro de una red. Es esquivo, todopoderoso e incansable.

Lusine hizo una pausa para respirar. Rastignac dijo:

—Es una analogía muy bonita, pero sin aplicación. Vosotros los marinos sois tan de carne y hueso como nosotros los terrestres. Lo que a nosotros nos duele, también os duele a vosotros.

Ella pasó un brazo en torno a un barrote. El resplandor luminoso le caía de lleno, de forma que mostró a las claras la membrana de piel entre sus dedos. Rastignac la miró con una débil repulsión, nacida de una especie de contracorriente hacia la atracción femenina. Aquella era la mano que, indirectamente, derramó sangre.

Ella le contempló de reojo, desafiándole con sus tonos temblorosos.

—No eres quién para tirar la primera piedra, Jean-Jacques. He oído que comes carne.

—Pescado, no carne. Forma parte de mi Filosofía de la Violencia —repuso él—. Sostengo que uno de los motivos de que el hombre pierda su fuerza y su potencia es que lleva mucho tiempo sometido a una dieta vegetariana. Se acobarda y se somete como todos los herbívoros de los campos.

Lusine apoyó la cara en los barrotes.

—Muy interesante —dijo—. Pero ¿cómo empezaste a comer pescado? Yo creí que era cosa nuestra sólo, de los anfibios.

Lo que acababa de decir Lusine le encolerizó. No obtuvo respuesta.

Rastignac sabía que no debería hablar a un intercambista marítimo. Eran marinos y seductores y siempre buscaban modos de retorcer los pensamientos de su interlocutor. Pero, al ser Rastignac, necesitaba hablar. Además, resultaba difícil encontrar a alguien que quisiera escuchar sus ideas, por lo que le resultó difícil resistir la tentación.

—Me dio pescado Mapfarity, el Ssassaror, cuando yo era niño. Vivíamos en la playa. Mapfarity también era un crío y jugábamos juntos. «¡No comas pescado!», me ordenaron mis padres. Eso para

mí significaba: «¡Cómelo!». Así, a pesar de mi disgusto ante la idea y a las náuseas de mi estómago, comí pescado. Y me gustó. Y al convertirme en hombre adopté la Filosofía de la Violencia y continué comiendo pescado, aunque no soy un intercambista.

—¿Qué hiciste con tu Piel cuando te lo detectó? —preguntó Lusine. Tenía los ojos muy abiertos y luminosos de extrañeza y con una especie de júbilo, como si disfrutara con la confesión de los pecados de Rastignac. También sabía él que le provocaba acerca de la utilidad de sus ideas de violencia mientras fuese prisionera de la Piel.

Frunció el ceño enojado al acordarse de aquella Piel. Había pensado mucho en ella, de modo débil, considerando la posibilidad de vivir sin tal adminículo.

Avergonzado ahora de su débil resistencia a la Piel, balbuceó delante de la provocativa chica anfibia:

—Mapfarity y yo descubrimos algo que mucha gente ignora —respondió fanfarrón—. Hallamos que si uno aguanta las sacudidas que le da su Piel cuando hace algo malo, la Piel se cansa y abandona al cabo de un rato. Claro, que la piel de uno se vuelve a recargar y la vez siguiente que uno come pescado te vuelve a producir sacudidas, pero, después de muchas, muchísimas sacudidas, se acostumbra, olvida su acondicionamiento y te deja en paz.

Lusine soltó una carcajada y dijo en tono bajo y conspiratorio:

—¿De modo que tu compañero es Ssassaror y tú adoptaste la Filosofía de la Violencia porque permanecisteis siendo comedores de carne y pescado?

—Sí, por eso. Cuando Mapfarity llegó a la puerta se convirtió en gigante y se fue a vivir en el castillo del bosque. Pero hemos seguido siendo amigos mediante nuestras relaciones con la clandestinidad.

—Vuestros padres debieron sospechar que erais comedores de pescado cuando propusisteis al principio vuestra Filosofía de la Violencia, ¿verdad? —dijo ella.

—La sospecha no constituye prueba —fue la respuesta de Rastignac—. Pero no debiera decirte esto, Lusine. Considero que no corro peligro: contártelo porque nunca tendrás oportunidad de hablar en mi contra. Pronto te llevarán al Cáliz y allí te quedarás

hasta que te hayas curado.

La chica se estremeció y dijo:

—¿Qué es ese Cáliz?

—Es un lugar muy al norte en donde tanto terrestre como Ssassaror envían a sus incorregibles. Se trata de un volcán extinguido cuyo escarpado interior hace imposible escapar. Aquellos que persisten en un comportamiento antinatural reciben un tratamiento especial.

—¿Se les sangra? —preguntó ella con los ojos desorbitados mientras chasqueaba la lengua hambrienta entre sus labios.

—No; se les coloca una casta particular de Piel. Estas Pieles les dan sacudidas más potentes que las corrientes y estas sacudidas quedan asociadas con la costumbre que tratan de curar. Las sacudidas efectúan una cura. También, estas Pieles especiales, se utilizan para detectar emociones ocultas antinaturales. Reacondicionan al desviado. El resultado es que cuando el hombre encalizado queda considerado como capaz de salir y ocupar otra vez su lugar en la sociedad, ha quedado reacondicionado del todo. Luego, se le devuelve su Piel normal y ya no tiene dificultades en mantenerse en adelante dentro de las normas establecidas. El hombre encalizado resulta un bonísimo ciudadano.

—¿Y qué ocurre si un revolucionario no se deja encalizar, no permite el dominio de la nueva Piel?

—Pues que permanece en el Cáliz hasta que decide someterse.

La voz de ella se alzó aguda mientras dijo:

—Pues si yo voy allí y no se me da la dieta de los anfibios, envejeceré y moriré…

—No. El gobernante te proporcionará la dieta que necesitas hasta que estés ya acondicionada. Excepto… —hizo una pausa.

—Excepto que no me proporcionarán sangre —gimió ella.

Luego, dándose cuenta de que se portaba de manera indigna ante el terrestre, reafirmó su voz, diciendo:

—El rey de los anfibios no permitirá que me hagan esto. Cuando se entere exigirá mi devolución. Y si el rey de los hombres se niega, mi monarca utilizará la violencia para recuperarme.

Rastignac sonrió y dijo:

—Ojalá lo haga. Entonces, quizá, mi pueblo despertará y se desembarazará de sus Pieles y se enfrentará a tu pueblo.

—¿De modo que eso es lo que queréis vosotros, los Filósofos de la Violencia? Bueno, no lo conseguiréis. Mi padre, el rey anfibio, no será tan tonto como para declarar una guerra.

—Supongo que no —replicó Rastignac—. Enviará a una banda para recatarte. Si se les pilla, sus componentes dirán que son criminales y que no operan bajo las órdenes del rey.

Lusine alzó la vista para ver si el centinela se asomaba por la boca del pozo, escuchando. Al no percibir a nadie, asintió y dijo:

—Tú deducción es correcta. Y por eso nos reímos tanto de vosotros, estúpidos humanos. Sabéis tan bien como nosotros lo que sucede, pero tenéis miedo de decírnoslo. Seguís aferrados a la idea de que vuestra política de ofrecer la otra mejilla nos ablandará y asegurará la paz.

—Yo no —dijo Rastignac—. Conozco perfectamente bien que hay una solución al problema del hombre. Es…

—Es la violencia —acabó ella la frase—. Precisamente esa violencia es la que vais predicando. Y por eso te encuentras en esta celda, esperando que se te juzgue.

—No lo comprendes —dijo Rastignac—. A los hombres no se les mete en el Cáliz por proponer nuevas filosofías. Mientras se comporten con naturalidad, pueden decir lo que se les antoje. Incluso solicitar al rey que se constituya una ley amparando la nueva filosofía. El rey entrega la solicitud a la Cámara de Diputados. Estos la examinan y le preguntan al pueblo. Si al pueblo le gusta, se convierte en ley. La única dificultad del procedimiento es que puede emplear diez años antes de que la ley sea considerada por la Cámara de Diputados.

—Y en esos diez años —se burló ella—, los anfibios y los intercambistas anfibios habrán conquistado el planeta.

—Eso es verdad —reconoció Rastignac.

—El rey de los humanos es un Ssassaror y el rey de los Ssassaror es un hombre —dijo Lusine—. Vuestro rey no ve ningún motivo para cambiar el estado de cosas. Después de todo, los Ssassaror son responsables de las Pieles y de la situación del hombre en la sensible sociedad de este planeta. ¿Por qué iba a favorecer una política de Violencia? Los Ssassaror odian la violencia. Y siendo así, ¿has predicado la Violencia sin esperar que se convierta en ley? ¿Y por tal motivo te encuentras en esta celda?

—No exactamente. Los Ssassaror hace mucho tiempo saben que reprimir demasiado la naturaleza beligerante del hombre sólo conduce a una explosión. Por tanto, el rey me hizo socialmente Jefe de la Clandestinidad y me dio una licencia estatal para predicar… la Violencia. Incluso se me permite abogar por el derrocamiento del sistema presente de gobierno… mientras no tome acción que dé resultados demasiado efectivos. Estoy ahora en la cárcel porque el Ministro de Mala Voluntad me metió aquí. Hizo que examinasen mi Piel y se encontró que era «insana». Creyó que sería mejor encerrarme hasta que vuelva a recuperar la «salud». Pero el rey…

— III —

La risa de Lusine fue como el cántico de un pájaro plateado. Cualesquiera que fuesen sus apellidos inhumanos, tenía una hermosa voz. Dijo:

—¡Muy cómico! ¿Y cómo tú, con tus valientes ideas, accedes a que te consideren una figura inofensiva de diversión? —preguntó.

—Lo consiento porque no tengo otro remedio; igual te pasa a ti —gruñó.

Ella apretó los barrotes de la ventana hasta que los tendones del dorso de sus largas manos destacaron y la membrana entre sus dedos se extendió como una telaraña hinchada. Con el rostro descompuesto, le escupió:

—¡Cobarde! ¿Por qué no matas a alguien y romper este molde ridículo… que la Piel de los Ssassaror ha vertido dentro de ti?

Rastignac guardó silencio. La pregunta era buena. ¿Por qué no lo hacía? Matar era el resultado lógico de su filosofía. Pero la Piel le mantenía dócil. Sí, vagamente podía ver que con toda intención cerraba los ojos al destino hacia el que viajaban sus ideas, lenta pero inevitablemente. Había otra faceta en la respuesta a su pregunta… si tenía que matar, no mataría a un hombre.

Su filosofía se dirigía derecha hacía los anfibios y a los Intercambistas marinos.

—La violencia no significa por necesidad derramamiento de sangre, Lusine —dijo—. Mi filosofía apremia que debemos emprender una acción más vigorosa, que tenemos que derrocar algunas de las instituciones biosociales que aprisionan al hombre y le despojan de su dignidad como individuo.

—Sí, ya he oído que deseas que el hombre deje de llevar la Piel. Eso es lo que ha horrorizado a tu pueblo, ¿verdad?

—Sí —contestó él—. Y comprendo que ha causado el mismo efecto entre los anfibios.

Ella giró sus ojos castaños destellando en la débil luz de las luciérnagas.

—¿Y por qué no? ¿Qué seriamos sin nuestras pieles?

—¿De veras lo preguntas? —contestó Rastignac, soltando una carcajada de desprecio.

Muy seria, ella dijo:

—Tú no comprendes. Las Pieles nuestras, de los anfibios, no son como las vuestras. No las utilizamos por el mismo motivo que utilizáis las vuestras. Estáis aprisionados por vuestras Pieles… ella os dice cómo debéis sentir, lo qué tenéis que pensar. Por encima de todo, os impide alcanzar ideas de no cooperación o no integración con la naturaleza como total. Que eso, para nosotros los anfibios individualistas, es falso. El propósito de nuestras Pieles es asegurar que los súbditos de nuestro rey comprendan lo que quiere, para que todos actuemos unidos, proporcionando así mayor progreso a la gente marina.

La primera vez que oyó Rastignac aquella afirmación, se partió de risa. Ahora, sin embargo, conociendo que la muchacha no podía ver la falacia intrínseca, no intentó discutir el asunto. Los anfibios eran, a su manera, tan ingenuos como los caminantes sobre la tierra, si no más.

—Mira, Lusine —dijo él—; hay sólo tres lugares en donde un hombre puede quitarse su Piel. Uno es su propia casa, cuando puede colgarla en el perchero. El segundo es cuando se encuentra, como nosotros, en la cárcel y por tanto no puede perjudicar a nadie. El tercero es cuando un hombre llega a Rey. Ahora tú y yo llevamos una semana sin nuestras Pieles. Estamos sin ellas más tiempo que cualquiera, excepto el Rey. Dime la verdad, ¿no te sientes libre por primera vez en la vida? ¿No notas como si no pertenecieras a nadie excepto a ti misma, que no tienes por qué dar cuentas a nadie si no es a tu propia persona, y que te gusta esa sensación? ¿Y no temes el día en que saldremos de la cárcel y nos harán llevar otra vez nuestras Pieles? Ese día, cosa curiosa será el día en que perderemos nuestra libertad.

Lusine parecía como si no entendiera lo que él le decía.

—Ya verás lo que quiero darte a entender cuando estemos libres

y nos devuelvan las Pieles —continuó. Inmediatamente después se sintió embarazado. Recordó que la muchacha iría hasta el Cáliz en donde se usaban las Pieles más pesadas y potentes para sujetarlas a los hombros de los antinaturales.

Lusine no hizo caso. Estaba considerando la ultima parte y más significativa de todo lo dicho.

—No podrías ganar contra nosotros —dijo, mirándole con atención en busca del efecto de sus palabras—. Tenemos un arma irresistible. ¡Poseemos la inmortalidad!

El rostro de Rastignac no perdió su imperturbabilidad.

La joven prosiguió:

—Y lo que es más, podemos proporcionar la inmortalidad a cualquiera que se despoje de su piel y adopte la nuestra. No creas que tu pueblo no lo sabe. Por ejemplo, durante el último año, más de dos mil humanos que vivían a lo largo de as playas desertaron y se pasaron a nosotros, los anfibios.

Se mostró algo sorprendido al oír aquello, pero no dudó de las palabras de la muchacha. Recordaba el misterioso caso de la goleta Le Pauvre Pierre, que se encontró a la deriva y sin tripulación, y también recordó una conversación que tuvo con un pescador en su puerto natal de Marrec.

Se puso las manos a la espalda y empezó a pasear. Lusine continuó mirándole a través de los barrotes. A pesar del hecho de que su cara estaba en las sombras, Rastignac podía advertir, o notar, la sonrisa de la muchacha. Lo había humillado, al final ella era la que ganaba.

Rastignac dejó su limitado deambular y llamó al centinela:

—*¿Shoo kal u ay tee?*

L'tootyay,

El centinela se asomó por la reja. Su gran sombrero con las altas alas saliendo de la copa eran verdes a la luz del día. Pero ahora, iluminadas sólo por la lejana luz de las antorchas y por una luciérnaga enroscada en torno a la cinta, quedaba el rostro en negro.

—Ah, *shoo Zhaw-Ahawk*

W'stenyek

—dijo en voz alta—. ¿Qué hora es? ¿Y qué te importa la hora que sea? —Mientras terminaba con la frase esteriotipada del carcelero,

inmutada a través de millares de años y también impertérrita a pesar de las distancias de años luz, dijo—: No has de ir a ningún sitio, ¿verdad?

Rastignac echó la cabeza atrás para insultar al centinela, pero se detuvo para parpadear ante el súbito dolor de su cuello. Luego de murmurar: «*Sek Plool*» y «
¡S'pweest'ee!
», ambas frases muy próximas al antiguo francés terrestre para que un especialista en lenguajes no pudiera reconocerlas, dijo, más tranquilo:

—Si me dejas salir a tierra firme, monsier le foutriquet, y me das una buena espada, te enseñaré a dónde voy. O, por lo menos, a dónde irá mi espada. Me estoy imaginando una magnifica vaina para guardarla.

Esta noche tenía un motivo especial para atraer la atención del mosquetero del Rey sobre si mismo. Así, cuando el guardia se cansó de devolver insultos, principalmente a causa de su limitada imaginación, que no le permitía inventar ninguna ofensa nueva, Rastignac comenzó a contar chistes, dirigidos al escaso intelecto del mosquetero.

—Entonces —dijo Rastignac—, se presentó el viajante de comercio cuyo
s'fel
perdió un zapato. Llamó a la puerta de la cabaña del campesino más próximo y dijo… —Lo que el viajante nunca supo.

Desde arriba llegó un gemido estrangulado.

— IV —

Rastignac vio algo enorme que bloqueaba la pequeña sombra del centinela. Luego, ambas figuras desaparecieron. Un momento más tarde, una silueta apareció por entre las líneas de la reja. Los goznes mal engrasados chirriaron: los barrotes se levantaron. Una cuerda se desenrolló para caer a los pies de Rastignac. La cogió y se notó izado poderosamente hacia la boca del pozo.

Cuando llegó al borde, vio que su salvador era un gigante Ssassaror. La luz de la luciérnaga del sombrero del centinela iluminaba débilmente su rostro, que era regular y tenía ojos y labios del todo humanoides. Unos grandes colmillos le sobresalían de la boca y sus enormes orejas culminaban en unos mechones plumosos. La frente baja hasta las cejas parecía como si necesitase un afeitado, pero Rastignac sabía que con más luz aparecerían las sombras negroazuladas de las pequeñísimas plumas y no del vello crecido.

—¡Mapfarity! —exclamó Rastignac—. ¡Me alegro de verte después de tantos años!

El gigante Ssassaror puso su mano en el hombro de su amigo. Crispada, era casi tan grande como la cabeza de Rastignac. Habló con una voz como la tos de un león sonando desde el fondo se un profundo pozo.

—Me alegra de volverte a ver, amigo mío.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Rastignac, las lágrimas cayéndole por la cara mientras acariciaba los enormes dedos que se apoyaban en su rostro.

Las grandes orejas de Mapfarity temblaron como las alas de un murciélago atado a una roca e incapaz de despegar. Los mechones de plumas de sus extremos se pusieron rígidos y de pronto chasquearon con diminutas chispas.

La exhibición eléctrica era equivalente a la alegría humana. Ambas criaturas desahogaban sus emociones; sus cuerpos escogieron diferentes caminos y manifestaciones. No obstante, la vista de alegría mutua les afectaba profundamente. —He venido a rescatarte —dijo Mapfarity—. Pesqué a Archambaud, aquí presente —señaló al hombre—, robando huevos de mi ganso dorado y…

Raoul Archambaud —pronunciado *Wawl Shetwo*— le interrumpió excitado:

—Enseñé mí licencia para robar huevos de los gigantes que criaban gansos contrahechos, pero de todos modos pretendía encerrarme. Quería quitarme la Piel y darme carne para comer…

—¡Carne! —exclamó Rastignac atónito y con nauseas a pesar de sí mismo—. Mapfarity, ¿qué has estado haciendo en ese castillo tuyo?

Mapfarity bajó la voz para equipararla al instante al gemido de una catarata.

—He llevado una vida muy activa durante estos últimos años —dijo—, porque soy tan grande que me duelen los pies si camino demasiado Así que tuve bastante tiempo para pensar. Y yo por lógica, decidí que el paso siguiente después de comer pescado era comer carne. Ya no podía crecer más, así que comí carne. Y mientras lo hacía llegué a la misma conclusión que tú, aparentemente, alcanzaste de manera independiente Es decir, la Filosofía de…

—De la Violencia —interrumpió Archambaud—. Ah, Jean Jacques, tener algún lazo místico que a vosotros dos, humanos de diferente cuna como la tuya y la de Ssassaror, os reúne, proporcionándoos a ambos la misma filosofía. Cuando le escuché lo que estabas haciendo y que te encontrabas en la cárcel porque habías abogado por desembarazarte de las Pieles, Mapfarity solicitó…

—Al Rey que efectuase o concediese permiso para un asalto oficial a la cárcel —dijo Mapfarity, con una mirada impaciente al rechoncho ladrón de huevos—. Y…

—El Rey aceptó —volvió a interrumpir Archambaud—, siempre y cuando Mapfarity le entregase su ganso contrahecho y accediese a convencerte para que no dijeses nada más sobre abandonar las Pieles, pero…

La voz baja y profunda del gigante sobrepasó el tono alto del ladrón de huevos.

—Si este entrometido deja de interrumpir quizás podamos seguir adelante con el rescate. Si no te importa hablaremos más tarde.

En aquel instante, la voz de Lusine subió flotando desde el fondo de su celda.

—Jean-Jacques, amor mío, mi valiente, mi cielo, ¿me abandonarías para que me llevasen al Cáliz? ¡Por favor, llévame contigo! Necesitarás alguien que te esconda cuando el Ministro de Mala voluntad envíe a por ti sus mosqueteros. Yo puedo esconderte en donde nadie te encontrará —su voz era burlona, pero había un tono oculto de ansiedad en ella.

Mapfarity murmuró:

—Ella nos esconderá, sí, en el fondo de una cueva marina en donde tomaremos alimentos extraños y sufriremos un cambio. Jamás…

—Jamás confíes en un anfibio —terminó por él Archambaud.

Mapfarity se olvidó de susurrar.

— *vu nu fez vey! sa!*
¡Bey-t'cul,
¡Fe'm
—rugió.

Un murmullo sorprendido llenaba el patio. Sólo la penosa respiración de Mapfarity se podía escuchar. Luego, sin cuerpo alguno visible que la produjese, la voz de Lusine tornó a flotar desde el pozo.

—Jean-Jacques, no te olvides que soy la hija adoptiva del rey de los anfibios. ¡Si me llevases contigo podría asegurarte la seguridad y una cálida bienvenida en los salones del palacio del Rey del Mar!

—¡Bah! —exclamó Mapfarity—. ¡Esa bruja con membranas interdigitales!

Rastignac no le contestó. Tomó el amplio cinturón de seda y la espada envainada de Archambaud y se lo colocó en torno a la cintura. Mapfarity le entregó un sombrero de mosquetero, que se encasquetó con firmeza. Por último, tomó la Piel que el gordo ladrón de huevos le estas también tendiendo.

Por primera vez, dudó. Era su Piel, la que había estado llevando desde que tenía seis años Creció con él, se alimentó de su sangre

durante veintidós años, se la aferró como ropa, como su sensor y su sancionador, y se separó de él solo cuando se encontraba dentro de las paredes a su propia casa, se iba a tomar el baño o cuando como durante los últimos siete días, estaba en la cárcel.

Hacía una semana, después de que le quitaron su segunda Piel, que se notó como desnudo y desvalido y desgajado de sus criaturas amigas. Pero eso fue hace una semana. Desde entonces, como hizo notar a Lusine, había experimentado el nacimiento de una sensación extraña. Al principio era terrible. Le hacía aferrarse a los barrotes como si fueran la única cosa estable en el centro de un universo atorbellinado.

Más tarde, cuando el primer mareo hubo pasado, se sintió presa de otra intoxicación… la alegría de ser un individuo, el conocimiento de que formaba una unidad separada, no era parte de una multitud. Sin la Piel podía pensar lo que se le antojara. No tenía sensor alguno.

Ahora volvía a estar al nivel del suelo, fuera de la celda. Pero tan pronto hubiese dejado atrás aquel pozo prisión, se enfrentaría con la antigua segunda Piel.

Archambaud la sostenía en sus manos como si fuese una capa. En realidad se parecía más a un saco harapiento. Estaba pálida y desmadejada y era toscamente rectangular con cuatro extensiones en cada esquina. Cuando Rastignac se la pusiera en la espalda, hundiría cuatro diminutos dientes huecos en sus venas y las ventosas de la superficie interna de su cuerpo plano se le aferrarían. Sus largas extensiones superiores se envolverían en torno a sus hombros y pecho; las inferiores, alrededor de los riñones y muslos. Pronto perdería su palidez y su aspecto flácido, convirtiéndose en algo rosado y ligeramente convexo, latiendo al recibir sangre de Rastignac.

— V —

Rastignac dudó unos pocos segundos. Luego dejó que el hábito de toda la vida le dominara Suspirando, se giró de espaldas. Al momento notó cómo la carne fría descendía sobre sus hombros y la pequeña mordedura de los cuatro dientes mientras se ajustaba la Piel a su organismo. Luego, mientras su sangre se vertía dentro de la criatura, la notó calentarse y fortalecerse. Se extendió y siguió los pasadizos que desde mucho tiempo atrás estaba acondicionada para seguir, envolviéndole cálida y amantemente, dándole una cierta comodidad. Como sabía, aunque no podía notarlo, la Piel estaba adentrando nervios por los surcos de los dientes. Nervios que se conectarían con los de su cuerpo.

Un minuto más tarde, experimentó el primer informe esperado. No era nada que se pudiera señalar mentalmente. Era un tintineo difuso y luego la súbita conciencia de cómo lo sentían los demás a su alrededor.

Eran como fantasmas en el trasfondo de su mente. No obstante, pálidos y ensoplasmáticos, resultaban fácilmente identificables. Mapfarity se cernía por encima de los otros, un coloso transparente irradiando chorros de confianza en su torpe fuerza. Un carnívoro, inseguro acerca del futuro, con una esperanza y fe en Rastignac para que le mostrase el camino adecuado. Y con una corriente de cólera contra el conquistador que le había colocado encima la Piel.

Archambaud era un fantasma más pequeño, rollizo incluso en sus manifestaciones físicas, emitiendo ráfagas de impaciencia porque otras personas no hablaban lo bastante de prisa para su conveniencia, su mente saltando por delante de sus lenguas, sus dedos retorciéndose para envolverse en torno a algo valioso —preferiblemente huevos de ganso dorado— y una ansiedad general

para remontarse, dar vueltas y seguir hacia adelante. Era como un huevecillo redondo sobre dos patas y, sin embargo, también era un buen hombre para cualquier proyecto que necesitara acción.

De manera débil, Rastignac notó la presencia del guardia atontado como si fuesen los brotes de alguna planta del fondo del mar, flotando en el verde crepúsculo, en la paz de la inconsciencia.

Y todavía, de manera más débil, notó la presencia de Lusine, parapetada por los muros del pozo. La suya era una mano pálida y ligera, cuyos dedos emitían el ruido apenas inaudible de la rabia impotente y del grito mudo del temor. Pero debajo de aquella angustia había una base de confianza y de burla despreciativa para los demás. Podía estar trastornada temporalmente, pero cuando llegara la oportunidad de hacer algo, la aprovecharía con toda la capacidad que pudiera reunir a sus órdenes.

Otra radiación asomó en la imagen general y salió de ella. Un salvaje gusano de luz que se había cernido sobre ellos y conturbaba la suave reflexión construida por las Pieles.

Así funcionaban las Pieles. Penetraban dentro de uno y descubrían lo qué sentía y experimentad luego lo radiaban a las otras Pieles próximas, que a su vez proyectaban las respuestas psicosomáticas de sus anfitriones. En total se integraba mas tarde para que cada uno de los usuarios de Piel pudiese detectar el sentimiento en grupo y al mismo tiempo, aunque de manera mucho más torpe la sensación de los individuos del total.

Esa no era la única función de la Piel. El parásito, creado en las fábricas biológicas, tenía otros diversos usos sociales isomáticos.

Rastignac casi cayó en un sueño sobre aquel punto. No era nada extraordinario. El efecto de las Pieles era apaciguador. El portador pensaba de manera más lenta, actuaba con más descuido y parecía mucho más satisfecho.

Pero ahora, por un denigrado retorcimiento de sí mismo arrancándose del sistema de sensaciones, Rastignac despertó. Había cosas que hacer que plantarse allí comiendo el loto venenoso del informe de grupo, no era una de las cosas que habían de realizarse.

Hizo un gesto hacia la forma postrada del mosquetero.

—¿Le has hecho daño?

El Ssassaror respondió con un rugido:

—No. Le arañé con un poco de veneno de la serpiente hipnótica.

Dormirá poco más o menos una hora. Además, no se me habría permitido dañarle. ¿Olvidas que todo esto es un acto organizado por el Asaltacárceles Oficial del Rey?

—

¡Me'dt!

—juró Rastignac.

Alarmado, Archambaud dijo:

—¿Qué ocurre, Jean-Jacques?

—¿Es que no podemos hacer nada por nuestra cuenta? ¿Acaso el Rey tiene que meterse en todo?

—No querrás que corramos el riesgo de tener que derramar sangre, ¿verdad? —jadeó Archambaud.

—¿Y para qué lleváis esas espadas? ¿Como adorno? —repuso Rastignac.

—*Seelahs,*

m'fweh

—advirtió Mapfarity—. Si alarmas a los demás guardias les pondrás en situación embarazosa. Y se verán obligados a cumplir con su deber y capturarte. Y el salteador de cárceles recibirá una reprimenda porque habrá fracasado en su trabajo. Incluso puede que le degraden.

Rastignac estaba tan trastornado que su Piel, reaccionando a los campos negativos y al desequilibrio hormonal de su sangre, se retorció en su espalda.

—¿Qué es lo que somos, un puñado de chiquillos jugando a la guerra?

Mapfarity gruñó.

—Todos somos hijos de Dios y no debemos dañar a nadie si se puede evitar.

—¡Mapfarity, comes carne!

—*Voo zauvf*

w'zaw

m'fweh

—admitió el gigante—. Pero es carne de criaturas irracionales. Todavía no he derramado sangre de ningún ser que pueda hablar la lengua del Hombre.

Rastignac rezongó y dijo:

—Si sigues conmigo, algún día tendrás que hacerlo,

m’fweh
Mapfarity. No hay otro remedio. Es inevitable.

—¡Que la naturaleza me ahorre vivir ese día! Pero sí llega, Mapfarity no tendrá miedo. Por algo me llaman gigante.

Rastignac suspiró y caminó adelantándose. A veces se preguntaba si los miembros de su clandestinidad —o de cualquier otra, por lo que importaba— se daban cuenta de las ásperas conclusiones a que llegaba la Filosofía de la Violencia.

Estaba seguro que los anfibios lo comprendían. Y que hacían algo positivo a ese respecto. Pero eran los anfibios los que impulsaban a Rastignac a adoptar una Filosofía de la Violencia.

—*Law* —volvió a decir—. En marcha.

Los tres se adentraron por el enorme patio y cruzaron la puerta abierta. Cerca estaba plantado un hombrecillo cuya Piel brillaba rojiza a la luz emitida por dos luciérnagas sujetas a sus hombros. La Piel era de un tamaño excesivo y colgaba hasta el suelo.

El hombre era del Rey; sin embargo, no pensara que era una figura cómica. Balbuceó y el color rojo de su cara hizo juego con el tono de la Piel a su espalda.

—Os ha costado mucho tiempo —dijo acusador, y luego, cuando Rastignac abría la boca para protestar, el Asaltador de Cárceles añadió—: No importa, no importa.
Sa n’apawt
. La cosa es que tenemos que alejarte de aquí de prisa. El Ministro de Mala Voluntad habrá recibido ya por ahora la noticia de que se había planeado para esta noche un asalto oficial a la cárcel. Enviará una compañía de sus mosqueteros para interceptarte. Al adelantarnos al momento señalado te daremos tiempo para escapar antes de que el grupo oficial de rescate llegue.

—¿De cuánto tiempo podemos disponer? —preguntó Rastignac.

—Veamos —meditó el hombre del Rey—. Después de que os escolte por las habitaciones del Duque, hermano adoptivo del Rey… que es el mayor partidario de la Filosofía de la Violencia según has de saber, y que ha solicitado del monarca que le convierta en su patrón oficial, cuya petición será considerada en la próxima reunión de la Cámara de Diputados dentro de tres meses… veamos, ¿por dónde iba? Ah, os acompañaré por las habitaciones del hermano del Rey.

»Iréis disfrazados como mosqueteros de su majestad, buscando ostensiblemente los prisioneros fugitivos. Saldréis al exterior por una pequeña puerta que se abre en las habitaciones del Duque en el propio muro del palacio. Un coche os esperará Desde entonces la cosa quedará a vuestro cargo Sugiero, sin embargo, que os dirijáis al castillo de Mapfarity, Seguir la Rué des Núes; ésa es vuestra mejor posibilidad. Los mosqueteros han sido retirados de esa avenida. Sin embargo, es posible que Auverpin, el Ministro de Mala Voluntad, se dé cuenta de la orden y la rescinda, comprendiendo lo que significa. Si así lo hace, supongo que te volveré a ver en tu celda, Rastignac. —Se inclinó hacia el Ssassaror y Archambaud, y añadió—: Y vosotros dos, caballeros, le haréis compañía.

—Y ¿luego qué? —rugió Mapfarity.

—Según la ley, se os permitirá un intento de fuga más. Cualquier nueva intentona después de esa, claro, sería ilegal. Es decir, inimaginable.

Rastignac desenvainó la espada y dio una cuchillada al aire.

—Que se pongan en mi camino los mosqueteros —dijo con fiereza—. ¡Los partiré por medio con esto!

El Asaltador de Cárceles dio un paso atrás las manos extendidas.

—¡Por favor, *monsieur* Rastignac! Por favor ¡No hables de eso siquiera! Ya sabes que tu filosofía es aún ilegal. El derramamiento de sangre es un acto que será considerado con horror por todo planeta inteligente. La gente creerá que eres un anfibio.

—Los anfibios saben lo que hacen mejor que nosotros —respondió Rastignac—. ¿Por qué crees que les están ganando a los humanos?

De pronto, antes de que nadie pudiese responder, el sonido potente de los cuernos de alarma vino de algún lugar de las murallas. Se alzaron gritos, los tambores empezaron a batir, llamando a los mosqueteros a las armas.

—

¡M'plew!

—exclamó el Asaltador de Cárceles—. ¡El Ministro de Mala Voluntad ha avisado a los centinelas! ¡O cualquier otra cosa, igualmente desastrosa, ha sucedido!

La voz de Lusine, aguda pero potente, salió del pozo.

—Jean-Jacques, ¿me llevarás contigo? ¡Tienes que hacerlo!

—¡No! —gritó Rastignac—. ¡Nunca! ¡Jamás me convertiré en un bebedor de sangre!

—Ah, Jean-Jacques, pero tú no sabes lo que yo sé. Algo que no te habría dicho jamás de no tener más remedio para poder conseguir la libertad.

—¡Cállate, Lusine! ¡Nada de lo que digas puede influenciarme!

—Pero sí que puedo. ¡Tengo un secreto! ¡Un secreto que te permitirá escapar de este planeta y volar hasta las estrellas!

Rastignac por poco deja caer la espada. Pero antes de que pudiese correr hasta el borde del pozo, Mapfarity había asomado su enorme cabezota por la boca y murmuraba algo a la prisionera de allá abajo.

Rastignac no pudo oír la respuesta de Lusine pero tampoco le fue preciso. El gigante Ssassaror se incorporó y bramó:

—Dice que un navío terrestre ha aterrizado en el mar. ¡Y el piloto del navío está en poder de los anfibios!

De manera sorprendente, Mapfarity se echó a reír. Por último, sofocado, con las chispas crujiendo desde las puntas de sus orejas, dijo:

—Ya podéis dejarla en el pozo. Su noticia no es nueva; conozco lo que ella llama secreto. Pero no te dije nada porque no creí que fuese el momento adecuado.

Mientras el significado de estas palabras penetraba en la conciencia de Rastignac, tomó súbita y violenta resolución… con un movimiento brusco… ¡comenzó a arrancarse la Piel de su cuerpo!

— VI —

Rastignac bajó corriendo los escalones, entrando de nuevo en el patio. Agarró del brazo al Asaltador de Cárceles y le exigió la llave de las celdas. Turbado, el pálido funcionario obedeció sumiso. Sin su Piel, Rastignac ya no se sentía inhibido por temores. Si uno era lo bastante decidido como para no comportarse según el sistema normal, podría conseguir lo que deseara. El hombre o Ssassaror medios, no sabían cómo reaccionar ante su violencia. Para cuando se hubieron recuperado de su confusión, podría a estar a muchos kilómetros de distancia.

Tal pensamiento le destelló por su cabeza mientras bajaba hacia los pozos de la prisión. Al mismo tiempo oyó sonar los cuernos de los mosqueteros del Rey y se dio cuenta de que pronto iban a tener que enfrentarse a un tipo distinto de hombre. Los mosqueteros, lo más aproximado a los soldados en esta tierra pacifista, llevaban Pieles que los acondicionaban a ser algo más diligentes que el ciudadano común. Portaban espadas y aunque era verdad que sus puntas eran romas y que ellos jamás habían aprendido en serio el arte de la esgrima, podían ser peligrosos a causa de su número.

Mapfarity bramó:

—Jean-Jacques, ¿qué estás haciendo?

—¡Nos llevaremos a Lusine con nosotros! —respondió por encima del hombro—. ¡Puede ayudarnos a sacar al terrestre de los anfibios!

El gigante se colocó tras él, arrojó una cuerda a las ansiedades humanas de Lusine y la izó sin esfuerzo hasta lo alto del pozo. Un segundo más tarde, Rastignac saltaba a la espalda de Mapfarity, metía las manos bajo el borde superior de la enorme piel y, no haciendo caso a las descargas eléctricas, la desprendió hacia abajo.

Mapfarity gritó por sorpresa o inquietud cuando su Piel cayó sobre las piedras como una mantarraya depositada en tierra seca.

Archambaud corrió hasta ellos, entonces, y sin molestarse en explicar, el Ssassaror y el hombre se apoderaron de él y le quitaron la Piel artificial que llevaba.

—¡Ahora somos hombres libres! —gritó Rastignac—. Y los mosqueteros no tienen manera de localizarnos si nos escondemos, ni tampoco de castigarnos con sacudidas.

Colocó al gigante a su derecha, Lusine a la izquierda y dejó que el ladrón de huevos marchará detrás. Arrebató de la funda el revólver sacudidor del Asaltador de Cárceles. El funcionario estaba demasiado estupefacto como para protestar.

—*¡Law,*
m'zawfa!
—gritó Rastignac, parodiando en su grotesco francés al antiguo grito de guerra que decía: Allons, mes enfants!

El oficial del Rey recuperó el sentido y gritó órdenes al grupo de mosqueteros que habían entrado en el patio. Los mosqueteros se detuvieron confusos. No podían oírlo por encima del rugido de los cuernos y el tronar de los tambores y de las gentes que asomaban las cabezas por las ventanas y gritaban.

Rastignac recogió con la punta de la espada una de las Pieles abandonadas sobre el suelo y la arrojó al centinela de la vanguardia. Cayó sobre la cabeza del hombre, tirándole el sombrero por los suelos y envolviéndose en torno al cráneo los hombros. El centinela dejó caer la espada y retrocedió metiéndose en el grupo. Al mismo tiempo, los fugitivos cargaron al unísono quebrantando la débil oposición.

Fue aquí cuando Rastignac derramó sangre por primera vez. La punta de su espada esquivó a hoja del azorado mosquetero y penetró en la garganta del individuo por debajo de la barbilla. No se hundió mucho a causa de lo romo de la punta. No obstante, cuando Rastignac retiró el arma vio manar la sangre:

Aquel capullo escarlata destacando en la blancura de la Piel del hombre era la primera flor de la violencia.

De haber llevado su Piel, la visión del rojo líquido le habría puesto enfermo. Ahora sintió una gran alegría que le hizo lanzar un grito de triunfo.

Lusine saltó desde su espalda, se inclinó sobre el hombre caído, hundió los dedos en la sangre y se los llevó a la boca. Ansiosa, se lamió las yemas manchadas de rojo.

Rastignac la abofeteó con fuerza empleando el dorso de la mano. Ella se echó hacia atrás tambaleándose, los ojos contraídos, pero soltó una carcajada.

Los siguientes instantes fueron de gran agitación mientras entraban en el castillo, derribaban a dos mosqueteros que intentaban impedir su paso a las habitaciones del Duque y luego atravesaban la enorme sala.

El duque se levantó de su escritorio para saludarles. Rastignac, decidido a cortar de una vez todos los lazos y de impresionar al gobierno con el hecho de que buscaba una verdadera violencia, gruñó a su benefactor:

—¡ *fout!*

Va t'feh

El duque se quedó desconcertado ante aquella áspera orden, evidentemente imposible de llevar a cabo. Parpadeó y no dijo nada. Los fugitivos pasaron delante de él hasta la puerta que daba acceso al exterior. La abrieron y entraron en el patio advirtiendo el coche que les esperaba. Un conductor estaba apoyado en la carrocería.

Mapfarity lo apartó de un empujón y entró en el vehículo. Los otros le siguieron. Rastignac fue el último en hacerlo.

Era un buen vehículo, tan bueno como el mejor que se pudiese encontrar en el reino. Un Renault de la clase alta, con un cuerpo escarlata en forma de barco. No había ni el menor arañazo en su pintura. Poseía asientos para seis personas. Y la demostración de que su potencia le permitía superar a la mayoría de los vehículos estaba en los dos pares de patas extra que salían desde el fondo. Poseía dos pares de patas, caballinas, y calzadas con el mejor acero. Era la clase de vehículo que uno desearía cuando tuviera que marchar a campo a través. Los coches con ruedas podían ser rápidos en las carreteras, pero este Renault no se vería en dificultades por las aguas, los campos encharcados o las abruptas pendientes.

Rastignac se colocó en el asiento del conductor, asió el volante y apretó el pie sobre el acelerador. El lugar nervioso de debajo del pedal envió un mensaje a los músculos escondidos bajo a capota y a las patas que salían del cuerpo. El Renault saltó hacia adelante, se

serenó y comenzó a adquirir velocidad. Entró en una amplia carretera pavimentada. Los cascos batieron, saltando chispas de sus herraduras de acero.

Rastignac vio la fría criatura sin cerebro oculta dentro de la carrocería. Le ayudó el radar somático que se utilizaba para salvar los obstáculos. Cuando voló a la Rué des Núes, redujo la marcha hasta convertirla en un trote. Era inútil agotar la máquina. A mitad del camino de la suave pendiente de la avenida, sin embargo, un Ford salió galopando de una calle lateral. Sus asientos estarán repletos de sombreros de altas copas con las alas festoneadas por luciérnagas y a cuya luz brillaban las desenvainadas espadas.

Rastignac pisó a fondo el acelerador. El Renault rompió en un galope. El Ford giró de manera que presentase su lado más amplio. Como había una cerca de altos matorrales creciendo a lo largo de la avenida, el Ford así podía bloquear la mayor parte del paso.

Pero muy poco antes de que su vehículo llegase hasta el Ford, Rastignac oprimió el botón del salto. Pocos coches lo tenían; sólo los miembros de la realeza o los deportistas podían permitirse el lujo de instalar ese circuito neural. Y tampoco permitía graduar el salto. Era una reacción de todo o nada; las patas se encogieron al unísono en el suelo y se extendieron aplicando a esfuerzo hasta la última dosis de energía que poseían. No había manera de retroceder.

Con el morro alzado, el Renault surcó el aire Hubo un grito, una ligera desviación mientras los cascos daban contra las cabezas de los mosqueteros que habían sido lo bastante estúpidos para no agacharse, y el vehículo aterrizó con una fuerte sacudida, se enderezó, ya al otro lado del Ford Pero no se detuvo.

Media hora más tarde Rastignac frenaba el coche bajo el gran árbol cuya sombra les protegía.

—Estamos bien adentro del país —dijo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó impaciente Archambaud.

—Desde luego necesitamos saber más detalles acerca de ese terrestre —contestó Rastignac—. Luego ya decidiremos.

— VII —

El alba irrumpió a través de la guardia de la noche y derramó una línea carmesí sobre las colinas del este, y las Seis Estrellas Volantes desaparecieron de la vista como un collar de relucientes joyas dejado caer dentro de un frasco de tinta.

Rastignac detuvo el cansado Renault en lo alto de una colina, contemplando el panorama que se extendía kilómetros y kilómetros por debajo suyo. El castillo de Mapfarity —una torre alta color rosa y una de contrafuertes volantes— relucía bajo el sol naciente. Se alzaba en otro monte junto a la costa marina. El país a su alrededor era como la pesadilla colorista de un loco. Sin embargo, a Rastignac le molestaba cada uno de los tonos. El verde brillante, por ejemplo, era ponzoñoso; aquel escarlata flameante, sanguinario; el amarillo pálido, enfermizo; el negro aterciopelado, funeral; el blanco puro, agusanado.

—¡Rastignac! —Era la voz de bajo profundo de Mapfarity, desahogando una potente irritación que había en su pecho.

—¿Qué?

—¿Qué hacemos ahora?

Jean-Jacques guardo silencio. Archambaud habló quejumbroso.

—No estoy acostumbrado a ir sin mi Piel. Hay cosas que echo de menos. Por ejemplo, no sé lo que piensas, Jean-Jacques. No sé siquiera si te has enfadado conmigo, me aprecias o te soy indiferente. No sé dónde están las demás personas. No experimento la alegría de los animalillos jugando, la libertad del vuelo de los pájaros, el impulso fantasmal de la hierba al crecer, la dulce pillalada del ansia de aparejamiento del atigador cornudo, el zumbar de las abejas trabajando para construir su colmena y la adormilada y estúpida arrogancia del duexnez gigante, rumiando su

comida. No noto nada sin la Piel que llevé tanto tiempo. Me siento solo.

—No estás solo. Estoy contigo —respondió Rastignac.

Lusine habló con una voz baja, clavando en él sus grandes ojos pardos.

—Yo también me siento sola. Yo no tengo la Piel, la Piel que me permitió saber cómo actuar de acuerdo con la sabiduría de mi padre, el Rey anfibio. Ahora que desapareció no puedo oír su voz a través del tímpano vibrante, no sé cual ha de ser mi conducta.

—De momento —le interrumpió Rastignac—, harás lo que yo te diga.

—¿Qué hacemos ahora? —volvió a preguntar Mapfarity.

Rastignac se animó.

—Iremos a tu castillo, gigante —dijo—. Emplearemos tu fragua para afilar las puntas de nuestras espadas, puntas que podrán atravesar el cuerpo de un hombre de delante atrás. ¡No empalidezcas! Eso es lo que deberemos hacer. Y luego venderemos a tu ganso que pone huevos de oro, porque necesitaremos dinero si queremos actuar de una manera eficiente. Después, compraremos… o robaremos, un bote e iremos allá donde mantienen cautivo al terrestre. Y le rescataremos.

—¿Y luego? —preguntó Lusine, los ojos brillantes.

—Lo que hagas después será cosa tuya. Pero yo abandonaré este planeta y viajaré con el terrestre hasta otros mundos.

Silencio. Luego fue Mapfarity quien dijo:

—¿Y por qué marcharnos de aquí?

—Porque no hay esperanza para esta tierra.

Nadie abandonará su Piel. Le Beau Pays está condenado a una vida vegetativa. Y eso no es para mí.

Archambaud señaló con el pulgar a la muchacha anfibia.

—¿Y qué hay de su pueblo?

—La gente acuática puede ganar. ¿Pero qué importa? Será sólo cambiar una Piel por otra. Antes de haberme enterado del desembarco de un terrestre yo iba a luchar, costase lo que costase, por inevitable que pareciera la derrota. Ahora tengo nuevas esperanzas.

El rugido de Mapfarity sonó colérico.

—Ah, Jean-Jacques, esta forma de hablar no es propia de mi

camarada. ¿Estás seguro de que te has despojado de tu Piel, o que por lo menos no te la has tragado? Hablas como si la tuvieras dentro de las entrañas. ¿Qué te ocurre con el cerebro? ¿No te das cuenta que sería muy distinto si los anfibios llegaran a dominar? ¿No ves con claridad quién hace que los anfibios se comporten del modo en que lo están haciendo?

Rastignac apremió al Renault hacia el castillo rosado que se alzaba sobre la colina. El vehículo trotó cansino a lo largo del estrecho y áspero sendero forestal.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Pues que los anfibios se llevaban muy bien con los Ssassaror hasta que un nuevo elemento entró en sus vidas… los terrestres. Luego comenzó el antagonismo. ¿Qué es este nuevo elemento? Son los Intercambistas… la mezcla de terrestres y anfibios, o de Ssassaror y terráqueos. Súmale todo. Dale vueltas. Contémplalo desde mi punto de vista. Son los intercambistas quienes están detrás de esta inquietud… el elemento humano. Aún hay otra cosa. Los anfibios siempre tuvieron Pieles distintas a las nuestras. Nuestras fábricas crearon las Pieles del pueblo al que pertenecemos para ajustar una afinidad y una comunicación entre sus portadores y toda la Naturaleza. Fueron diseñadas para facilitar a cada hombre el amor a su vecino. Ahora fíjate, lo más extraño acerca de la Piel de los anfibios es que también fueron diseñadas una vez para realizar las mismas tareas. Pero los pasados treinta o cuarenta años se han ideado nuevas Pieles para un único propósito primario… establecer una comunicación entre el Rey del Mar y sus súbditos. No sólo eso; las Pieles pueden ser operadas desde larga distancia de modo que al Rey le es posible castigar a todo súbdito desobediente. Y están ajustadas para que establezcan afinidad sólo ante la gente acuática, entre ella y el resto de la Naturaleza.

—Ya me percaté de eso durante mis conversaciones con Lusine —dijo Rastignac—. Pero no sabía que las cosas hubieran llegado tan lejos.

—Sí y puedes apostar con toda tranquilidad a que los Intercambistas están detrás de todo.

—¿Entonces lo que corrompe es el elemento humano?

—¿Y qué, si no?

—Lusine, ¿qué opinas de esto? —preguntó Rastignac.

—Creo que es mejor que abandones este mundo. O que te conviertas en Intercambista anfibio.

—¿Y por qué debería unirme a vosotros, los anfibios?

—Un hombre como tú podría llegar a ser Rey del Mar.

—¿Y beber sangre?

—Yo preferiría no beber sangre que emparejarme con un hombre. Es decir, casi. Pero contigo haría una excepción, Jean-Jacques.

Si hubiese sido una mujer terrestre la que hiciera tan torpe proposición, la habría escuchado con ecuanimidad. No había recato, falso o de cualquier otra clase, en el país de los portadores de Piel. Pero oír tales palabras de una mujer cuya boca había bebido sangre de un hombre vivo, le llenó de profundo disgusto.

No obstante, tenía que reconocer que Lusine era hermosa. Si no fuera una aficionada a beber sangre…

Aunque carecía de su Piel receptiva, Mapfarity pareció comprender las emociones de Rastignac.

—No debes censurarla demasiado, Jean-Jacques —dijo—. Los intercambistas marítimos están acondicionados desde la infancia a amar la sangre. Y para un propósito muy definido también, aunque sea antinatural. Cuando llega el momento de que las órdenes de los Intercambistas salgan del Mar y caigan sobre los terrestres, no tendrán el menor reparo en degollar a las criaturas inteligentes hermanas.

Lusine soltó una carcajada. Los demás se agitaron intranquilos, pero no hicieron comentario Rastignac cambió de conversación.

—¿Cómo te enteraste de lo del terrestre, Mapfarity? —preguntó.

Ssassaror sonrió. Los dos largos colmillos amarillentos brillaron húmedos; el morro, que tenía las ventanas de los hocicos en ambos lados, se entreabrió; de él salieron chispas azules; al mismo tiempo, las emplumadas orejas se pusieron rígidas y chirriaron emitiendo a su vez otras chispas roas y azules.

—Además de criar gansos que pongan huevos dorados también he estado haciendo otras cosas —dijo—. He puesto trampas para atrapar a la gente marina, y capturé a dos. Los enjaulé en un calabozo de mi castillo e hice con ellos experimentos. Les quité las Pieles y me las puse, y descubrí muchos hechos interesantes —miró desdeñoso a Lusine, que ya no se reía, y continuó—: Por ejemplo,

descubrí que el Rey del Mar puede localizar, hablar y castigar a cualquiera de sus súbditos, esté en el mar o en la costa. Tiene pieles amplificadoras situadas por todo su reino de modo que cualquier mensaje que envíe llega al receptor, por muy lejos que se encuentre. Además, ha acondicionado a cada una de las Pieles para eso, pero utilizando un cierto código al que sólo una Piel particular obedecerá y por el que puede estimular la sacudida o incluso matar a su portador.

Mapfarity hizo una pausa. Luego continuó:

—Analicé esas dos Pieles en mi laboratorio y luego, utilizándolas como modelos, construí una buena cantidad de duplicados en mi forja carnal.

Carecían sólo de los medios que permitirían al Rey del Mar lanzar las sacudidas.

Rastignac sonrió dándose cuenta del detalle.

Las orejas de Mapfarity emitieron chispas azules de alegría, su equivalente a la risa.

—Ah, entonces indudablemente has escuchado muchas emisiones. ¿Sabes dónde está localizado el terrestre?

—Sí —contestó el gigante—. En el palacio del Rey anfibio, en la isla de Kataproimnoin. Queda sólo a unos cincuenta kilómetros mar adentro.

Rastignac ignoraba lo que oía, pero se daba cuenta de poseer una doble ventaja sobre las Pieles anfibias y sobre Lusine. Y ansiaba abandonar aquel planeta condenado, esta tierra de hombres demasiado sumidos en una falsa felicidad, estúpidos, lo bastante como para no ver que pronto la muerte saldría de las aguas.

Tenía dos posibles caminos de escape. Uno era utilizar al recién llegado terrestre, su conocimiento, para que se fabricasen los combustibles necesarios para impulsar a los cohetes transbordadores. Los botes cohetes yacían aún en un museo. Rastignac no había planeado utilizarlos porque ni él ni nadie más del planeta sabían cómo preparar el combustible que necesitaban. Tales secretos hacía mucho tiempo que se olvidaron.

Pero ahora que la ciencia era asequible a través del recién llegado de la Tierra, los cohetes serían equipados y partirían hasta una de las Seis Estrellas Volantes. El terrestre estudiaría el cohete, decidiría lo que era necesario para preparar los suministros y luego

lo equiparía para el largo viaje.

Otra alternativa era el navío terráqueo. Quizás el forastero le invitase a acompañarle…

El enorme portalón del castillo de Mapfarity interrumpió sus pensamientos.

— VIII —

Detuvo el Renault, dijo a Archambaud que encontrase al criado del gigante y que le hiciera alimentar el vehículo, le frotara las patas con linimento y examinase los cascos por si había alguna herradura defectuosa.

Archambaud se alegró de ir en busca de Mapfabvisheen, el criado del gigante, porque hacía mucho tiempo que no le veía. El pequeño Ssassaror había sido un miembro activo del Gremio de ladrones de Huevos hasta la noche, tres años irás cuando trató de deslizarse en la sala fuerte de Mapfarity. El experto agremiado evitó todas las trampas del gigante y encontró a dos gansos agazapados sobre su nido de minerales.

Esos gansos fabulosos no emitieron sonido cuando los capturó con guantes forrados de plomo y los colocó en la bolsa, también forrada con lámina plúmbea. Ni siquiera se percataron de él.

Su protoplasma, criado en el laboratorio, conformado en las retortas, era una amalgama de carbono y silicio, inconsciente aun cuando vivían; comían plomo y otros elementos, plumeaban, digerían, trasmutaban y cada mes, con la regulariza: de un reloj, o de la marcha de las estrellas, o del torbellino de los electrones, cada cual ponía un huevo octogonal de oro puro.

Mapfabvisheen salió suavemente de la sala fuerte y se creyó a salvo. Y luego, de manera sorprendente, aterradora y completamente en contra de toda ética, desde su punto de vista, los gansos comenzaron a bramar en voz alta.

No pudo correr con bastante rapidez. El gigante vino desde su cama en respuesta al frenético clamor y le pilló. Y, según el contrato levantado entre el Gremio de Ladrones de Huevos y la Liga de gigantes, un agremiado apresado dentro del recinto de un

castillo debería servir al propietario del ganso durantes dos años. Mapfabvisheen se mostró codicioso; intentó llevarse ambos gansos. Por tanto, debía servir al gigante por un plazo doble.

Después se enteró de cómo le había atrapado Los propios ponedores no fueron los que gritaron Sin boca, eran incapaces de eso. Mapfarity había colocado un «detector de gansos» en el umbral de la sala fuerte. Este aparato detonaba con potencia cuando se acercaba un ganso. Podía oler a un animal de esos incluso a través de la tela forrada por lámina de plomo de una bolsa. Cuando Mapfabvisheen pasó por debajo del mecanismo los polluelos reavivaron a una Piel pequeña instalada cerca. La Piel, muy parecida a un saco pulmonar y con hormonas bucales, lanzó su aviso Y el diminuto Mapfabvisheen comenzó su servidumbre al gigante, Mapfarity.

Rastignac conocía la historia. También sabía que Mapfarity había infectado al individuo con la Filosofía de la Violencia y que ahora era un buen miembro de su Clandestinidad. Estaba ansioso de decirle que sus días de sirviente habían terminado, que podría volver a ocupar su lugar en la banda como un igual a los otros. Sujeto, claro, a las órdenes de Rastignac.

Mapfabvisheen estaba tumbado en el suelo y roncaba con profundo estertor. Un hombre de pelo gris estaba también tumbado en una mesa cercaba. La cabeza, vuelta a un costado, exhibía la misma expresión boquiabierta que tenían los Ssassaror y lanzaba el hedor maloliente de su aliento hacia los visitantes. En una mano entreabierta tenía una botella vacía. Las otras dos botellas estarán en el suelo de piedra, una rota.

Junto a las botellas estaban las Pieles de los hombres. Rastignac se preguntó por qué no se habían arrastrado hasta el vestíbulo y les habían colgado en el perchero.

—¿Qué les pasa? ¿A qué viene ese olor? —preguntó Mapfarity.

—No lo sé —respondió Archambaud—, pero conozco al visitante. Es el Padre Jules, sacerdote del Gremio de Ladrones de Huevos.

Rastignac alzó sus cejas en forma de paréntesis, cogió una botella en la que quedaba algún residuo de licor, y bebió.

—¡Dios mío, es vino sacramental! —exclamó.

—¿Pero por qué se lo han bebido? —preguntó de nuevo

Mapfarity.

—No lo sé. Despierta a Mapfabvisheen, pero deja que el buen Padre duerma. Parece cansado después de sus labores espirituales y espirituosas, e indudablemente se merece un descanso.

Rociado con un cubo de agua fresca, el pequeño Ssassaror se puso en pie indeciso. Al ver Archambaud, le abrazó.

—Ah, Archambaud, viejo raptor de críos, mi estupendo compañero de robos de gansos, mis orejas tintinean al volverte a ver.

Y era verdad. Chispas rojas y azules salían de entre sus plumas auriculares.

—¿Qué significa esto? —les interrumpió muy serio Mapfarity. Señaló a la suciedad amontonada en los rincones.

Mapfabvisheen recuperó de golpe toda su dignidad, que no era mucha.

—El buen Padre Jules estaba efectuando sus visitas de circunvalación —dijo—. Ya sabes que viaja por todo el país, oyendo confesiones y celebrando actos religiosos para nosotros, los pobres ladrones de huevos que tuvimos la mala suerte de caer en las garras de algún gigante rico y antisocial que es demasiado avaro para contratar criados, pero que los captura en su lugar y a quien no se nos permite abandonarle hasta que haya terminado nuestro período de servidumbre…

—¡Basta! —atronó Mapfarity—. No puedo estar aguantando todo el día, escuchando a tipos como tú. Me duelen demasiado los pies. De todos modos, ya sabes que te permito ir a la ciudad cada fin de semana. ¿Por qué no acudes entonces al sacerdote?

—Sabes muy bien que la ciudad más próxima está a diez kilómetros y llena de panteístas —constó Mapfabvisheen—. Allá no se puede encontrar ningún sacerdote.

Rastignac gruñó interiormente. Siempre ocurría así. Nunca podía darse prisa a estas gentes o conseguir de ellas que se tomasen las cosas serio.

Ahora mismo estaban perdiendo el tiempo. Todos sabían que la Iglesia fue declarada fuera de ley tiempo atrás, porque se opuso a la autorización de las Pieles y a ciertas otras prácticas inherentes a ellas. Así, apenas se efectuó y se llevó a cabo tal medida, los Ssassaror ansiosos de establecer su sistema de equilibrio, efectuaron

acuerdos con el Ministro de Mala Voluntad para dar a la iglesia un reconocimiento legal extraoficial.

Luego, aunque los aborígenes perteneciesen a aquella organización panteísta conocida como los Hijos de la Buena y Vieja Madre Naturaleza, todos se unieron a la Iglesia de los Terrestres. Adoptaron la teoría de que el mejor modo de hacer inocua una institución era que todo el mundo formase parte de ella. No había nunca persecuciones. Restauraría la paz.

Con mucho pesar, por parte de la Iglesia, la teoría resultó. ¿Cómo se puede luchar contra un enemigo que insiste en unírsele y que también accede a todo lo que enseñas y luego sigue adorando a su religión oculta? Supuestamente llevada a la clandestinidad, la Iglesia contaba entre sus partidarios a casi todos los terratenientes del Rey hacia abajo.

De vez en cuando un sacerdote olvidaba llevar su Piel fuera de su casa y era arrestado; luego, más tarde, lo soltaban en un asalto oficial a la cárcel. Los que se negaban a cooperar eran raptados a la fuerza, llevados a otra ciudad y dejados sueltos allí. No le hacía al sacerdote ningún bien proclamarles a la gente quién era. Todos pretendían ignorar que fuese un fugitivo de la justicia. Insistían en llamarle por su seudónimo oficial.

Sin embargo, pocos sacerdotes fueron mártires de esa clase. Generaciones de portadores de Pieles habían confirmado rigor eclesiástico.

Lo que turbaba a Rastignac sobre el Padre Jules era el vino sacramental. Ni él ni nadie más en el
L'Bawpfey,
por lo que sabía, había probado nunca el líquido fuera de la ceremonia.

Despertó al sacerdote sacudiéndolo y preguntó:

—¿Qué le ocurre, Padre?

El padre Jules rompió a llorar.

—Ah, hijo mío, me has pillado en un pecado. Estoy borracho.

Todos se mostraron inexpresivos.

—¿Qué significa la palabra borracho?

—Significa que un hombre está lo bastante condenado para llenar su Piel con alcohol, hijo mío; llenarla hasta no ser un hombre si no una bestia.

—¿Alcohol? ¿Qué es eso?

—Él genio que está dentro del vino, hijo mío. No sabes de lo que hablo porque su conocimiento hace mucho tiempo quedó prohibido excepto para nosotros, los del sudario. ¡Sudario, se dice! ¡Bah! Vamos desnudos como cada cual, excepto estas monstruosidades extradérmicas que revelan más que ocultan, que no sólo sirven como ropas, sino también como mentores, como padres, como intérpretes y, sí, incluso, de sacerdotes. ¿Dónde hay una botella que no esté vacía? Tengo sed.

Rastignac siguió a la derecha.

—¿Por qué prohibieron el alcohol?

—¿Y cómo voy a saberlo? —contestó el padre Jules—. Soy viejo, pero no tanto que pueda alegar que vine con las Seis Estrellas Volantes… ¿Dónde está esa botella?

Rastignac no se sintió ofendido por aquella salida. Los sacerdotes eran famosos por su mal carácter, su soberbia y su inestabilidad humana. No eran en absoluto como clérigos de la Tierra, a quien todos conocían por la leyenda de su dulzura, humildad, sumisión y obediencia a la autoridad. Pero en el
L'Bawpfey
estos hombres de la Iglesia tenían motivos para ser distintos. Todos celebraban ceremonias, pagaban sus tributos, asistían a esas ceremonias, se confesaban y no se dormían durante los sermones. Todos creían en lo que les decían los sacerdotes, y eran tan buenos como era posible que fuesen los seres humanos. Así que los sacerdotes no tenían un sentido real en que trabajar, ningún mal contra el que luchar.

—¿Y por qué entonces esa prohibición del alcohol?

—Sacre Bleu! —Gruñó el padre Jules—. Bebiendo tanto como lo hice anoche no lograrás saberlo. Digo que nunca jamás. Ah, ahí hay otra botella, escondida por un destino providencial bajo mis ropas de viaje. ¿Dónde está el sacacorchos?

—Debo irme, hijos míos. Tengo una cita a mediodía con el Obispo y me quedan doce kilómetros de viaje. ¿Alguno de vosotros, caballeros, tiene coche?

Rastignac sacudió la cabeza y dijo que lo lamentaba, pero que su vehículo estaba cansado y además había perdido una herradura. El padre Jules se encogió de hombros filosóficamente, se puso su Piel

y tendió la mano para coger de nuevo la botella.

—Lo siento, Padre —intervino Rastignac—. Vuelvo a guardar esta botella.

—¿Para qué? —preguntó el padre Jules.

—No importa. Podemos decir que la guardo para impedir que caiga usted en la tentación.

—Dios te bendiga, hijo mío, y que te dé suficiente fortaleza para conocer el mal y apartarlo de tu camino.

Sonriendo, Rastignac vio cómo el Padre salía. No estaba desencantado. El sacerdote apenas llegó a la enorme puerta cuando su Piel se le cayó y permaneció inmóvil sobre las piedras.

—Ah —jadeó Rastignac—. Lo mismo le ocurrió a Mapfabvisheen cuando se puso la suya; debe de haber algo en el vino que amortigua las Pieles, que las hace caerse.

Después de que el Padre se había marchado, Rastignac entregó la botella a Mapfarity.

—Nos dedicaremos a quebrantar la ley de manera más ilegal, hermano. Así que te pido que analices este vino y descubras cómo fabricarlo.

—¿Y por qué no preguntárselo al padre Jules?

—Porque los sacerdotes están obligados a no revelar jamás el secreto. Eso fue uno de los acuerdos originales por el que se le permitió a la Iglesia seguir en el
L'Bawpfey.
O, por lo menos, eso es lo que me dijo mi párroco. Afirmó que era bueno, como quitar al hombre una tentación maligna. Jamás dijo por qué el alcohol era malo. Quizá no lo sabía. Eso no importa. Lo que interesa es que la Iglesia, indirectamente, nos ha dado un arma con la que podamos dar libertad al hombre de sus lazos con las Pieles y también darle, asimismo, una oportunidad de verse realmente perseguida y florecer en la sangre de sus mártires.

—¿Sangre? —exclamó Lusine, lamiéndose los labios—. ¿Los hombres de Iglesia beben sangre?

Rastignac no se molestó en explicarlo. Podía equivocarse. Y si es así, se sentiría menos ridículo si sus compañeros no sabían cuál era el rumbo de sus pensamientos.

Mientras, aquéllos eran los primeros pasos dados para despellejar a todo un planeta.

— IX —

Más tarde, los mosqueteros rodearon el casillo, pero no hicieron el menor esfuerzo por invadirlo. Al día siguiente uno de ellos llamó a la enorme puerta principal y presentó a Mapfarity un ultimátum solicitando la rendición. El gigante carcajeó, se llevó el documento a la boca y se lo comió. El mensajero se desmayó y tuvieron que revivirlo echándole un cubo de agua antes de que pudiese volver tambaleándose para informar de aquella recepción tan contraria a las tradiciones establecidas.

Rastignac estableció su clandestinidad organizada para que se extendiese a toda prisa. No le preocupaba el sitio de la plaza porque es bien sabido que los castillos de los gigantes poseen toda clase de túneles subterráneos y salidas secretas. Estableció contacto con un número reducido de sacerdotes que se mostraron ganosos de cooperar con él. Eran rebeldes congénitos que se entusiasmaban ante la idea de que sus actividades desembocarían en una fiera persecución de la Iglesia.

La mayoría, sin embargo, aferrada a sus Pieles, dijeron que no querían tener nada que ver con este diablo extra del mal. Tenían a orgullo y consuelo emplear ese término de diablo. La frase vulgar para el hombre que se negaba a llevar su Piel era catalogarlo como «demonio» y, por ley y lógica, la Iglesia no se podía asociar con el diablo. Como todo el mundo sabía, los sacerdotes estuvieron siempre meditando en el bando de los ángeles Mientras, el bando del Diablo se había escabullido por los túneles y efectuado ataques. Sus objetivos eran los castillos de los gigantes y la tesorería del gobierno; su botín, los gansos. Tantos ataques hicieron que el presidente de la Liga de Gigantes y el Agente Comercial del Gremio de Ladrones de Huevos, vinieran a suplicarles. Y terminaron

renunciando. A Rastignac le hicieron gracia sus quejas y, después de escucharlas un rato los expulsó de la fortaleza.

Como todos los demás portadores de Piel Rastignac siempre aceptó el sistema monetario como una cosa razonable y mantenedora del equilibrio. Pero sin la Piel, ahora podía considerar las cosas de manera objetiva y advirtió su debilidad Por algún motivo enterrado en la historia, los gigantes siempre tuvieron el control de los medios de fabricar las monedas de oro hexagonales llamadas oeufs. Pero los reyes, deseando controlar los huevos de oro, crearon aquella rama escogida del Gremio que se especializaba en apoderarse de los gansos semivivientes. Cuando el ladrón triunfaba, entregaba el ganso a su Rey. El monarca, a cambio, enviaba una nota al gigante robado, informándole que el gobierno guardaría el ganso para fabricar su propia moneda.

La nota era una clara pero educada mentira. Los gigantes eran los únicos fabricantes de verdaderos gansos ponedores de huevos de oro del planeta, porque la Liga de Gigantes era quien conocía el secreto de su creación. Y el Rey daba una treintava parte de su botín para que el gigante pudiese acumular bastante dinero con que comprar los materiales necesarios para crear otro ganso, que, posiblemente, le sería robado más adelante.

Rastignac, con su ilegal rapto de gansos, ganaba apenas dinero. Los campesinos se aferraban a sus productos y aguardaban vender cuando los precios habían subido al máximo. El gobierno, los comerciantes, la Liga del Gremio, se veían empobrecidos. Además, los anfibios, aprovechándose de la situación, efectuaban ataques por su cuenta y echaban las culpas a Rastignac.

No le importó. Su intención era encontrar un medio de llegar a Kataproimnoin y rescatar al terrestre para poder despegar en la espacionave que flotaba en la bahía. Pero sabía que debería hacer las cosas paso a paso, localizar y explorar e terreno y actuar en consecuencia. Aun más, Mapfarity le había hecho prometer que se esforzaría en elevar a los hombres de tierra para que pudieran resistir a la gente marina el día en que viniese la guerra.

Rastignac efectuó su máximo ataque cuando con su banda robaron en una noche sin luna en la propia capital la gran Casa de los Gansos, a sólo un tiro de plogo del palacio y del Ministerio de Mala Voluntad. Durmieron a los centinelas de la Casa de los Gansos

con pequeñas flechas empapadas con veneno de serpiente hipnótica, llenaron de huevos de oro sus bolsas forradas en plomo y se escabulleron por la puerta posterior.

Mientras se marchaban, Rastignac vio a una figura encapuchada saliendo por la puerta posterior del Ministerio. Impulsivamente, atacó a la figura. Era un Intercambista anfibio. Rastignac pinchó al anfibio con una flecha emponzoñada antes que el humano-acuático pudiese gritar o defenderse.

Mapfarity cargó con el individuo y llegaron corriendo poco más tarde a la seguridad de su fortaleza.

Interrogaron al anfibio, llamado Pierre Pusipremnoos, en los calabozos del castillo. Al principio guardó silencio, más tarde habló libremente cuando Mapfarity sacó una gruesa Piel de su forja de carne y se la colocó al individuo. Era una piel moldeada según las que usaban la gente acuática, pero difería en que el gigante podía controlarla, a través de otra Piel, graduando las sacudidas neuróticas de su potencia.

Después de unas pocas descargas, Pierre admitió que era hijo adoptivo del Rey anfibio y que, incidentalmente, Lusine era su hermana también adoptiva. Afirmó que era mensajero y enlace entre el Rey anfibio y el ministro Ssassaror de Mala Voluntad.

Unas cuantas sacudidas más le sonsacaron el hecho de que el Ministro de Mala Voluntad, Auverpin, era un Intercambista anfibio que se hacía pasar como nacido terrestre. No sólo eso; los rehenes humanos que tenían los anfibios estaban a punto de poner en marcha una revuelta cuidadosamente planeada contra los anfibios natos. Morirían la mitad de ellos aproximadamente. El resto quedaría bajo control de la Piel Maestra.

Cuando los dos salieron del laboratorio se vieron atacados por Lusine, cuchillo en mano, hirió a Rastignac en el brazo antes de que él la derribase con un perfecto uppercut. Más tarde, mientras Mapfarity aplicaba a la herida una diminuta criatura gelatinosa llamada «cicatrizador», Rastignac se quejó:

—No sé si podré aguantar más tiempo esto. Creí que el camino de la Violencia no sería tan duro de seguir porque odiaba a las Pieles y a los anfibios. Pero es más fácil atacar a un enemigo sin rostro e hipotético, o torturarle, que al enemigo individual. Mucho más fácil.

—Hermano mío —bramó el gigante—, si continúas meditando en las implicaciones filosóficas de tus actos terminarás tan confuso y desvalido como el ciempiés que desea contarse las patas. Es mejor no pensar. Los guerreros no están destinados para pensar. Pierden su agudeza en la lucha cuando piensan. Y ahora necesitas tú de cuanta agudeza combativa puedas reunir.

—Pues debería ser al contrario, que el meditar agudizara las armas propias.

—Cuando la cosa es sencilla, así ocurre. Pero has de acordarte que el sistema de este planeta lo tiene todos menos la cualidad de sencillo. Se instaló para confundir, para mantener a uno siempre desequilibrado. Sólo intenta mantener una cosa en la cabeza… las Pieles son más impedimento que ayuda para el hombre. También, si no nos quitamos las Pieles, no tardarán los anfibios en degollarnos. El único modo de salvarnos es matarles a ellos primero. ¿De acuerdo?

—Supongo que sí —asintió Rastignac. Se agachó y colocó los brazos debajo de los sobacos de la inconsciente Lusine—. Ayúdame a llevarla a su cuarto. La tendremos encerrada hasta que se enfríe. Luego la utilizaremos para que nos guíe cuando lleguemos a Kataproimnoin. A propósito, ¿cuántos litros de vino has fabricado ya?

— X —

Una semana más tarde, Rastignac hizo llamar a Lusine. La joven entró ceñuda y con el labio inferior saliente formando un lindo y mimoso pucherito.

—Pasado mañana es el día que se corona a los nuevos reyes, ¿verdad? —dijo él.

—Supongo —contestó ella con una voz monótona—. En la actualidad, los reyes actuales volverán a ser coronados.

Rastignac sonrió.

—Lo sé. ¿Verdad que es raro que la gente vote siempre a los mismos reyes reeligiéndolos? Sin embargo, no es eso lo que me preocupa. Si recuerdo bien, los anfibios ofrecen a su Rey regalos exóticos y graciosos el día de la coronación. ¿Qué crees que sucedería si yo llegara con un cargamento de botellas de vino y las repartiese entre la población poco antes de que los anfibios comenzaran su matanza por sorpresa?

Lusine había visto a Mapfarity y a Rastignac experimentar con el vino y los resultados le asustaron. No obstante, hizo un valiente intento de ocultar ahora sus temores. Escupió a Rastignac y dijo:

—¡Estúpido destripaterrones! ¡Tenemos sacerdotes que saben lo que es eso! Estarán entre las gentes que asistan a la coronación.

—Ah, ¡no es cierto! En primer lugar, vosotros los anfibios sois casi por completo panteístas agresivos. Tenéis tan sólo a unos cuantos sacerdotes y no haréis caso ahora a los avisos de los que saben lo que es el vino. Segundo, el producto destilado por Mapfarity no tiene el gusto común en los vinos, pero es el doble de fuerte.

Ella volvió a escupirle, giró sobre sus talones y se marchó.

Aquella noche la banda de Rastignac y Lusine recorrieron un

túnel que les llevó hasta el árbol hueco que quedaba a cinco kilómetros al oeste del castillo. Subieron en el Renault, al que habían mantenido oculto en un garaje, y llegaron al pequeño puerto de Marrec. Archambaud, anticipadamente, les había abierto el camino sembrando huevos de oro y en el muelle les aguardaba una gran chalupa.

Rastignac se instaló en el timón de la barcaza. Lusine se plantó tras él, preparada para responder a la voz de alto de cualquier patrulla anfibia que intentara detenerles. Como hija adoptiva del Rey anfibio podía hacer pasar la nave hasta la isla anfibia sin ninguna dificultad.

Archambaud estaba tras ella, con un cuchillo escondido bajo su capa, para asegurarse de que la muchacha no les traicionaba. Lusine había jurado ser fiel. Rastignac respondió que estaba seguro de que lo lograría… mientras el cuchillo estuviera pinchando en la espalda sirviendo de recordatorio.

Nadie les detuvo. Una hora antes de amanecer anclaron en la bahía de Kataproimnoin. Lusine fue atada de pies y manos y dejada dentro de la cabina. Antes de que Rastignac pudiese arañarla con veneno de serpiente hipnótica, ella suplicó:

—No puedes hacerme esto a mí, Jean-Jacques, porque me amas.

—¿Quién dijo algo de amarte? ¡Bueno, fue entonces! Bueno, Lusine, tienes bastante experiencia para saber que tales protestas de ternura y afecto son inevitables compañeras del hombre en sus momentos de pasión.

Por primera vez, desde que la conocía, vio cómo el labio inferior de Lusine temblaba y las lágrimas aparecían en sus ojos.

—¿Confiesas que solamente te aprovechabas de mí? —sollozó.

—Y tú te olvidas de que tenía buenos motivos para creer que también tú me estabas utilizando. Lusine, eres un anfibio. Tu tema no es de confianza. Vosotros, los bebedores de sangre, sois tan salvajes como los pequeños monstruos marinos que dejáis en las cunas de los humanos.

—¡Jean-Jacques, llévame contigo! ¡Haré lo que tú digas! ¡Incluso degollaré por ti a mi padre adoptivo!

Rastignac soltó una carcajada. Arrebatadamente, ella prosiguió:

—Deseo estar contigo, Jean-Jacques. Mira, si te guío en mi patria… con mi prestigio como hija del Rey anfibio… podrás

convertirte tú mismo en Rey después de la rebelión. ¡Me desembarazaré del Rey anfibio para que no tengas a nadie que se interponga en tu camino!

La muchacha no sentía más culpa que la que podría sentir una tigresa por sus actos. Era inocente y terrible, ingenua y repugnante.

—No, gracias, Lusine —la pinchó con la aguja narcótica. Cuando cerró los ojos, dijo Rastignac—: No lo comprendes. Todo lo que quiero es viajar hasta las estrellas. El ser Rey nada significa para mí. Con la única persona por la que me cambiaría sería con el terrestre que los anfibios tienen prisionero.

La dejó durmiendo en la cabina cerrada con llave.

El mediodía les pilló vagando por la gran plaza de delante del palacio de los Dos Reyes del Mar y las Islas. Iban todos disfrazados como gente marina. Antes de que llegasen al castillo, se habían pegado membranas entre sus dedos de manos y pies, al igual que los Intercambistas anfibios que no nacían con ellas, y ahora utilizaban Pieles especiales anfibias que Mapfarity había criado y fabricado en su forja natal. Estas Pieles eran capaces de sintonizar las extensiones de onda anfibia pero carecían de su mecanismo productor de sacudidas.

Rastignac tenía que localizar al terrestre, rescatarle y llevarlo hasta la espacionave que estaba anclada entre dos muelles, su agudo morro señalando hacia afuera. Un puente de madera se había construido desde uno de los muelles hasta un lugar a mitad camino de su impresionante costado.

Rastignac no pudo descubrir ninguna grieta en a liso metal que indicase la existencia de una portezuela, pero la razón le indicaba que debía haber alguna especie de entrada al navío en aquel punto.

Una guardia de veinte anfibios rechazaba cualquier intento de la multitud por llegar hasta el puente.

Rastignac tuvo que ponerse en contacto con el jefe del puerto y concertar el que una cuadrilla de trabajadores descargase el vino. Su prodigalidad repartiendo huevos de oro le proporcionó servicio inmediato incluso en aquella fiesta general. Una vez en la plaza, él y sus hombres desembalaron el vino, pero dejaron dos pesados cajones en el remolque enganchado al pequeño pero potente «jeep» de seis patas.

Apilaron las botellas de vino formando una gran montaña,

mientras la multitud curiosa de la plaza formaba corro a su alrededor mirándoles. Rastignac se subió a un cajón para examinar el panorama, pudiendo elegir mejor el momento más adecuado para empezar. Había quizá siete u ocho mil almas de todas las razas; Ssassaror, anfibios, humanos, pero en proporción desigual.

Rastignac, ahondando en esto, advirtió que cada anfibio no humano tenía siguiéndole a dos humanos que no le perdían de vista.

Serían precisos dos humanos para manejar a un anfibio o a un Ssassaror. Los anfibios se alzaban sobre sus aletas traseras parecidas a las de las focas, alcanzando una altura de dos metros y pesando unos ciento cincuenta kilos. Los Ssassaror gigantes, comedores de pescado, habían alcanzado la misma enorme altura que Mapfarity. Los gigantes se daban en minoría, ya que los anfibios siempre prefirieron robar niños humanos de los terrestres. Los Ssassaror Intercambistas estaban también condenados a muerte.

Rastignac buscó signos de intranquilidad y hostilidad entre los tres grupos. Pronto los advirtió. No eran claros, pero sí bastaron para indicar una corriente apagada de inquietud. Por tres veces tuvieron que intervenir los guardias para cortar en seco diversas disputas. Los humanos miraban de reojo a los que discutían, pero no eran humanos aunque no hacían el menor gesto para ayudar a sus compañeros anfibios contra los gigantes. No sólo eso; muchas veces después se los llevaban aparte y parecían reprenderlos. Con toda evidencia, la orden era que cada cual tenía que mantenerse hasta llegado el momento de la revuelta.

Rastignac miró al gran reloj de la torre.

—Falta una hora para el principio de la ceremonia —dijo a sus hombres—. Adelante.

— XI —

Mapfarity, que había estado vagando por entre la multitud a cierta distancia, captó la señal de Archambaud y despacio, como corresponde a un gigante a quien le duelen los pies, avanzó hacia ellos cojeando. Se detuvo, examinó la pila de botellas y luego, con su voz semejante al rugido de un león desde un profundo pozo, preguntó:

—¿Qué hay en esas botellas?

Rastignac también le respondió gritando:

—Una bebida que gustará muchísimo a los nuevos Reyes.

—¿Y qué es? —replicó Mapfarity—. ¿Agua de mar?

La multitud se rió a carcajadas.

—No, no es agua, como cualquiera excepto un torpe gigante podría saber —dijo Rastignac—. Es una bebida deliciosa que produce al que la consume un extraño éxtasis. Obtuve la fórmula de un viejo brujo que vive en las costas de la lejana Apfelabvidanahyew. Me la confió diciendo que era secreto familiar desde la llegada del hombre a
L'Bawpfey.
Me entregó la fórmula a condición de que fabricase licor sólo para los reyes.

—¿Y únicamente Sus Majestades probarán tan exquisita bebida? —bramó Mapfarity.

—Eso depende de si Sus Majestades condescienden a entregar a algunos de sus súbditos botellas de éstas para que celebren el resultado de las elecciones.

Archambaud, también instalado entre la multitud, gritó:

—Y suponiendo que lo hagan, los panzudos anfibios y gigantes se llevarán el doble que nosotros los humanos. Siempre ocurre así.

Hubo un murmullo de la multitud; aprobación por parte de los anfibios, protesta por parte de los demás.

—Eso no importa —dijo Rastignac, sonriendo—. Lo más fascinante de este licor es que un anfibio no puede beber de él más que un humano. Por esa razón el viejo que me reveló su secreto bautizó al licor con el nombre de Viejo Igualador.

—Bah, eres un sin Piel —rezongó Mapfarity, pronunciando el peor insulto de los conocidos—. Yo puedo ganar bebiendo, comiendo y nadando a cualquier humano presente. Vamos, anfibio, dame una botella y verás cómo no fanfarroneo.

Un capitán anfibio se abrió paso entre la multitud, chapoteando torpemente sobre sus aletas como una foca erguida.

—¡No, no lo harás! —Ladró—. Esas botellas son para los Reyes. Ningún villano las tocará y menos aún ningún humano o gigante.

Rastignac se felicitó mentalmente. ¡Ni él mismo hubiese podido planear mejor tal intervención!

—¿Y por qué no puedo? —respondió—. Hasta que haga la oferta oficial, las botellas son mías, no del Rey. Haré con ellas lo que se me antoje.

—Sí —exclamaron los anfibios—. ¡Muy bien dicho!

Los grandes ojos pardos del anfibio se contrajeron y su rostro casi animal se arrugó, pero no pudo pensar una respuesta adecuada. Rastignac de inmediato entregó una botella a cada uno de sus camaradas. Estos las destaparon y bebieron, y luego adoptaron una expresión estática que resultó ser una magnífica prueba de sus cualidades de actores, porque aquellas tres botellas sólo contenían jugo de frutas.

—Mira, capitán —dijo Rastignac—, ¿por qué no pruebas un trago? Adelante. Hay de sobras. Estoy seguro de que Sus Majestades se mostrarán, complacidos por contribuir a algo en esta ocasión alegre. Además, en caso necesario puedo fabricar más licor para los Reyes —guiñó el ojo y añadió—: de hecho, espero conseguir de la corte una pensión y ser nombrado fabricante real del Viejo Igualador.

La multitud rió a carcajadas. El anfibio, temeroso de perder prestigio, tomó la botella, que ésta sí que contenía vino y no jugo de frutas. Al cabo de unos pocos sorbos, los ojos del anfibio se le enrojecieron y una sonrisa tonta apareció en sus labios finos y

negros. Por último, con voz gruesa, pidió otra botella.

Rastignac, en un súbito impulso de generosidad, no sólo se la dio, sino que empezó a repartir botellas a las manos ansiosas que se le tendían. Mapfarity y los dos ladrones de huevos le ayudaron. En poco tiempo la pila de botellas se había reducido a un tercio de su altura primitiva. Cuando un grupo mezclado de guardias se acercó y preguntó a qué se debía aquel alboroto, Rastignac les obsequió con más botellas.

Mientras, Archambaud se escabulló por entre la turba. Se lanzó contra un anfibio, dijo algo ofensivo acerca de sus antecesores y sacó su cuchillo. Cuando el anfibio trató de atacar al hombrecillo Archambaud se apartó de un salto y empujó en su lugar, lanzándolo contra los brazos de su contrincante, a un anfibio humano.

Al cabo de un momento la plaza había estallado en un tumulto. Tambaleándose, los ojos colorados, las lenguas torpes, la hostilidad mutua tanto tiempo reprimida suelta ahora por el licor al que sus cuerpos no estaban acostumbrados, humanos, Ssassaror y anfibios se lanzaron a la más singular pelea, acuchillando, apuñalando, luchando con las armas que tenían a su alcance.

Ninguno de ellos se fijó en el hecho de que todos los que peleaban habían bebido de las botellas y habían perdido sus Pieles. Estas Pieles cayeron una por una y yacían inmóviles en el suelo, donde las pisoteaban y las destrozaban. Ninguna piel trató de trepar a la espalda de su propietario, porque todas tenían sus nervios entorpecidos, amodorrados por el licor.

Rastignac, sentado tras el volante del «jeep» comenzó a conducir lo mejor que pudo a través de la multitud de combatientes. Al cabo de unas cuantas y frecuentes paradas, se detuvo ante la amplia escalinata de mármol que parecía llegar hasta el cielo, subiendo y subiendo antes de terminar en el Porche del Puercoespín, de palacio. Él y su pandilla estaban a punto de cargar con los dos pesados cajones del remolque, cuando se quedaron anonadados por la escena que tenía lugar ante sus ojos.

Sobre las escaleras yacían muchos muertos humanos y anfibios, prueba del fiero combatir que tuvo lugar entre los guardias de los dos monarcas. Evidentemente, el Rey oyó el fragor del tumulto y se apresuró a salir. Luego el Rey Intercambista anfibio se dio, en apariencia, cuenta de que la revolución se había adelantado a lo

previsto, pero de todos modos atacó al Rey anfibio.

Y había ganado, porque sus guardias contuvieron a los forcejeantes y aleteados anfibios derribando a su gobernante mientras que un par más inclinaban su cabeza colocándola sobre un escalón. El propio Rey Intercambista, aún tocado con las lujosas ropas de la coronación, estaba a punto de atravesar con su larga espada ceremonial la garganta palpitante del Rey anfibio.

Esto en sí bastaba para dejar petrificados a los presentes, pero ver a Lusine subiendo las escaleras de cuatro en cuatro hacia los gobernantes, fue algo que se añadió a la sensación paralizante, cuchillo en la mano y lo apretaba con fuerza mientras se abalanzaba sobre su padre adoptivo, el Rey de los anfibios.

Mapfarity gruñó, pero Rastignac dijo:

—No importa que se haya escapado. Seguiremos adelante con nuestro plan original.

Comenzaron a descargar los cajones mientras Rastignac vigilaba a Lusine. La vio terminar de subir, detenerse, decir unas cuantas palabras al Rey anfibio, arrodillarse y apuñalarle, enterrado el cuchillo en la vena yugular. Luego, antes de que nadie pudiera detenerla, aplicó la boca al corte terrible del cuello.

El Rey humano le dio una patada en las costillas y la envió rodando escaleras abajo. Rastignac advirtió que la causa de esta reacción no era el asesinato del monarca, sino el que la joven se hubiese atrevido a realizarlo sin su permiso y que hubiese bebido igualmente primero sangre real.

Después advirtió con ceñuda satisfacción que cuando Lusine se recuperó del golpe y subió corriendo para hablar al monarca, éste la ignoró. Ella señaló al grupo en torno al remolque, pero el Rey la despidió con un gesto de la mano. Estaba demasiado ocupado disfrutando de la victoria sobre su rival, que yacía a sus pies.

Los conjurados se cargaron los dos cajones y subieron por la escalinata. El Rey se cruzó con ellos mientras bajaba sin dirigirles nada más que una curiosa mirada. Todo el día habían estado subiendo regalos por aquellas escaleras para el Rey, por lo que indudablemente creyó que eran más obsequios. Por eso Rastignac y sus hombres cruzaron por delante de las espadas de los guardias como si nada tuviesen que temer.

Lusine se plantó sola en lo alto de las escaleras. Estaba medio

agazapada, el cuchillo presto.

—¡Mataré al Rey y beberé de su garganta! —gritaba con aspereza—. No consiento que un hombre me pegue patadas excepto por amor. ¿Acaso se ha olvidado que soy la hija adoptiva del Rey anfibio?

Rastignac sintió náuseas, pero había aprendido ya que aquellos que se mezclan con la Violencia y la rebelión están obligados a marchar con los más extraños compañeros de viaje.

—Echa una mano aquí —dijo, ignorando la amenaza de ella.

Dócil, la joven agarró una de las esquinas del cajón. Ante las preguntas de Rastignac, respondió que el terrestre que aterrizara en el navío estaba recluido en una «suite» de habitaciones del ala oeste. Después su viaje fue rápido y directo. Sin oposición, llevaban los cajones hasta la enorme estancia en donde conservaban a la Piel Maestra.

Encontraron allí a diez bioquímicos frenéticos, tratando excitadamente de determinar por qué la gran extradermis —la Piel Maestra a través de la cual se controlaban las Pieles individuales— no estaba emitiendo de manera adecuada. Todavía les era imposible saber que operaba a la perfección y que las pequeñas Pieles de los anfibios y de sus rehenes humanos no les daban sacudidas para someterlos, porque yacían emborrachadas en el suelo. Nadie les había dicho que las Pieles, que se alimentaban con el torrente sanguíneo de sus anfitriones, se habían quedado anestesiadas por el alcohol y que ya no reaccionaban a las órdenes de su Piel Maestra.

Eso, claro, se aplicaba sólo a aquellas Pieles de la plaza que estaban emborrachadas por el vino. En todas las demás partes del reino los anfibios se retorcían con agonía y los Ssassaror y los terrenos se aprovechaban de su desamparo para degollarlos. Pero no aquí, en donde tenía lugar la parte crucial del asunto.

— XII —

Los hombres de tierra firme atacaron a los técnicos y los lanzaron al gran recipiente químico, en el que doce metros cuadrados de Piel Maestra flotaban. Luego desempaquetaron los sacos forrados de plomo llenos de gansos robados y los vaciaron en el fluido nutritivo. Según los cálculos de Mapfarity, la radiactividad de los gansos de carbono de silicio mataría a la gran Piel dentro de pocos días. Cuando se hubiese cultivado una nueva, ésta moriría igualmente. A menos que los anfibios adivinasen lo que había de malo y localizasen a los gansos en el fondo del tanque de seis metros de profundidad, no les sería posible detener el proceso. Y este caso resultaba muy improbable aun de averiguar.

De todas maneras era necesario que la Piel Maestra fuese temporalmente desarticulada, por lo menos, para que los anfibios del reino no pudiesen tener posibilidad de lucha. Mapfarity lanzó un hueco arpón en la isla de protoplasma flotante y a través de un tubo conectado en él vertió en la piel quince litros de veneno de serpiente hipnótica. Eso bastaba para dejarla sin sentido durante una hora o dos. Mientras, si los anfibios tenían algo de sentido común se desembarazarían de sus propias extradermis.

Dejaron el laboratorio y entraron en el ala oeste. Mientras trotaban por los largos y serpenteantes corredores, Lusine dijo:

—¿Qué planeas hacer ahora, Jean-Jacques? ¿Intentarás convertirte en Rey de los terrenos y luchar contra nosotros los Intercambistas anfibios? —al no contestar Rastignac, continuó—: ¿Por qué no matas al Rey Intercambista anfibio y tomas el mando? Te ayudaré a hacerlo. Entonces podías tener en tu poder a todo el L'Bawpfey.

—Lusine, ¿es que tu cabezota no puede comprender que todo lo

que he hecho ha sido con el fin de alcanzar una sola meta: llegar hasta las Estrellas Volantes? Si puedo llevar al terrestre hasta su navío, me marcharé con él y no volveré a pisar durante muchos años este planeta. Quizá no vuelva jamás.

Ella pareció impresionada.

—¿Y qué pasará con la guerra de aquí? —preguntó.

—Hay unos cuantos hombres entre la gente terrestre capaces de alcanzar la jefatura en tiempo de conflicto. Se necesitará hombres fuertes y hay unos cuantos iguales que yo, pocos, lo reconozco… pero… ¡Oh, oh, oposición! —se interrumpió al ver a seis guardias que estaban plantados delante de la «suite» del terrestre.

Lusine ayudó y al cabo de un minuto habían matado a tres y los otros huían perseguidos. Luego irrumpieron por la puerta… y Rastignac recibió otra sorpresa.

La ocupante del apartamento era una diminuta pelirroja, exquisitamente formada con grandes ojos azules y unas curvas nada masculinas.

—¡Creí que habías dicho terrestre…! —protestó Rastignac al gigante que vino trotando y pisándole los talones.

—Oh, lo dije en sentido genérico —respondió Mapfarity—. No esperarás que prestara atención al sexo, ¿verdad? Has de saber que no me interesa para nada vuestro género, humano.

No era momento para reproches. Rastignac trató de explicar a la mujer terráquea quién era, pero ella no le comprendió. Sin embargo, sí pareció captar lo que quería y se tranquilizó ante los vehementes gestos del joven. Cogió un gran libro de la mesa y apretándolo contra sus redondos y altos senos, salió con él cruzando la puerta.

Abandonaron el palacio y descendieron hasta a plaza. Aquí encontraron a los anfibios supervivientes apiñados en una sólida falange, luchando, escalón por escalón, para llegar a la calle que conducía hasta la bahía.

El grupito de Rastignac eludió la batalla y empezó a descender por la escarpada avenida hacia el puerto. A mitad de camino miró hacia atrás y vio que nadie les prestaba aún la menor atención. No es que no hubiese gente en las calles e ambos lados suyos, sino que el suelo además estaba cubierto de Pieles y de cuerpos. En apariencia, los que vivían después del primer encuentro salvaje, se

habían ido a la plaza.

Entraron en el muelle. La mujer terráquea señaló a Rastignac diciendo que sabía cómo abrir la espacionave, pero que los anfibios lo ignoraban. Además, si lograban entrar, no sabrían cómo manejar el aparato. Ella tenía las instrucciones para hacerlo en el libro que llevaba desesperadamente apretado contra el pecho. Rastignac dedujo que no había hablado de eso a los anfibios. En apariencia todavía no habían intentado torturarla para sacarle la información deseada. Por tanto, al hablar del libro expresaba la mujer su confianza en Rastignac.

—¿Y ahora qué, Jean-Jacques? —preguntó Lusine—. ¿Todavía piensas abandonar el planeta?

—Pues claro —respondió.

—¿Me llevarás contigo?

Rastignac se había pasado la mayor parte de su vida bajo la tutela de la Piel, que aseguraba que los demás sabrían si mentía. No lograba esconder del todo sus verdaderos sentimientos debido a tal costumbre. Por eso el hábito de toda su existencia apareció:

—No te llevaré —dijo—. En primer lugar, aunque puedes tener algunas virtudes admirables, no he conseguido apreciar una determinada. En segundo lugar, no podría soportar tu hábito de beber sangre ni tus modales asesinos y totalmente inmorales.

—¡Pero, Jean-Jacques, renunciaré a todo por ti!

—¿Acaso el tiburón puede dejar de comer peces?

—¿Y dejarías a Lusine, que te ama como ninguna mujer de la Tierra podría hacerlo, para irte con esa… con esa muñequita pálida a la que podría partir en dos con mis propias manos?

—¡Calla! —le ordenó—. Toda mi vida he soñado en este momento. Nada podrá detenerme ahora.

Estaban en el muelle junto al puente que ascendía hasta el lado liso del navío estelar. La guardia había abandonado sus puestos, aunque los cadáveres mostraban que algunos no habían obedecido con prontitud la orden de incorporarse a la pelea.

Dejaron que la mujer terrestre fuese la primera en cruzar el puente.

De pronto, Lusine se adelantó a Rastignac, gritando:

—¿Si no me quieres a mí, no consentiré que la tengas a ella tampoco? ¡Ni que llegue allá a las estrellas!

El cuchillo se hundió dos veces en la espalda de la mujer terrestre. Luego, antes de que nadie pudiese apresarla, saltó del puente cayendo en las aguas de la bahía.

Rastignac se arrodilló junto a la mujer. Ella e entregó el libro, luego expiró. Cogió el volumen que le resbaló de las manos, pero logró recuperarlo antes de que cayese por el muelle.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —gimió Rastignac, estupefacto de pena, sorpresa y dolor. Dolor por la mujer y sorpresa por la pérdida del navío y el fin de sus planes de libertad.

Mapfarity se acercó corriendo y tomó el libro de sus manos insensibles.

—Ella dijo que esto es un manual para hacer funcionar el navío —exclamó—. No se ha perdido todo.

—Estará en un idioma que no conocemos —musitó Rastignac.

Archambaud vino corriendo y gritando:

—Los anfibios han roto el cordón y vienen calle abajo. ¡Tomemos nuestro bote antes de que esa multitud sanguinaria nos alcance!

Mapfarity no le prestó atención. Ojeó el libro distraído, luego extendió el brazo y alzó a Rastignac apartándole del cadáver.

—Todavía hay esperanza, Jean-Jacques —gruñó—. Este libro está impreso con los mismos caracteres que los que vi en la biblioteca de un sacerdote amigo mío. Dijo que era hebreo y que se trataba del Libro Sagrado en el idioma original de la Tierra. Esta mujer pudo haber sido ciudadana de la república israelí, que según tengo entendido se había convertido en una gran potencia de la Tierra cuando vosotros los franceses os marchasteis. Quizás el idioma de esta mujer ha cambiado algo según su lengua original, pero me parece que el alfabeto continuará siendo el mismo. Apostaría a que si llevamos el libro a este sacerdote será capaz de leerlo… quedan sólo unos pocos con esa habilidad… y aun incluso traducirlo lo bastante bien para que nos enteremos de todo.

Caminaron hasta el final del muelle y bajaron por una escalera a la plataforma en donde la chalupa estaba amarrada. Mientras remaban para dirigirse a la barcaza grande, Mapfarity dijo:

—Mira, Rastignac, las cosas no son tan malas como parecen. Si no tienes el navío, tampoco lo tiene ninguna otra potencia. Y sólo tú tienes la clave de su entrada y funcionamiento. Deberás estar

agradecido a la Iglesia, que ha conservado la antigua sabiduría para casos de emergencia que no se podían prever como este caso mismo. Sólo conservando el secreto del vino, que con el tiempo será el medio mejor para liberar a la gente de su atadura a las Pieles y permitirles así luchar con los anfibios en lugar de dejarse matar. Mientras, hay una batalla en marcha. Tendrás que dirigirla. Nadie más excepto el diablo sin Piel tiene prestigio para hacer que la gente se agrupe en su torno. Una vez acusemos de traición al Ministro de Mala Voluntad y lo encarcelemos, sin Asaltante Oficial que le liberte, exigiremos elecciones generales. Te nombrarán Rey de los Ssassaror; yo lo seré de los terrenos. Eso es inevitable, porque somos los únicos hombres sin piel y, por tanto, irresistibles. Después de ganar la guerra, partiremos hacia las estrellas. ¿Qué te parece?

Rastignac sonrió. Fue una sonrisa débil, pero sonrisa al fin. Sus ojos en forma de paréntesis mostraron el antiguo signo de decisión de su cara.

—Tienes razón —respondió—. He pensado en ello mucho. Un hombre no tiene derecho a dejar su país natal hasta que ha zanjado aquí sus problemas. Incluso si Lusine no hubiese matado a la mujer terrestre y yo me hubiese marchado, mi conciencia no me habría dejado en paz. Habría sabido que abandoné la lucha en su momento más delicado. Pero ahora que me despojé de mi Piel… que era un sustituto de la conciencia… y ahora que me veo obligado a desarrollar mi propia conciencia interior, reconozco que el vuelo inmediato hasta las estrellas hubiese sido una equivocación.

—Y también debes admitir, Rastignac —dijo el complacido Mapfarity—, que las cosas ahora han dado el mejor resultado. Incluso Lusine, mala cosa era, ha ayudado al bien general manteniéndote a ti en este planeta. Y la Iglesia, aunque ha soltado en el mundo una vez más el viejo diablo del alcohol, ha hecho más bien con esa conducta que…

Pero aquí Rastignac le interrumpió para decir que no creía en esa forma particular de pensamientos y que, mientras los aullidos de los guerreros salvajes venían de los muelles, mientras la estructura de su mundo se desplomaba en torno a ellos, los dos amigos se lanzaron al más violento y temible de todos los torbellinos… el de la Discusión Filosófica.

FIN

PROYECTO CELESTIAL

— I —

La arrogancia con la que B. T. Revanche cruzó el antedespacho de Bioid y Electronic bastaba para convencer a cualquiera de que se trataba de una persona importantísima. Sus ojillos sin desviarse ni a izquierda ni a derecha, su largo y grueso cigarro puro apuntando hacia adelante, su cabello hirsuto creciendo en todas direcciones, daba la idea de un hombre recio con aires de puercoespín. Y, como esa criatura de lomo espinoso, sabía que nadie podría detenerle. Si lo intentaban… ¡Lo lamentarían!

Poquísimas personas caminaban sin miedo por las salas de espera de Bioid. La mayor parte de la gente permanecía sentada largo rato en las sillas de asiento refrigerado, y cuando se les permitía entrar en el Sanotum Sanotorum, raras veces no iban acompañadas por un traicionero Bioideo.

Pero B. T. Revanche (en contra del rumor extendido, las iniciales no significaban Blood Thirsty) no se molestó en anunciarse. Dando por sentado que le reconocerían allá donde fuese, ni siquiera desconectó su campo personal de antiespionaje.

Tal gesto de sencilla cortesía le hubiera parecido una afrenta a su prestigio.

Apartó a un lado a quienes le pareciera interponerse en su camino, entró en el ascensor antigravedad y ascendió los cincuenta pisos hasta la inmensa «suite» del cuartel general central de Bioid. Allí, un ordenanza lleno de galones le recogió y le precedió, voceando su nombre con abrumadora precisión.

—¡Dejen paso para el *signor* Revanche! ¡Apártense a un lado, por favor! ¡Mirad, aquí viene!

Revanche frunció el ceño y mordió un poco su cigarro. No le gustaba que con respecto a sí mismo existiese el menor rastro de

veleidad.

A pesar de aquella pizca de enojo, sin embargo, se sintió impresionado por las oficinas. Brillantes frases pendían de las paredes: ¡Lo bioide es más profundo que la superficie de la piel! ¡Nuestra eternidad: Arte y Ciencia Da Vinceleo! ¡Perfecto tanto dentro como fuera! ¡Por los Dioses… y Da Vinceleo!

Por todas partes pendían diagramas y esbozos de las grandes obras messinianas, dibujos del cuerpo humano en posturas diversas, acompañados con imágenes de robots bioides en posturas correspondientes.

Dentro del bloque de plastiglás se veían cerebros de germanio, asombrosas estatuas que parecían vivir y respirar y un gorila disecado, el último de su especie, cazado por el propio y grande Da Vinceleo. Si uno se colocaba en la plancha instalada en el suelo admirando la fiera, el animal extendía los brazos para capturarle… y rugiría con una violencia suficiente para dejarle helado de terror.

B. T. Revanche se detuvo un instante ante una de las estatuas y manipuló unos mandos de su base. Se trataba de una mujer atractiva que vestía una simple túnica de gasa verde dorada, trasparentando gloriosos, debajo del suave tejido, sus miembros esbeltísimos.

—Háblame, nena —dijo.

La mujer de plastipiel habló, sus labios arqueándose en una sonrisa seductora.

—Buenas tardes, hombre culto. No estoy viva, pero hay gracia y hermosura en todas las creaciones de Da Vinceleo, y, cuando las miras, te olvidas de que has venido aquí para pasar una hora de asueto. Los velos de lo artificial han desaparecido y durante un instante miras la belleza desnuda y sin adornos. ¿No desearías tomarme en tus brazos?

—¡Claro que sí, nena! —murmuró Revanche.

Sabía, claro, que la estatua no podía oírle, pero, ajustando sus preguntas para que correspondiesen con las respuestas grabadas en cinta, era posible mantener la ilusión de una conversación. Al imaginarse, incluso, durante un breve instante, de que podría ceñir tan adorable criatura a los deseos de su voluntad, despertó en Revanche todo su sonismo.

—No me interesas como obra de arte, nena —dijo—. Me

imagino que sabes por qué.

—Sigue, hombre culto —contestó la estatua—. Has permanecido aquí demasiado tiempo. ¡Si miras en tu torno hallarás otras cosas más hermosas que yo!

Bruscamente la ilusión desapareció. Ceñudo, decepcionado, Revanche giró en redondo y continuó con su caminar arrogante.

Había muchas escenas pintadas en vivóleo que daban la ilusión, si se las miraba oblicuamente, de hojas agitándose, de pájaros volando, de mujeres caminando y agua manando. Todas iban firmadas con el nombre del famoso poeta-científico y amante del Segundo Renacimiento Italiano… Benangelo Michelardo Da Vinceleo.

Allí estaba el único hombre en la Tierra más ampliamente conocido, más potente. Servía de medida para la importancia de B. T. Revanche
el que no se le hiciese objeto de ninguna broma práctica.

Da Vinceleo era famoso por su complicado, paleto y a veces mórbido sentido del humor. Los visitantes necesitaban tener nervios de acero si querían verle… y sobrevivir.

* * *

No era extraño que bajo sus pies se abriese trampillas y que cayeran, pataleando y gritando por un pozo de unos dos pisos de profundidad antes de verse recogidos por la antigravedad que los detenía dulcemente. De que un visitante encontrase que el pomo de la puerta del despacho del amo se había convertido en una diminuta cabeza humana de plástico. O entrar en lo que creía que era el despacho y encontrarse metido hasta el cuello en el agua, o en algún fluido menos aceptable.

Si la víctima enojada se marchaba, Da Vinceleo se partía de risa. Y si después seguía una demanda judicial, poseía medios de asustar a la infeliz víctima para hacer que la retirase.

Los empleados del despacho, incluyendo los treinta vicepresidentes, cobraban enormes salarios principalmente porque alardeaban de nervios de acero y de estómagos resistentes a cualquier úlcera. Después de su experiencia por el extraordinario humor de Da Vinceleo, muchos de ellos permanecían tranquilos

ante los buitres embarazosos y olores desagradables que producían al sentarse en sus propios sillones.

Incluso miraban con la clásica calma de una estatua imperturbable, cómo las bombillas vibraran y estallaban en pedazos, cómo los ratones mecánicos, las cucarachas y demás saltaban de los cajones abiertos y los grifos de agua que surgían de repente duchándote en plena cara. Los pocos que no podían resistirlo dejaban de cobrar fabulosos salarios y se recluían en casas de reposo.

Pero ninguna de estas molestas cosas se interfirió con el avance de Revanche. Ni siquiera hizo una pausa para entrar en el propio Sanotum Sanotorum.

— II —

Da Vinceleo se sentaba tras un buen escritorio, con una lámpara de lectura Cellini muy cerca de su codo. Vestía sólo un par de pantalones cortos comerciales azul eléctrico y una boina escarlata. Su frente era alta y cuadrada, un hermoso y esculpido templo griego dedicado al Pensamiento. Pero la cara que quedaba por debajo era la de un zorro y los ojos dos hornos gemelos, enrojecidos y quemantes. A veces, lindamente ardía en ellos la llama del fénix… más a menudo, parecían reflejar la imagen del signo del dólar.

Da Vinceleo apenas tuvo tiempo de meter en su armario el lanzacintas. Acababa de revisar una caja con la vida de Revanche. Sus agentes habían hecho un trabajo estupendo sobre Revanche. Sabía más acerca del gran financiero que el propio interesado, porque incluía su informe las opiniones de diez psiquiatras de categoría. A pesar de que todos los informes resultaban contradictorios, el propietario de Bioid notó que poseía un excelente conocimiento del alma de su rival.

El messiniano sabía todo en el trabajo de estudiar el índice psíquico infantil de Revanche. Sabía que los años formativos importaban mucho, porque la criatura es el padre del hombre adulto. Comprendiendo qué clase de jovenzuelo fuera Revanche, le proporcionó una ventaja desde los comienzos.

Por tanto, cuando el magnate entró arrogante en su despacho, permaneció sentado, seguro de tener en las manos todos los triunfos.

B. T. se le enfrentó durante un momento sin saludarle, obsequiándole con su famosa «mirada inspectora», la forma de estudiar a la gente que le hizo que hombres muy fuertes temblaran. Sus ojos eran tan duros como los de un bioide. Su nariz la llevaba

empolvada, de modo que la diminuta línea que circundaba su punta quedase oculta. Cualquier fisura visible traicionaría lo artificial de aquella punta, hecha de plastopiel.

Revanche dejó que sus ojos subieran y bajaran por su anfitrión como gusanos midiendo la extensión de su presa. Luego, brusca, francamente, fue al grano. Su petición y la furia atorbellinada con que la expuso hicieron que Da Vinceleo perdiese su seguridad, poniéndose en pie boquiabierto.

—¡Di, hombre! —murmuró con aspereza—. ¿Qué es lo que dice? Eso sólo podría significar…

—¡Da Vinceleo! —Ladró Revanche. Escupió las palabras por un lado de la boca, sin quitarse el cigarro—. Mis agentes me informan que es usted vivo como el eternadoy —prosiguió, sin dar al otro posibilidad de responder—. Dicen que tiene usted el genio artístico de Buonarotti, la implacable ambición de un Borgia y el humor depravado de un Calígula.

El messiniano ni parpadeó. Parecía complacido y podía estarlo porque Revanche consideraba los calificativos como cumplidos.

—Usted no se detendrá ante nada de lo que desee —destacó el financiero—. Fue su ansia implacable y su capacidad ejecutiva los que le permitieron construir bioid con sólo un autolimpia-zapatos como principio. Y sabe tan bien como yo que usted robó el dinero para comprar el aparato a su ciega y pobre madre.

Da Vinceleo parpadeó. Creía que eso no lo sabía nadie. Pero después de todo, ¿qué importaba? Había compensado a su madre. La enterró en un ataúd de oro maravillosamente diseñado.

—Mis psicólogos dicen que una de sus ambiciones es hacerse el hombre más rico y poderoso del Sistema. Por desgracia, yo estoy en su camino. ¡Bueno, si usted hace lo que le pida, estoy dispuesto a entregarle todos mis bienes!

Los ojos pardo-óxido de Da Vinceleo destellaron con rojo deseo.

—¿Y cómo podría? —contrarrestó—. Si lo intentara tendría que huir del Sistema. Todas las ciudades libres, todos los planetas se reunirían para atacarme. El universo aullaría sediento por mi sangre. ¿Qué hay de malo en usted, Revanche, que no lo puedo ver? ¿Acaso trata en serio de hacer que me maten… o su desdén hacia la inteligencia creadora le impide darse cuenta de cómo ladrarían los perros?

—¡Que ladren! —repuso Revanche—. Le cederé toda mi fortuna por escrito. Le haré presidente y propietario de mi compañía. Extenderemos un contrato que me convertirá en cabeza de Bioid. De ese modo, sobre mí recaerá toda la responsabilidad. Toda, ¿me oye? Usted se limitará a dirigir las operaciones, pero será legalmente inocente. ¿Comprende? Inmediatamente que se haya terminado el trabajo, Bioid volverá a sus manos.

—¿Y usted, Revanche, que hará?

—En cuanto mi venganza quede satisfecha, tomaré mi yate y me dirigiré al recién descubierto planeta de Alpha Draconis. Allí quedaré fuera de toda extradición. Comenzaré de nuevo los negocios. Es un planeta rudo que me ofrece un desafío, cosa que se ha perdido ya en este Sistema domesticado.

—Bueno, no sé. Necesito tiempo para pensar.

Revanche gruñó, luego ladró:

—Mis agentes dicen que es usted famoso por tomar decisiones con rapidez de cerebro electrónico. Dígamelo ahora mismo… o me iré a la competencia. Piense, hombre —prosiguió rápidamente—. Es usted ingeniero y artista. Será la culminación, la obra maestra de su carrera. Hablando histéricamente, ni Buonarotti ni Nerón serán capaces de hacerle sombra. Y también será el hombre más rico debajo del sol.

Los ojos de Da Vinceleo giraron con fuerza y rapidez. Revanche podía ver los tiros electrónicos brillando, los computadores chasqueando en el tremendo tablero gris dentro de aquel templo griego, que era la frente de su interlocutor. Pero, reflexionó; era un templo que necesitaba un látigo para expulsar a los mercaderes.

El messiniano se decidió de pronto.

—¡Hecho! Llamaré a mis abogados y efectuaremos la transferencia en seguida. Conduciré las operaciones «subrosa». Así será mejor.

Se sentó tras su escritorio y pasó los dedos por varios «ojos» electrónicos y dijo:

—Tu pueblo natal es una ciudad libre, ¿verdad?

—Sí, no tiene contratos con las ciudades. Ni alianzas. Siempre ha sido anticooperativista. ¡Existe por su cómodo y adecuado egoísmo!

—Y se niega a emplear mecanismos modernos, ¿verdad?

—Sí. Ha vuelto a los días del caballo y el carro. Dice que las máquinas roban el alma al hombre. Sin embargo, y entienda esto… he aquí la ironía de su medio de vivir. Despreciando la maquinaria, se ven todavía gobernados por la religión más mecánica y el estado más mecánico, políticamente hablando, que se pueda imaginar. ¡Creen que el diablo inventó la máquina de vapor! No obstante, cada alma en Dafess City es destinada desde su nacimiento a una cierta clase de rango social. Se dedica a un empleo determinado, a un matrimonio también determinado y a un lugar determinado del Cielo. Tienen un libro al que llaman Plano Azul Celestial. Describe el futuro en términos alegóricos y velados. Pero los dafesses lo toman literalmente, convirtiendo la letra en norma de ley, sin tener en cuenta el escrito de dicha letra.

—¿Dafesses? —preguntó el artista, fingiendo ignorancia.

—En memoria de Multum Bonum Dafess, fundador y profeta. De todos modos, el Plano Azul Celestial predice el fin del mundo cuando los habitantes de Dafess sean salvados y el resto del planeta irá a un hermoso lugarcillo que hay reservado para ellos, llamado Repudio. El Repudio está dotado con todas las comodidades del hogar… agua caliente, comidas cocinadas, muebles especiales, sirvientes personales expertos. Usted me entiende. Sólo los dafesess, los Mutilados, quedarán indemnes después del Día del Juicio. Los no mutilados irán al Repudio.

Da Vinceleo se agitó incómodo en su silla. Cuando era niño, su amante madre describió tal lugar como el destino que le estaba reservado… si no se enmendaba. Y, aunque despreció tales insinuaciones, su inconsciente sabía perfectamente bien lo arraigadas que quedaron dentro de su alma las palabras maternas.

—En verdad que los odia, ¿no? —murmuró.

—Los odio porque son tan odiosos —respondió Revanche—. Usted también lo haría si se viese destinado al desprecio durante toda la vida por las gentes que sabe a ciencia cierta que son estúpidas. O si se enamorara y le prohibieran casarse porque la chica no estaba considerada por los Ancianos para que fuera su compañera. O si le obligaran a contraer matrimonio con alguna vaca gorda con menos sesos que un mosquito, porque los Ancianos interpretasen cierto pasaje del Plano Azul referente a usted —su voz adquirió mayor dureza—. ¡Pero eso no es todo! Cuando me fui y me

enriquecí y pude tener la mujer que se me antojara, me encontré incapaz de soportar a ninguna mujer que no fuese de mi pueblo. ¿Sabe usted por qué? —Se tocó la punta de la nariz artificial, su voz alzándose en un grito—. ¡Pues se lo diré! Desde la infancia se me inculcó la idea de que sólo las mujeres con narices truncadas son puras, gloriosas y hermosas. Hasta que me fui jamás pude ver a una mujer con nariz normal. ¡Nunca! Y ahora, aun cuando lleve disfrazada la marca de mi comunidad nativa y sé, racionalmente, que las mujeres no mutiladas son hermosas, mis nervios, mi estómago, se niegan a admitirlo. ¡Creo que *miss* sistema solar del año dos mil cincuenta y dos es fea! Pude haberla hecho mía en cualquier momento, en cualquier lugar, cuando se me antojase, ¿entiende? Pero no pude soportarla, ni a ella ni a ninguna de sus hermanas. Todas me parecen defectuosas. ¿Y sabe usted qué, Da Vinceleo? A pesar de todo mi dinero, no puedo conseguir a una simple mujer hermosa del Sistema y hacer que consienta en cortarse la punta de su nariz por mí. ¡A ninguna! He conocido muchas que me dijeron que me amaban y que serían capaces de morir por mí. Pero no me quieren lo bastante para cortarse las puntas de esas naricillas que sólo huelen a dinero. ¡Oh, no! —Durante un instante su mirada reflejó la más profunda agonía—. ¿Por qué cree usted, si no, que he luchado por colocarme sentado en lo alto del Sol? ¿Para tomarme las cosas con calma, jugar al golf, o ir con mi yate visitando las estrellas? ¡Eso no es propio de B.
T. Revanche!
Es por que odio de corazón a cada uno de los habitantes de Dafess, a cada tipo de esos cabezotas que no querrán tocar jamás una máquina porque podrían mancharse con aceite profano, y, sin embargo, ellos mismos son una máquina del tipo más inferior. Voy a darles la justificación más irónica de su credo. Sin embargo, tiene gracia —añadió Revanche, como si aun le estuviera sorprendiendo la cosa—. Una estatua de una mujer hermosa sin nariz recortada pareció agitarme un poco. Me refiero a esa del pasillo de las frases. Eso demuestra que mis instintos básicos son aún normales biológicamente.

Da Vinceleo emitió un suspiro de burlona simpatía y empezó a pasar los dedos por los «ojos» que convocarían a sus jefes de personal. Se daba cuenta de que lo que tenía en mente iba a ser su

obra maestra. La excavación secreta por debajo de Dafess sería onerosa para sus recursos. Mientras decidió las llamadas, su mirada se posó en una madera histórica romántica que tenía enfrente suyo, sobre el escritorio: «Renfrew voy a cabalgar con Los Montados».

Esta madera, como muchas otras inscritas a principios del siglo XX, había sido grabada y distribuida por todo el Sistema. La moda de ver las primitivas películas del oeste había muerto, quedando reemplazada por una pasión hacia las grabaciones audiovisuales de novelas románticas históricas. De todas, Renfrew y la Real Policía Montada del Canadá, constituía la figura más destacada. Tan popular como el lema de dichos antiguos policías: «Siempre capturaremos a nuestro hombre», que iba en labios de todo el mundo (de ordinario en forma de chiste sicalíptico).

El cerebro trepidante de Da Vinceleo debió chocar con algún pensamiento humorístico, porque sus labios se abrieron una vez más. ¿De modo que Revanche quería ironía? ¿Y justicia poética?

Miró al financiero, pero Revanche no advirtió la sonrisa de Da Vinceleo. Aún estaba furioso.

— III —

Tres meses más tarde, el sol de mediodía brillando por encima de Dafess City comenzó a apagarse. En menos de cinco minutos se convirtió en una pelota completamente negra y permaneció con esa forma tan sombría y aterradoramente antinatural hasta hundirse en el horizonte.

A la hora debida, las estrellas se alzaron en sus cursos fijos. Pero, de pronto, sin previo aviso, muchas cayeron, oscilando por el cielo y desaparecieron en la garganta sin fondo del espacio.

La luna llena surgió de pronto. Mientras acababa de asomar por el horizonte, recibió el impacto de una gran estrella roja. De la herida goteó sangre.

Todos estos signos fueron acompañados exteriormente, por lo menos, por un gran regocijo en Dafess. El Plano Azul Celestial se estaba cumpliendo en sus predicciones. Había llegado el tiempo. Los Mutilados estaban a punto de recibir su justa recompensa.

Por primera vez en su vida se bañaron. Se colocaron blancas túnicas inmaculadas. Luego, en masa, marchaban hacia la gran plaza cuadrada del centro de la ciudad y aguardaron.

Mientras, todos los no Mutilados que vivían en Dafess habían sido expulsados y todo lazo con el exterior suprimido y cortado. Es más, como no utilizaban radio, sólo tuvieron que cerrar las puertas de su amurallada ciudad para gozar de la más completa incomunicación.

Una vez hecho esto y los ciudadanos reunidos para recibir la profetizada recompensa sagrada, volvieron hacia lo alto sus breves narices para esperar más acontecimientos. No se quedaron decepcionados.

Tal y como estaba predicho, el cielo se enfiló hacia lo alto como

un rollo de pergamino. Lo hizo con un trueno tan potente que produjo vibraciones en los huesos y castañetear en los dientes de los escépticos más endurecidos que pudiera encontrarse.

Con el trueno se produjo un chorro de luz que reveló una forja titánica, una radio cósmica con forzudos ángeles que vestían túnicas manchadas y cuyos halos emitían unas fosforescencias que al desprenderse se convertían en lanzas y espadas.

Surgieron las llamas. Torrentes de humo aparecieron. Los fuelles eran accionados por un anfitrión querubín y rechinaban como prometeos asmáticos. Martillos tan grandes como montañas golpearon puntas de arma al rojo blanco del tamaño de un rascacielos, sostenidas con tenazas grandes como montañas. El fuego y el humo formaron una gran nube que amenazaba tragarse la ciudad. El clamoroso batir sobrepasaba la capacidad auditiva y rebotaba desde el cielo, y de éste, de nuevo al firmamento.

Luego, este cielo se cerró con brusquedad. Fue un chasquido parecido al del objetivo de una cámara fotográfica y la tremenda visión desapareció.

Pero los Mutilados reunidos se sentían invadidos por la alegría. ¿Acaso no habían visto cómo portaban las espadas para subyugar a los condenados? ¿No era todo tal y como se predecía en el Plano Azul Celestial?

Un zumbido de júbilo se alzó de entre la masa. Sin embargo, fue momentáneo, porque a través del cielo negro destelló el relámpago y se retorció para convertirse en palabras que cegaban y deslumbraban los ojos de la multitud. Todos miraron hechizados hacia lo alto.

VOSOTROS SOIS LOS ELEGIDOS

Un vasto murmullo de placer ascendió de la masa. Muchos parecían aliviados. Se limpiaron el sudor de sus frentes y miraron furtivos a sus compañeros para ver si advertían la duda en sus rostros.

Los Ancianos de los Mutilados se reunieron en un estrado del centro de la plaza, alzaron los brazos y comenzaron el ritual cuyas palabras pondrían en marcha los engranajes de los minutos finales del Día para facilitar su desenlace.

Como si fuese un enorme Plano Azul, el cielo empalideció y recobró su color normal de la tarde. Los ciudadanos permanecieron

agrupados, mirando expectantes hacia lo alto. Tras un par de tensos minutos, el cielo volvió a ennegrecerse de manera brusca. Esta vez, sin embargo, aparecieron listas azules por entre las masas negras. En un momento se vio que el tinte sable había sido causado por un ejército de figuras, tantas que casi habían tapado el azul.

Era como si el firmamento estuviese boca abajo convertido en un mar del que salían millares de cuerpos, cayendo hacia la Tierra de cabeza.

Un grito de éxtasis salió del suelo al encuentro de los que descendían. ¡Los Mutilados muertos bajaban del Paraíso para coronar a los fieles vivos!

Pero hubo un hombre que no gritó de alegría. Era B.
T. Revanche,
arropado en una túnica blanca y mostrando una nariz en la que quitara su apéndice de plasticarne. Estaba allí porque insistí ante Da Vinceleo de que no cobraría a menos que le permitiese participar en la farsa.

—No se puede percibir el olor de la sangre en un televisor — objetó con un gruñido.

Por esa razón era el único de la multitud que no cayó en un silencio de sorprendida indecisión. Porque las figuras que caían no portaban laureles con los que coronar a los fieles del suelo. Muy al contrario. Mantenían ante ellos espadas… largas y amplias de doble filo, cuyas hojas destellaban ominosas bajo la brillante luz solar.

Un grito mezcla de ultraje y terror rasgó e aire convirtiéndolo en un sinfín de harapos. ¡Algo estaba equivocado! ¡Alguien había introducido un elemento extraño en los engranajes celestiales! ¡El Plano Azul nada decía sobre esto que estaban viendo!

Las figuras crecieron de tamaño al llegar más cerca. Disminuyeron su caída vertical, se enderezaron y flotaron hasta tocar el suelo con los pies Consumieron un minuto de pausa, mirando airados en su torno, hasta completar el descenso de todo el ejército.

La multitud miraba a los espadachines, que estaban lo bastante cerca para mostrarse en todo detalle. Jadeaban pronunciando una sílaba maravillosa y sorprendente:

—¡X!

Sí, cada uno de los miles de seres que han descendido era una

réplica de X, entidad conocida en otras tierras y otras lenguas con un millar de nombres diferentes. X era uno de sus signos y fue elegido por el profeta Dafess para designar a la entidad, porque X era la cantidad desconocida en las matemáticas paganas.

Fue X, según escribió el profeta, quien visitó a Dafess en persona y aseguró a aquel hombre sabio el monopolio de las sagradas enseñanzas. No le importaba al profeta que centenares de antecesores reclamasen prioridad para tales derechos. El Dafess, estaba seguro que únicamente sus descendientes serían los herederos de X en la Tierra hasta que llegara el momento de que regresara la entidad.

Para demostrarlo, se presentaron en las tierras salvajes y construyeron aquella ciudad y luego escribieron mil libros para perpetuar la tradición.

—Llevaré espada —había prometido a X.

Los dafessianos lo creyeron, pero habían recibido la seguridad de sus Ancianos, expertos en leer entre líneas, de que la espada sería sólo para los no Mutilados. La paz reinaría entre los Mutilados.

Ahora X, como se había predicho, había regresado a su ciudad. Traía espada y también portaba consigo la paz, una paz que sobrepasaba la comprensión. Y su nombre, en este lugar y momento, se había convertido de pronto en el nombre de la Legión.

Cada uno de los de la horda X, pero tal X como jamás se soñara, tenía dos metros y medio de altura y estaba fabricado de eternaloy cubierto con plastipiel extendida para simular carne.

Tan diligente era el resultado que sólo quienes tuviesen antecedentes, como Revanche, advertirían que las criaturas nacieron en una fábrica y que en todo aquel angelito no había ni un solo X viviente.

La perfección artística se extendía hasta el cuerpo magnífico con amplios hombros y finas caderas y largas y musculadas piernas. Iban calzados en bronce.

— IV —

Revanche, que vio por primera vez la obra de
Messinan's,
contempló con cínica satisfacción la criatura que había aterrizado cerca suyo. Impresionado, a su pesar, vio cómo el aro giratorio se inclinaba quizás a un palmo por encima de la noble cabeza. Cada cinco segundos el anillo luminoso cambiaba de color.

Incluso mientras lo miraba, sufrió una mutación. El aro se disolvió en un rojo sangriento y luego en un verde languidoso. Después un púrpura de herida, un negro embrujado y por último regresó a tono del oro.

El aspecto que más sobresaltó a Revanche sin embargo, fue la expresión del rostro. La falsa máscara de carne artificial se extendía sobre el claro metálico con una grotesca representación de los rasgos de X, que se veían en las pinturas de los maestros españoles e italianos.

Había allí el rostro barbudo y en cierto modo estrecho, con la boca de labios sensitivos y la nariz gentil que parecía indecisa entre su cualidad de recta y aquilina. Allí estaban los mismos ojos cálidos y compasivos.

Pero en la máscara los rasgos convencionales habían sufrido una ligera alteración, o, por así decirlo, «exagerados». Aunque los labios se habían fundido con ternura y amor en sus curvas, la sonrisa se vio prolongada y sutilmente retorcida hasta pasar los límites de sonrisa y convertirse en un gesto de amenaza.

Cualquier mano hábil que hubiese dado forma a la máscara sabía que en un gesto de amenaza era una sonrisa prolongada, al igual que la sonrisa es un gesto de amenaza modificado. La mano había captado allí el gruñido del mono, origen de la sonrisa del

hombre; había percibido también que, continuando el proceso de la evolución, la sonrisa del hombre había trascendido más allá, regresando a sus orígenes, de la boca curvada de X.

Y ahora, que la sonrisa era el clima de los esfuerzos de la naturaleza, estaba remoldeado, refundida, reforjada y devuelta a una caricatura de sí misma.

Da Vinceleo no era sólo un científico, era también un supremo artista. En aquella máscara había mostrado al pueblo de Dafess una imagen de ellos mismos. Les había hecho ver en lo que habían convertido a X, cómo le retorcieron el rostro de amor universal convirtiéndolo en una imagen inversa de su verdadera naturaleza… la del amor propio, la del egoísmo.

Reductio ad absurdum.

La gentil curva de las aletas de la nariz había sido extendida en una ansiedad más de desprecio y en una fiereza casi salvaje. La brillante compasión de los ojos se había convertido en algo intenso con una llama tan cálida que hacía a los que la contemplaban preguntarse cómo las cejas y pestañas resistían fundirse o no se perdían en aquellos abismos cavernosos de las órbitas oculares.

Revanche, aunque se sabía a salvo, se sintió dominado por el miedo y la culpa, destiladas en su interior desde los tiempos de su infancia.

En aquel momento, un anciano que había estado mirando al X más próximo, temeroso de adentrarse en el abrazo ritual con el ser mítico a causa de su horrible aspecto, de pronto echó a correr hacia el enviado de los cielos. Se lanzó a sus pies, se abrazó a sus piernas y aulló:

—¡Compasión!

Una voz profunda y potente que sonaba más parecida al rugir de un motor que a otra cosa, respondió:

—¡Justicia!

Justicia era lo que el anciano había solicitado durante toda su vida. Ahora la consiguió.

El autómata alzó la espada y la dejó caer sobre el cuello flaco del anciano.

—¡Zas! —Hizo la hoja.

—¡Pom! —respondió la cabeza.

Aquella pelota con barba blanca giró sobre el suelo hasta que se

detuvo al chocar contra el bordillo. Boca abajo, lo miraba todo desde un punto de vista nuevo y quizá revelador, porque su expresión no era sólo de azoramiento y dolor, sino, por primera vez, también educada.

La ciudad de Dafess se convirtió en un manicomio, el terror adquirió proporciones de cataclismo. Toda la blanca corporación de los Mutilados se dividió en cincuenta mil fragmentos que huían por doquier, que daban vueltas, que giraban, que zigzagueaban, que saltaban, que reptaban, que se arrastraban, que se lanzaban y que volaban.

La legión de X les persiguió. Avanzaron briosos, pero con rapidez. Por encima de todo, se movieron de manera implacable.

Cuando una persona acorralada no podía esquivar a la terrible figura, él o ella se dejaba caer sobre sus rodillas y con las manos unidas suplicaba:

—¡Piedad! ¡Piedad!

—¡Justicia! —Rugían los labios Inmóviles de la máscara.

—¡Zas! —Chasqueaban los labios de la hoja.

—¡Paf! —repitió como un eco la cabeza.

Aunque muchos cráneos cayeron rodando, un observador más o menos objetivo, como Revanche, se había dado cuenta de que eran más los que alcanzaban perdón.

Se encontraban, sin embargo, indefensos por un motivo, ya que siempre las espadas agitadas obligaban a marchar a la multitud en una dirección general.

Los conducían hacia el Templo de los Justos, una pirámide truncada no muy lejos de la plaza. Esta pirámide albergaba también el Primer Banco Secular Sagrado de Dafess y éste había crecido en tal proporción que se había convertido en la Corporación de Finanzas. Cosa particular, esta última institución ahora ocupaba el centro del edificio. Los dafessianos habían aceptado lo que parecía ser voluntad de X y habían trasladado la parte sagrada a un rincón.

La multitud era obligada a cruzar las puertas de mármol. No tenían otro sitio adonde ir porque cada vez que daban media vuelta, el ojo llameante y la espada flamígera les hacía desistir de su propósito.

B. T. Revanche se dejó llevar por la corriente. Una vez dentro de la pirámide, sin embargo, se apartó de la multitud y echó a correr

por un pasadizo lateral. La masa general se veía obligada a entrar por la abierta puerta de la enorme caja fuerte, construida al estilo de bóveda. No deseaba ir con el vulgo. Había convencido a Da Vinceleo que le preparase una entrada particular.

Corrió con toda la velocidad que sus cortas piernas pudieron proporcionarle, jadeando. Cuando dobló una esquina, se detuvo en seco. Su corazón, que le latía moderadamente ahora, entró de pronto en la música agitada y horrible de «Noche en el Monte Pelado», de
Moussorgsky's.
Un bioide X estaba plantado al final del pasillo, exactamente delante del mural que ocultaba la puerta secreta.

Se detuvo, absorbió oxígeno y valor y caminó brioso hacia la cosa, confiando en que el «interceptor» electrónico que llevaba en su cinturón inutilizase a la máquina.

Pero cuando llegó hasta el autómata, sus iras reprimidas y sus recelos entraron en acción. El de ojos flamígeros alzó la espada y la descargó sobre él.

—¡Has sido elegido! —Rugieron los labios congelados.

La punta del arma le pasó rozando a una distancia menor que el espesor de un cabello, haciendo un corte en la nuez de Revanche.

Abrumado, el financiero dio media vuelta y corrió.

Mientras corría, volvió la cabeza y gritó:

—¡Estás cometiendo un error! —Era algo sutil, porque las orejas de plástico eran sordas, por lo menos si no al ruido, al significado.

La mano de Revanche manipuló el interruptor del interceptador con energía y rapidez. Parecía funcionar; se calentaba y zumbaba. ¿Qué pasaba, pues?

Maldijo a Da Vinceleo considerándolo un artesano de tercera categoría… un cabezota, un tramposo, un estúpido.

De pronto se vio corriendo por otro corredor vacío, las duras suelas de su calzado despertando ecos en las paredes lejanas… ¡Clac, clas. Puf, puf! Había una ventana abierta en el extremo opuesto del pasillo. ¡Si pudiese lograr…!

De nuevo se paró en seco. Medio escondido en las sombras estaba de guardia otro X. Volvió la cabeza, los ojos brillantes de tigre llamearon.

Revanche reprimió un grito y dio media vuelta Esperaba ver al

otro destructor tras él, pero no había nadie a la vista. Cuando llegó al cruce de los dos pasillos lo vio plantado, la espada extendida en un gesto satírico de saludo.

Sólo había un camino para Revanche… volver a la bóveda de la caja fuerte del Banco.

¡Por primera vez se dio cuenta de que él, B. T Revanche, estaba siendo conducido!

Giró para enfrentarse a aquellos horrores que caían sobre él. Frenéticamente sus dedos accionaron el interruptor.

—¡Alto! ¡Alto! ¡Soy vuestro amo! ¡Soy Revanche! ¡Me pertenecéis!

—¡Eres uno de los elegidos! —bramaron ellos.

Giró en redondo y tornó a correr.

* * *

Cuando llegó a la bóveda, encontró a los X alineados en doble fila, como los guardias de honor en una recepción real. Estaban plantados, uno frente a otro, con los ojos destellando a los otros ojos, las espadas extendidas delante y las piernas abiertas por encima de aquellos relucientes zapatos de latón.

Revanche no se detuvo, sino que siguió corriendo entre la guardia de honor como si temiese de que todos a la vez comenzaran a darle tajos. Tuvo una visión de diminutos fragmentos de carne manando en un charco de sangre, como protozoos agitados en una gota de agua vista por el microscopio.

Cuando llegó hasta la enorme puerta de acero del arca, se detuvo y miró a su interior. El suelo inmediatamente delante se había alzado para formar una pared. Debajo había un agujero redondo, la entrada de un enorme y grasiento tubo metálico.

Por aquella chimenea se había deslizado toda a población, gritando, gimiendo, llorando, agarrándose unos a otros en busca de apoyo, luchando en una ilusión de furia maniática.

Por allá se habían ido sin detenerse, con un rechinar de dientes y un chasquear de lenguas y unos zarpazos frenéticos a las suaves y resbaladizas paredes en desesperado intento de evitar a caída hacia la muerte que sabían les aguardaba.

¡Y cuán bien lo sabían! Este tubo era exactamente lo que se había predicho en el Plano Azul Celestial, como el pasadizo hacia el

infierno, cuando fueran enviados al Repudio.

Revanche tenía intención de colocarse, siguiendo su escalera particular, en la pequeña terraza que dominaba el otro extremo del tubo. Allí habría contemplado cómo morían sus paisanos en una avalancha blanca y frenética. Allí, se habría elegido vengador como un espíritu griego contemplando el mar de sangre de una hecatombe troyana.

En su lugar, tembloroso y a punto de estallar de terror, se volvió y se enfrentó a los X.

—¡Todavía no me tenéis! —les gritó.

Dio una patada a la ruedecilla que cerraba la bóveda desde el interior. Una vez que se hubiera cerrado la puerta de doscientas toneladas, no se podría abrir mientras la rueda interior permaneciera en su lugar. Era un aparato antirrobo que conocía muy bien, puesto que en su juventud intentó asaltar el Banco para conseguir un capital con el que empezar sus negocios.

La enorme puerta giró cerrándose rápidamente.

Revanche sacudió el puño hacia la horda al ataque, luego giró en redondo y saltó dentro del tubo. El ruido de los zapatos de latón llenó las paredes de la bóveda. Poco antes de desaparecer de la vista, Revanche volvió la cabeza para lanzar una última mirada.

Un bioide saltaba por el aire en un intento desesperado de sacrificarse impidiendo que la puerta se cerrase al interponer su duro y casi indestructible cuerpo de eternaloy.

El financiero no pudo ver si el bioide lo lograba, porque caía bruscamente en una densa oscuridad.

— V —

Normalmente habría bajado por la lisa boca del tubo, inclinada en un ángulo de treinta y cinco grados, a una velocidad terrible. Pero por algo le consideraban el financiero de más recursos de todo el sistema solar.

Así que puso en acción el conmutador de la unidad antigravitatoria que llevaba en torno a su cintura y rápidamente disminuyó la marcha a la mitad. Hubiera querido poder utilizar una máquina más potente, pero habría hecho mucho bulto resultando imposible ocultarlo debajo de los sueltos pliegues de su túnica. Tuvo que contentarse con una velocidad moderada de caída.

Después de deslizarse veinte segundos, salió por la boca del túnel. Era como se había imaginado. Su velocidad contenida le permitía caer sobre un saliente de granito debajo de dicha abertura. Aun así, quedó en el mismísimo borde. Un poco más de velocidad y hubiera seguido cayendo, pasando por completo dicho saliente.

Tembloroso, se agarró al borde de la roca hasta recobrar parte de su compostura. Al cabo de un rato, se inclinó hasta que la cabeza asomó por el borde del precipicio y pudo mirar al abismo.

Abajo, a unos trescientos metros, aunque se daba cuenta de que la distancia sería una ilusión elaborada por Da Vinceleo, había un lago que ascendía, que se agitaba con grandes ondulaciones, para hundirse después en valles profundos y emitir gigantescas burbujas que subían y estallaban y desprendían un olor a azufre que casi le ahogaba. El humo subía en espirales más arriba de su cabeza y se reunía en el tejado, muy por encima. El calor que ascendía era bastante fuerte para que su rostro se le crispara y notara quemaduras en caso de continuar mirando mucho rato.

Por ninguna parte se veía rastro de los habitantes de Dafess.

Todos se habían disuelto en el rugiente mar de lava, en un infierno que habían profetizado para todos sus enemigos.

Gritando, Revanche miró a derecha e izquierda a lo largo del estrecho saliente buscando una vía de escape. No había ninguna. Ambos extremos se perdían dentro de la roca.

Delante, quizás a unos ciento cincuenta metros, estaba la galería desde la que había esperado contemplar el espectáculo. Si tuviese valor, pensó, podría colocar la graduación de su aparato antigravitatorio sobrepasando el punto peligroso y, casi siempre y durante un segundo, quizá le fuera posible saltar hasta la terraza.

Si el aparato no ardía mientras se encontraba en mitad del salto… si no calculaba mal el impulso y fallaba… si el calor infernal de abajo no le consumía antes de que completara el vuelo…

Si…

* * *

Se puso en pie a raíz del resplandor despedido por el brillante océano, miró por arriba de la ranura. Otro «si». ¿Y si pudiera abarcar con sus piernas los lados de la O y ascender de regreso aunque fuera penosamente?

En aquel momento una figura salió disparada de las sombras del túnel, una figura que se acercaba a velocidad de tren expreso y que rápidamente creció y creció. Su alo color de sangre, la máscara con el gesto abrazador de ternura, los ojos como puertas de un horno encendido, y la espada goteante… todo se discernía con aterradores detalles.

Como el alma perdida que creía ser, Revanche gritó y se dejó caer de plano en el saliente, aplicando su cortada nariz en la masa de granito. Gimió y aguardó el estrépito de la armadura y el silbido final de la hoja cruzando el aire antes de clavarse en su cuello.

Por encima suyo, algo oscuro y monstruoso salió disparado de la O y rugió.

—¡Zas!

Falló el borde por varios palmos y cayó en el océano de lava.

Un tren de sombras parpadeó por encima de Revanche. El aire se había cortado por un paso constante de cuerpos elefantinos volando.

—¡Zas!

—¡Zas!

—¡Zas!

Uno a uno, como obuses vivientes estallaron en un círculo de cañonazos, luego salieron disparados por encima de su pretendida presa. A millares, como meteoros, volaron por encima de él bolas de fuego haciendo fuego con el fulgor de la lava de abajo, espadas acuchillando automáticamente aun mientras giraban y daban vueltas y más vueltas y se estrellaban en la roca líquida.

—¡Zas! ¡Brrr! ¡Puf! ¡Plaf!

De pronto… silencio.

Despacio, Revanche se levantó. No podía creerlo. Miró por el borde. Sólo el desnudo e hirviente mar. Giró y miró hacia el tubo. Silencio y sombras y el grasiento y reluciente símbolo del 0.

La comprensión fundió el glaciar de su cerebro. Estalló en una frenética danza, lloró de alegría, señaló tres veces y gritó:

¡He ganado! ¡Revanche ha ganado! ¡Y les he vencido!

—¡Clang, clang, clak! ¡Clang, clang, clak!

El increíble tintinear de los zapatos o herraduras de hierro salió por la boca del tubo.

Revanche se quedó petrificado en medio de una pirueta, permaneció inmóvil y luego pareció desplomarse en una extraña criatura descoyuntada que avanzó hacia el túnel y se echó hacia atrás para mirar arriba, como un hombre del Neandertal asombrado y rígido.

La líquida película de alegría volvió a caer sobre su cerebro, se hizo blanca, helada y torpe.

Una montura y su jinete salían de la oscuridad y entraban de lleno en el fulgor de la lava. El caballo era de un negro de pesadilla, sus pupilas tenían la brillantez ardiente y amarilla de las del tigre. Extendía unos labios llenos de espuma mostrando unos dientes lo bastante afilados como para partirlo en dos.

Un caballo fantasmal, ansioso de sangre, mientras sus magnéticos cascos se veían brevemente cubiertos de metal antes de tornarse a alzar.

—¡Clang, clang, clak! —Sonaban sus cascos.

Luego, se detuvo y bajó la cabeza por el borde del tubo y clavó en Revanche un ojo diabólico mientras desmontaba su jinete. Pero

la reacción a tal actitud no se movió siquiera cuando su amo saltó con suavidad al borde para enfrentarse a Revanche.

El financiero notó cómo sus ojos parecían querer abandonar la cabeza, al desorbitarse en acceso, como globos tirando de sus amarras.

Los ojos lo comprendieron antes que el cerebro.

Vieron la cara que era un compuesto de dos personas, una paradoja maestra de rasgos faciales: compasivos e implacables, sensibles y ásperos, amorosos y llenos de odio. Era un hibrido de X y de él mismo.

Luego el rostro contradictorio lo que tanto le reveló, lo que explicaba por qué su interceptor no había funcionado, incluso el porqué fue «conducido» hasta aquí y ahora se enfrentaba a tan vengativa y fantástica criatura.

Era algo más que le dijo que no sólo la ciudad de Dafess, sino él, Revanche, era víctima de un sentido del humor propio de Calígula, cuya meta resultaba el chiste práctico más colosal que el messiniano hubo hecho jamás.

Pero de ese detalle no pudo percatarse por estar en exceso sorprendido. ¿Por qué los bioides, que llevaban dispositivos potentes antigravitatorios en sus cuerpos, habían caído al abismo? La razón era porque Da Vinceleo les había destruido deliberadamente para hacerle crecer nuevas esperanzas. Y luego había sacado esto… esta cosa… ¡este chiste!

No bastándole con hacer temblar a Revanche, había querido verle sudar sangre.

La criatura que desenfundaba un sable desde la silla, vestía un uniforme ahora ya muerto, pero fácilmente reconocible porque recientemente fue resucitado en la mayor parte de las novelas históricas románticas que eran moda en el sistema solar.

—¡La Real Policía Montada del Canadá siempre captura a su hombre! —rugió la máscara entre el dios Stetson y la guerrera escarlata—. Renfrew jamás falla; Renfrew sigue la pista hasta que el criminal llega al final de su viaje. ¡Y usted, señor Revanche, tiene que pagar sus crímenes!

Revanche cayó de rodillas.

—¡Piedad!

El sable se alzó. Los labios inmóviles rugieron:

—¡Justicia!

EPÍLOGO

Da Vinceleo, viajando muy por encima de Dafess en una espacionave, contempló la escena final en la pantalla de televisión que tenía delante. Luego, suspirando porque le sabía mal destruir su máxima obra de arte, oprimió un botón rojo. Y vio cómo la ciudad de Dafess desaparecía en la antigua y familiar, pero aun así terrible, seta atómica.

—¡Ese estúpido de Revanche! —dijo—. ¿Acaso pensaba que en realidad mataría a toda la ciudad y correría el riesgo de un millón de probabilidades en contra de no poder escapar al castigo de la Policía Solar?

No pensaba que le castigaran por tal delito. Cualquier cosa que hiciera era correcta; la represalia de los demás habría sido venganza, no justicia.

Suspiró otra vez. El proyecto: Dafess, había sido enorme. Pero el peor problema fue el de los propios ciudadanos de Dafess. Incluso una réplica exacta de la ciudad fue construida en las tierras salvajes canadienses, lejos de la verdadera Dafess, mientras que su Estado Mayor efectuaba investigaciones necesarias, cuya parte más difícil fue la histórica y la tecnológica. Una dificultad resultó encontrar el parecido exacto de cada ciudadano y su forma de actuar y de hablar. La segunda, construir bioides que pareciesen, actuasen y hablasen como los originales.

Claro, la ilusión total estaba preparada para engañar a un hombre y debía mantener una existencia de menos de diez horas.

Un problema menor, aunque fascinante, fue el de conseguir sangre que se derramara de las cabezas segadas y ocultara los muelles y cables que había en el interior de los cuerpos autómatas. En aquel momento, Revanche, muy vivo en su yate estelar pasando

por encima de la estratosfera, oprimió un botón. En la pantalla de su escritorio apareció un torbellino que era el proyectil dirigido que acababa de lanzar sobre el blanco, la nave de Da Vinceleo. Luego se produjo una incandescencia, seguida por la antigua y familiar seta atómica.

Revanche gruñó:

—¡Ese estúpido! —Y se apartó de la pantalla. Su rostro era el de un puerco espín que acabara de comerse una tierna corteza llena de vitaminas. Se sentía extraordinariamente satisfecho. ¿Por qué no? Contemplando la destrucción de los ciudadanos sintéticos de la ciudad sintética de Dafess, fue casi tan compensatorio como ver a la verdadera ciudad entregada al juicio final. El proceso había sido una especie de psicodrama, de modo que cualquier psiquiatra lo habría recomendado para la catarsis emocional.

Porque el financiero no se fiaba de ningún hombre y, aunque Da Vinceleo creyese que su proyecto de doble traición era un secreto, no pudo esconderlo al hombre más rico y más inquisitivo del Sistema. Y no se había imaginado que Revanche emplearía a un bioide fabricado por la competencia y construido electrónicamente como duplicado de sí mismo.

Revanche había seguido, desde larga distancia, mientras su duplicado de plastipiel había estado padeciendo, de la misma manera. Su rostro descompuesto por el terror era el suyo y cuando gritó por la frustración y suplicando piedad, él, instintivamente, hizo lo propio.

Pero cuando vio cómo la terrible parodia de sí mismo perdía su cabeza del sablazo, experimentó la sensación de haber muerto y luego vuelto a la vida.

Se había dominado por una carcajada que le obligó a agarrarse a la silla para no caer al suelo. Y ahora, muchísimo más calmado y fumando un nuevo cigarro, repasaba maravillado los detalles de su falsa muerte.

Ya no era el miedo apenas reprimido de verse lanzado por solidaridad en el océano fundido de Repudio. Era como si hubiese pagado sus propios pecados mediante el chivo expiatorio mecánico y ahora pudiera vivir con una conciencia sin acusaciones.

Se quitó el cigarro de la boca y soltó una risita.

Y entonces una tercera seta atómica apareció de pronto.

Revanche y su yate estelar volvieron a los elementos simples en las llamas más cálidas de núcleo blanco que las preparadas para el Repudio.

Da Vinceleo había sido un hombre concienzudo, tan receloso como el propio Revanche. Por abstenerse de hacer su trato con el financiero, tenía un equipo construido y enclavado en el Sistema Personal de sus ondas cerebrales kappa. Si ese Sistema desaparecía, dejaba de irradiar, se aclimataba de un circuito que enviaba un proyectil «sabueso» por el aire desde un pozo enterrado en la ciudad de Messina, un proyectil cuyo morro electromagnético olisqueaba el olor de las ondas cerebrales kappa de Revanche y que no se detendría hasta que diera en el blanco.

Así, si el financiero tuvo tiempo suficiente para encender el cigarro antes de oprimir el botón que disponía de su enemigo, hubiera terminado de fumárselo y aun le quedarían más que consumir en el resto de su vida.

Porque Da Vinceleo estaba convencido de que Revanche había muerto en la falsa ciudad de Dafess y estaba a punto de desactivar el proyectil cazador «sabueso» cuando el proyectil dirigido de Revanche le borró de la existencia para siempre.

FIN

BRILLABAN COMO JOYAS

— I —

Jack Crane permaneció toda la mañana yaciendo en el solar vacío. De vez en cuando, se movía un poco para acallar la protesta de los músculos envarados y de la sangre restañada, pero la mayor parte del tiempo permanecía tan inmóvil como el montón de trapos al que se parecía. Ni una sola vez oyó o vio a la gente de Bohas o, por lo que importaba, a nadie. La oscuridad antes de su hora del alba había escondido su huida jadeante de la jungla, su esquivar a través de los patios traseros mientras los silbatos sonaban y las voces gritaban, y su reptar a cuatro patas por la calleja hasta llegar a la alta hierba y arbustos que rebordeaban el jardín oculto.

Durante un rato, el corazón le batió tan fuerte que estaba seguro de que le impediría huir a sus perseguidores si se le acercaban. Parecía inevitable que le localizaran. Un camarada le había dicho que acababa de construirse un nuevo campamento en un lugar a sólo tres horas de noche de la ciudad. Eso significaba que las bohas estarían tan tensos como avispas en la vecindad. Pero no habían visto ningún uniforme negro hasta ahora. Y luego, yaciendo allí mientras el sol apasionado incansable ascendía por el firmamento, el pam pam de su corazón fue reemplazado por un movimiento rudo, pero doloroso, en su estómago.

Mordisqueó un caramelo y dos rollitos secos que un ama de casa le dio la noche antes. El tigre de su vientre dejó de pasear arriba y abajo de la jaula; se agazapó y lamió la carnaza, pero tenía la cola atascada en la garganta. Jack pudo notar la piel seca frotando su faringe y su boca. Sufría, pero estaba acostumbrado. Ya vendría la noche, tan segura como el firmamento. Entonces bebería para apagar la sed.

El aburrimiento comenzó a aposentarse en sus párpados.

Precisamente cuando estaba a punto de aceptar su máxima necesidad de sueño, olió una hoja con un gesto accidental de la mano y descubrió una oruga. Era oscura excepto una fila de manchas amarillas a lo largo de la línea central de algunos de sus segmentos. Apenas quedó descubierta, empezó despacio a alejarse. Antes de que hubiera cubierto dos palmos, se vio cruzada por una sombra en movimiento. Guiando la sombra había una negra avispa con un anillo naranja en torno al abdomen. Cerró la brecha entre sí misma y el gusano con un rápido y perfecto movimiento se montó a caballo de aquel cuerpo oscuro.

Antes de que la avispa pudiera abarcar el grueso cuello con sus mandíbulas, la presunta víctima comenzó rápidamente a rodar y a enrollarse y a desenrollarse y a lanzarse de lado a lado. Durante un minuto, su delicado jinete no logró aferrarle el cuello. Las afiladas mandíbulas resbalaban en aquella piel, frenéticamente sobresaltada, hasta que cansada, la criatura se detuvo durante la fracción de un segundo.

Aprovechando la oportunidad, la avispa se plantó sobre sus patas y tiró del extremo delantero del gusano levantándolo del suelo, descubriendo la banda amarillenta de su parte inferior. El abdomen del atacante se curvó bajo su propio cuerpo; el aguijón se introdujo entre dos segmentos de la anillada extensión de la presa. Al instante, cesó el retorcimiento. Un escalofrío y la oruga fue una cosa tan inerte como si estuviera muerta.

Jack lo había contemplado con ojo no del todo clínico, sintiendo simpatía por la oruga perseguida a la que consideraba como compañera de penas. Sus propios forcejeos en los pasados meses habían sido tan desesperados, aunque no tan desesperanzados, y…

Dejó de pensar. El corazón volvió a reanudar aquel batir atronador. Por el rabillo del ojo izquierdo había visto una sombra que caía sobre el jardín. Cuando, despacio, volvió la cabeza para seguir a esta mancha sobre el suelo salpicado de sol, vio que pertenecía a un par de brillantes botas negras.

Jack no dijo nada. ¿Para qué? Apretó las manos contra las hierbas y arqueó el cuerpo. Se quedo mirando la boca silenciosa de un automático del treinta y ocho. Eso le dijo que sus días de fugitivo habían terminado. Uno no contesta a una boca como aquélla.

— II —

Jack tuvo suerte. Siendo uno de los últimos en ser conducidos al camión, que antaño se utilizó para transporte de ganado, tuvo más espacio para respirar que la mayoría de los otros. Estaba delante de los barrotes traseros. El vehículo se dirigía hacia el sol. Sus rayos no caían tan fuertes sobre él como a algunos de aquellos que estaban apostados de tal manera que sus ojos estaban cegados por el brillo amarillento de aquellos rayos.

Miró a través de los párpados a los jóvenes que tenía a ambos lados. Durante los últimos tres días en la espesa jungla, el que estaba a su izquierda había dado muestras de lo que creía sobre él, de lo que había sucedido a la mayoría de los fugitivos. El murmurar, la indiferencia a los alimentos, el no oírte cuando se le hablaba. Y ahora el choque de verse pillado en el ataque, había evaporado lo que todo el mundo previera. Se sentía endurecido, como una estatua de granito, medio agazapado. Tenía los brazos extendidos delante suyo, como una mantis religiosa y las manos agarrándose a un barrote. Ni siquiera la presión de la multitud podía quebrantar su postura.

El hombre de la derecha de Jack murmuró algo, pero el rugir del motor y el zumbar del cambio de marcha apagó su voz. Habló más fuerte.

—Cerea flexibilitas. Estado catatónico en extremo. El destino de todos nosotros.

—Estás loco —contestó Jack—. Para mí no. Yo soy esquizofrénico y no quiero convertirme en uno de ésos.

Al no obtener respuestas, Jack creía no haber movido los labios lo bastante para hacerse oír con claridad. Posteriormente, incluso cuando reinaba el silencio, la gente parecía tener dificultades en

entender lo que él decía. Eso le puso furioso.

Gritó. No le importaba si le oían quienes no debieran. Que algunos de los prisioneros fuesen agentes del Departamento de Salud y Cordura no era probable. De todos modos, no le importó. No le harían nada que no tuvieran planeado con antelación.

—¿Alguna idea de adónde vamos?

—Seguro. Al C.F.R.M. 3. Campamento Federal de Rehabilitación Masculina número 3. Pase dos semanas en las colinas espiándolo.

Jack miró por encima al que acababa de hablar. Como todos los demás del camión, llevaba una camisa deshilachada, y una chaqueta manchada y rota, y pantalones sucios y grasientos. Los pelos negros de su cara eran largos; la nuca estaba cubierta por espesos rizos. Las alas de su polvoriento sombrero quedaban bajas. Debajo de su sombra, los ojos vagaban de lado a lado con el mismo miedo que Jack sabía que existía en su propia mirada.

El hambre de las noches insomnes había hecho sobresalir sus pómulos y afilar su barbilla hasta convertirla casi en una punta de lanza. Un aire semivisible se le aferraba, un aura caliente que parecía el resultado de venas llenas de lava y de globos oculares desparramando un calor que no podía contener en su interior. Tenía el rostro de cada transgresor, la cara de un hombre que o bien ardía con fiebre o padecía visiones.

Jack apartó la vista para mirar triste el polvo que se alzaba detrás de las ruedas, como si pudiera ver proyectado contra aquella pantalla amarillo-parduzca su pasado en retirada.

Habló con la comisura de la boca.

—¿Qué nos ha pasado? Deberíamos ser felices y trabajando en buenos empleos y seguros del futuro. No deberíamos ser vagabundos, mendigos, paseantes por las calles, miserables desvalidos ladrones.

Su amigo se encogió de hombros y le miró intranquilo con el rabillo del ojo. Probablemente aguardaba la pregunta que todos formulaban tarde o temprano: ¿Por qué te lanzastes al camino? Preguntaban, pero nadie respondía con palabras que significaran algo. Mentían y no parecían conseguir ningún placer en sus mentiras. Cuando se formulaban a sí mismos preguntas, sabían que no obtendrían la verdad. Pero algo les impulsaba a intentarlo de todas maneras.

El compañero de Jack también se mostró elusivo. Dijo:

—Leí un artículo en cierta revista escrita por un tal doctor Vespa, director del Departamento de Salud y Cordura. Escribió tal artículo poco después de que el presidente crease el Departamento. Preveía, citaba, con alarma y aprensión, se refería al hecho de que el seis por ciento de los que se encuentran entre las edades de doce años y veinticinco son esquizofrénicos que necesitan ser internados. Y, repito sus palabras, se sentía abrumado y horrorizado de que el cinco por ciento de la nación esté compuesto por hombres sin hogar y sin empleo, y que el siete por ciento de ésos estén comprendidos entre las edades de catorce años y treinta. Decía que si esta esquizofrenia seguía progresando, la mitad del mundo se encontraría en campos de rehabilitación. Pero en caso de ocurrir esto, la mitad cuerda se volvería loca. Regresaría a la edad de piedra. Y entonces los esquizofrénicos morirían.

* * *

Se relamió como si estuviera probando las cifras y las encontrara amargas.

—Me interesó muchísimo la respuesta de Vespa a una madre que le había escrito —continuó—. Su hijo terminó en un campamento de bohas para esquizofrénicos y su hijo había abandonado su maravilloso hogar y brillante futuro para convertirse en un vagabundo. Quería saber el porqué. Vespa empleó seis largos párrafos para proporcionar sus explicaciones, todas igualmente válidas y avaladas por igualmente distinguidos sociólogos. Él mismo favorecía la teoría de la histeria masiva. Pero si uno miraba con atención toda aquella disquisición, podía sacar como conclusión única su verdadero significado en una sola frase. No lo sabemos.

»Dijo esto, aunque no te guste, afirmando que los esquizofrénicos y los transgresores eran sólo dos aspectos de la misma moneda. Ambos estaban infectados con idéntica enfermedad, cualesquiera que fuese. Y los transgresores de ordinario terminaban de todos modos como esquizofrénicos. Sólo que les costaba más tiempo.

Funcionó el cambio de marchas. El suelo se decantaba. Jack se vio impulsado con fuerza contra los tableros posteriores por el peso

de los otros hombres. No respondió hasta que cesó la opresión y sus costillas quedaron libres para trabajar por más que la simple supervivencia.

—Estás perdido, esquizofrénico —dijo—. Conmigo te equivocas. El que me lanzase al camino nada tiene que ver con esos cabezotas. Nada, ¿comprendes? No hay nada nublado o de ensueño en mí. Yo no estaría aquí con vosotros de no haberme abstraído en la lucha entre una avispa y una oruga, que me impidió ver cómo el bohas se me acercaba sigilosamente hasta colocarse encima mío.

Mientras Jack describía la pequeña tragedia, el otro se permitió en sus labios una sonrisa de comprensión. Parecía, sin embargo, interesado y cuando Jack terminó, dijo:

—Probablemente fue una avispa amófila. Sphex urnaria Klug. Un diablo bonito, pero maligno. Inyecta el veneno de su aguijón en el cordón central nervioso de la oruga. Eso no sólo la paraliza, sino que la conserva. La víctima siempre termina almacenada en algún cubil subterráneo. La avispa pone encima del cuerpo uno de sus huevos. Cuando este huevo germina, el recién nacido se come el gusano que le aloja. Las orugas quedan vivas, pero inválidas por completo para resistir mientras la criaturita delicada se les come las entrañas. Una idea hermosa, ¿verdad?

»Es una costumbre común en la mayoría de esos pequeños diablos Scelophron cementarium, Eumenes coarcta, Eumenes fraterna, Bembix spinolae, Pelopoeus…

El interior de Jack vagaba. Su informante era evidentemente uno de esos transgresores que pasaban muchísimas horas en las bibliotecas; leían ante la más ligera oportunidad, pero acumulaban un conocimiento enciclopédico inútil. El propio Jack había abandonado su infantil ansiedad de convertirse en ratón de biblioteca. Durante los tres últimos años sus días y noches las empleó en las calles, contemplando el desfile de rostros, viendo las caras a través de los escaparates de cristal de los restaurantes, almacenes y despachos, mientras que esperaba, esperaba…

—¿Dices que espiaste en el campamento? —le interrumpió Jack, cortando por lo sano aquel chorro de palabras griegas y latinas.

—¿Eh? Oh, sí. Dos semanas. Vi cómo metían muchos transgresores, pero jamás vi salir a ninguno. Quizá partían en el cohete.

—¿Cohete?

El joven miraba recto delante suyo. Su rostro parecía tan duro como de hueso, pero la voz le temblaba.

—Sí. Uno grande. Aterrizaba y descargaba media docena de hombres.

—¿Estás loco?

—Lo vi, te lo aseguro. No estoy tan loco como para ver visiones. ¡Por lo menos, todavía no!

—Quizás el gobierno tiene cohetes de los que no ha informado a nadie.

—¿Entonces qué relación podría haber entre los campamentos de rehabilitación y los cohetes?

Jack se encogió de hombros y dijo:

—Tu historia de esos cohetes es fantástica.

—Si alguien te hubiese dicho hace cuatro años que te verías conducido a un campo de concentración, también lo habrías catalogado de fantástico.

Jack no tuvo tiempo de responder. El camión se detuvo ante una alta cerca de alambre espinoso. Las puertas se abrieron; el vehículo penetró por un sendero polvoriento lleno de baches. Jack vio algunos bohas de uniforme negro sentados junto a ametralladoras pesadas. Se detuvieron ante otra entrada; cruzaron más cercas de alambre espinoso. Enormes perros dobermann miraban a los transgresores con ojos fríos y tranquilos. El polvo de otra sección del camino se remontó antes de que se detuvieran finalmente y cortaran el motor.

Esta vez, los agentes comenzaron a bajar los tableros posteriores del camión. Tuvieron primero que hacer soltar los dedos de los esquizofrénicos que se habían agarrado a la madera; algunos de ellos no lo consintieron y cayeron al suelo arrastrados por el peso del tablero.

Un sargento ladró órdenes. Rígidos y tambaleantes, los transgresores descendieron del camión. Rápidamente les alinearon en pelotones y marcharon hacia el recinto cerrado y de allí a unos enormes y negros barracones. Al cabo de una hora todos estaban desnudos; la cabeza afeitada, duchados, con un uniforme gris en las manos y un plato de estaño, una cuchara y una taza, llenos respectivamente de judías, pan y café caliente.

Después, Jack vagó por el alrededor, libre para mirar el suelo arenoso que pisaba y el alambre espinoso y los uniformes negros de los centinelas, y libre para preguntarse a sí mismo, dónde dónde, dónde… Hacía doce años que estaba aquello, pero ¿dónde, dónde estaba…?

— III —

Cuán fácil habría sido perderse todo esto si hubiera obedecido a su padre. Pero el señor Crane era tan inefectivo…

—Jack —le había dicho—, ¿querrías salir a jugar, o permanecer en otra habitación? Es difícil discutir de negocios mientras estás gritando y enredando, y tengo que discutir mucho con el señor…

—Sí, papaíto —contestó Jack antes de que su padre mencionara el nombre del visitante. Pero no era Jack Crane en su juego; era Lincas. Las sillas grandes y el diván eran árboles en sus ojos imaginativos. El enorme sillón mecedora en el que se sentaba el visitante de papá (Jack pensaba de él sólo como «señor»), era un tronco caído. Él, Lincas, tenía que esconderse tras él, emboscarse.

Al señor no le molestó. Sonrió y dijo con voz aguda que creía que Jack era un chico muy agradable. Llevaba un traje ligero, verde claro, tipo Palm Beach, y portaba una gran cartera de cuero castaño, que parecía demasiado pesada para sus piernas y brazos finos como pajitas con las que absorber refrescos. Tenía aspecto raro porque su cintura era muy estrecha y su espalda encorvada Y cuando se quitó su oscuro sombrero Panamá, una pelambrera blancuzca pareció estallar en su cráneo. Tenía el rostro pálido como la luna a la luz del día. Su amplia sonrisa mostraba dientes que Jack adivinó eran postizos.

Pero lo más raro en él eran las gruesas gafas, tan fuertemente tintadas de rosa que Jack no pudo percibir los ojos que habían tras los cristales. La luz de la tarde parecía rebotar de los lentes de tal forma que no importaba desde qué ángulo las mirases, era imposible atravesar el cristal. Y se curvaban para esconder por los lados sus ojos por completo.

El señor había explicado que era albino y que necesitaba las

gafas para reducir el fulgor sobre sus ojos. Jack dejó de ser Uncas durante un minuto para escuchar. Nunca había visto un albino antes y, en realidad, no sabía lo que significaba tal palabra.

—No me molestan los niños —dijo el señor—. Déjele jugar aquí si así lo desea. Está desarrollando su imaginación y puede encontrar más estímulo en esta habitación delantera que quizá lo hallara en el exterior. Nunca debiéramos mutilar el estupendo don de la imaginación en los jóvenes. Imaginación, fantasía, o como se le quiera llamar, es la esencia y el manantial de esos científicos, músicos, pintores y poetas que llegan después a ser algo en la vida. Son adultos que han seguido siendo jóvenes.

El señor se dirigió a Jack.

—Eres el último de los mohicanos y estás a punto de saltar sobre el capitán francés y matarlo a golpes de tomajau, ¿verdad?

Jack parpadeó. Asintió con la cabeza. Las lentes opacas color rosa del rostro del señor parecieron abrir una puerta de acceso a su desnudo cráneo gris.

—Quiero que me escuches, Jack —dijo el hombre—. Olvidarás mi nombre, que no es importante. Pero siempre te acordarás de mí y de mi visita, ¿verdad?

Jack miró con fijeza las lentes impenetrables y asintió de manera torpe.

El señor se volvió al padre de Jack.

—Dejemos que crezca adecuadamente. El juego es un acto necesario. Como todos los jóvenes humanos que sirven para algo, trata de encontrar la perdida puerta de entrada al Jardín del Edén. La historia de los grandes poetas y hombres de acción es la historia del intento por regresar al reino que perdió Adán, los olvidados huertos de las Hespérides de la mente, el Avalón enterrado en nuestra alma.

El señor Crane colocó juntas las yemas de sus dedos.

—¿Sí?

—Personalmente, creo que algún día el hombre comprenderá qué es lo que busca e inventará una máquina que le permitirá al niño proyectar, igual que ocurre con el cine, una imagen en la pantalla, con las visiones de su psico.

—Si le interesa —continuó—. Que creo le interesa, naturalmente, puesto que es usted profesor de filosofía. Ahora,

llamemos al juguete espectroscopio, porque a su través el sujeto ve a los espectros que acechan en su inconsciente. ¡Ja, ja! Pero ¿cómo funciona? Se lo diré. Los científicos de mi país natal han perfeccionado un aparato bastante sencillo, aunque nada han publicado del asunto en sus revistas científicas. Permítame que le dé una breve explicación: la luz choca con la retina del ojo; los nervios y conos pasan los impulsos a las células bipolares, que los reenvían al nervio óptico, que conecta con el cerebro…

—Elemental y lleno de soluciones de continuidad —dijo el padre de Jack.

—Perdóneme —insistió el señor—. Un mero croquis bastaría. Usted podrá llenar los detalles. Muy bien. Este espectroscopio rompe la luz que va al ojo, de tal manera, que los bastones y conos reciben sólo una cierta longitud de onda. No puedo decirle cuál es, excepto que se encuentra dentro del rojo visual. El objetivo también concentra como un cristal ardiente y amplía la potencia de la luz.

»¿Resultado? Un producto químico recién descubierto en el púrpura visual de los bastoncillos que queda activado y estimula al nervio óptico de un modo que no se había imaginado posible.

Un estímulo electroquímico que irrita el subconsciente hasta que le despierta del todo.

»Déjeme que se lo explique así. El subconsciente no es cuestión de locación, sino de organización. Hay billones de conexiones posibles entre las neuronas del cortex. Mire esas potencialidades como muchísimas cartas del mismo mazo. Baraje las cartas de un modo y tendrá el cogito, ergo sum, mental común de cada día. Vuelva a barajarlas y, ¡zas!, ya tiene la combinación de neuronas, o cartas, del inconsciente. El espectroscopio efectúa la acción de barajar. Cuando el sujeto mira a su través, ve por primera vez el impacto pleno y el resultado de su mente subconsciente trabajando en otras perspectivas distintas a las de los sueños o el comportamiento simbólico. Resucita el subjetivo Jardín del Edén. Es mi opinión que este espectroscopio algún día será accesible a los niños en general.

»Cuando esto ocurra, señor Crane, comprenderá usted que el mundo se beneficiará de los deseos secretos del hombre. La Tierra será un lugar mucho mejor. El paraíso, hundido muy adentro de cada hombre, podrá ser puesto a la luz.

—No sé —murmuró el padre de Jack, acariciándose la barbilla pensativo—. Los niños como mi hijo son demasiado introvertidos. Déles este juguete psicológico y les verá crecer, no en el mundo exterior, sino dentro de sí mismos. Se emponzoñarían. El hombre ha sido expulsado del Jardín. Su historia es una ascensión larga y penosa hacia algo distinto. Es algo probablemente mejor que las edades de Oro. Si el hombre tuviese que regresar, lo haría, se convertiría en infantil e incluso en embriónico.

—Quizás —dijo el vendedor—. Pero creo que aquí tiene usted un chico muy extraordinario. Irá mucho más lejos de lo que usted pueda imaginarse. ¿Por qué? Porque es sensitivo y posee una imaginación que sólo necesita la guía adecuada Demasiados niños se convierten en meras cifras de panzudas y redondas «O», es decir, en cerebros verdaderamente llenos de vulgaridades. Esos se quedarán en la Tierra, es decir, permanecerán hundidos en el fango.

—Usted no habla como ningún agente de seguros que yo conozca.

—Al igual que todos cuantos realmente desean vender, yo soy psicólogo nato —gritó con voz aguda el señor—. En realidad, tengo una ventaja Soy doctor en psicología. Yo preferiría quedarme en casa dedicado a trabajos de laboratorio, pero puesto que no puedo evitar que mis hijos se mueran de hambre, y no bromeo, marchando a un país extranjero y trabajando en algo que me permita ganar su sustento, renuncio a mis ambiciones. Yo no puedo contemplar que mis pequeños pasen hambre. Además —dijo con un gesto de su mano de largos dedos—, todo este planeta es en realidad un laboratorio superior a cualquiera de los que estén encerrados entre cuatro paredes.

—Habla usted de hambre. Su acento… su nombre. Es usted griego, ¿verdad?

—En cierto modo —contestó el señor—. Mi nombre, traducido, significa gracioso, amable o bien intencionado —su voz se hizo más ruda—. La traducción es adecuada. Estoy aquí para servirle. Ahora, con estas primas mensuales…

Jack se sacudió y salió de aquel crisol de fascinación que las gafas del señor parecían haber colocado a su alrededor. De nuevo Lincas, siguió reptando a cuatro patas de silla a diván, para ocultarse tras el tronco caído que los adultos creían era una

mecedora. Asomó la cabeza desde atrás y divisó al enemigo escondido que era su padre. Mataría de un disparo a aquel hombre blanco y luego le arrancaría la cabellera. Soltó una risita ante tal idea, porque su padre en realidad no tenía cabellera alguna que perder.

En aquel momento, el señor decidió quitarse las gafas y limpiarlas con el pañuelo de bolsillo. Mientras respondía a una de las preguntas del señor Crane, las dejó colgar de sus dedos. Los cristales quedaron a nivel de la mirada de Jack. Un vistazo descuidado fue bastante para que sus ojos quedaran clavados en ellas. Una mirada le dejó estupefacto por lo que al principio no pudo comprender si lo que veía era una realidad.

Allí estaba su padre, a la otra parte de la habitación. Pero es que aquello no era una habitación. Era un espacio exterior al aire libre bajo la rama baja de un árbol cuyo tronco era tan corpulento y amplio como la pared que fuera antes. Tampoco estaba allí la alfombra persa. Quedaba sustituida por una hierba verde recién cortada. De trecho en trecho, flores de un palmo de alto de pétalos amarillos y brillantes salpicados de escarlata, se agitaban bajo una brisa apacible. Cerca de los pies del señor Crane, un caballo blanco, no mayor que un foxterrier, mordisqueaba la punta flameante de una planta.

Todas estas cosas eran lo bastante maravillosas… pero ¿era su padre aquel desnudo gigante que estaba extendido sobre un peñasco cubierto de musgo? ¡No! ¡Sí! Aunque los rasgos no eran acusados, pronunciados y pálidos, aunque relucían y estaban curtidos por los elementos y lisos como los de un joven atleta, pertenecían a su padre. Incluso el espeso y rizado cabello que caía por la amplia frente y el cuerpo musculado como el de una pantera no podía esconder su identidad.

Aunque aquello le desgarraba los nervios y a pesar de que tenía miedo de que si apartaba la vista no volvería a ver jamás aquella visión, Jack arrancó su mirada de los cristales rosados.

El descenso a la gris y aburrida realidad fue tan doloroso que las lágrimas corrieron por sus mejillas y se quedó jadeando como si le hubiesen dado un golpe en la boca del estómago. ¿Cómo podía haber a su alrededor una belleza tal sin que lo hubiese sabido?

Sintió como si hubiera estado ciego toda su vida hasta aquel

momento y que continuaría para siempre sin ojos, un insoportable siempre, si no volvía a mirar a través de aquellas gafas otra vez.

Robó otra mirada presurosa y el dolor en su corazón y estómago desapareció, sus entrañas se vieron envueltas en un viento suave. Se sintió elevado. Flotaba, un rojo pálido y aterciopelado aire le acariciaba y le mecía.

Vio a su madre salir de detrás del árbol. Aquello resultaba bastante peculiar, porque sabía que estaba muerta. Sin embargo, allí la tenía, sin caminar como antes arrastrando los pies y tosiendo y ya no con la fina piel cerúlea, sino adoptando un color pardo dorado que conjuntaba con el cuerpo lleno de curvas dulces. Saltó sobre su papá y le dio un largo beso. A papá no le pareció importar ver a su esposa desnuda. Oh, todo era maravilloso. Jack se dejaba vagar y se mecía en el aire y se sentía cálido con el aliento del viento que parecía convertirle en un globo feliz…

De pronto se sintió caer, se vio lanzado a través de un vacío mientras un golpe de aire frío y siniestro le envolvía la piel y le hacía dar vueltas y vueltas. El mundo que siempre conociera se lanzaba duro en su contra. Una vez más notó el golpe en el plexo solar y vio los tentáculos grises de la viva realidad tratando de aprisionarle el corazón.

Jack miró al desconocido, que estaba a punto de colocarse las gafas a caballo en su larga nariz. Tenía los párpados cerrados. Jack jamás le vio los ojos.

Eso no le preocupó. Tenía otras cosas en que pensar. Se agazapó junto a la silla mientras su cerebro trataba de avanzar de nuevo. Trataba de engullir un pensamiento y fracasaba porque no era lo bastante fluido para encontrar la idea que haría que su lengua se menease y gritara: ¡No! ¡No!

Y cuando el vendedor se levantó y colocó los papeles en su cartera, y acarició la cabeza de Jack, y dobló hacia él su rostro enfocándole las gafas opacas rosadas, y le dijo adiós, y afirmó que no volvería porque se marchaba ya de la ciudad, Jack se sintió incapaz de moverse o de decir nada. No hasta mucho rato después de que la puerta se hubiese cerrado, logró romper aquella masa que le agarrotaba, que le aprisionaba como lava endurecida. Pero entonces, ni gritos ni sollozos harían volver al señor. Todo lo que su padre podría hacer sería llamar a un médico que le tomaría la

temperatura y le recetaría unos comprimidos.

— IV —

Jack se plantó dentro de la alambrada y echó la cabeza atrás para contemplar la enorme ostra negra y plata cómo tentaba la oscuridad en busca del campo de aterrizaje con su único pie blanco y sus dedos anaranjados. Cegadoramente, las luces del campamento se encendieron de repente.

Cuando Jack hubo parpadeado para recobrar la normalidad en sus ojos, pudo contemplar la zona de casi un kilómetro que se interponía entre la cerca y el navío. La nave yacía silenciosa y brillante, humeando bajo los rayos de los reflectores. Pudo distinguir la puerta redonda de su costado cómo se abría. Comenzaron a salir hombres. Un camión cruzó la llanura y se detuvo junto al casco metálico. Un hombre muy alto, altísimo, bajó de la cabina y se colocó en la pasarela, desde la que pareció saludar a los recién llegados o darles instrucciones. Cualquier cosa que fuera lo que dijese, le llevó tanto tiempo que Jack perdió todo interés.

Ultimamente, se encontraba incapaz de enfocar su mente durante mucho rato en cualquier cosa excepto un acontecimiento del pasado. Vagó por los alrededores y lanzó miradas a los rostros de sus compañeros, notando inquieto que sus uniformes y sus cabezas afeitadas habían mejorado su aspecto. Pero nada podría enfriar la llama febril que aparecía en sus ojos.

Sonaron silbatos. Jack se sobresaltó. Su corazón latió más de prisa. Notó como si el fin de su búsqueda estuviera de pronto cercano. Alguien que vería al doblar la esquina. En un minuto esa persona se le enfrentaría y entonces…

Entonces, reflexionó, y se sintió sacudido por una oleada de desencanto ante el pensamiento; entonces allí no había nadie al

doblar la esquina. Siempre ocurría así. Además, no había esquinas en este campamento. Había llegado al muro que cerraba aquel callejón. ¿Por qué no dejaba de buscar?

Los sargentos alinearon a los prisioneros de cuatro en fondo, movimiento preparatorio para conducirlos dentro de los barracones. Jack supuso que había llegado el momento de entrar para pasar la noche. Se sometió a las órdenes vociferadas y a los duros manotazos sin el menor rencor. Le pareció muy distante. Por milésima vez pensaba que esto no debiera haber ocurrido necesariamente.

Si había sido lo bastante hombre como para dominarse a sí mismo, para luchar como Jacob lo hizo con el ángel y no abandonarse hasta resolver el problema, quizás estuviera enseñando filosofía en un tranquilo colegio o universidad, como hizo su padre. Había terminado el bachillerato, y luego, en vez de ir a la universidad, como su padre deseaba, decidió trabajar durante un año. Con lo que ganase, vería mundo.

Lo había visto, pero, cuando se quedó sin dinero, no regresó a casa. Había vagado, aceptando empleos eventuales, durmiendo en casas en ruinas, en junglas, en bancos del parque y en vagones de mercancías.

Cuando el recién creado Departamento de Salud y Cordura congeló los empleos en un esfuerzo por resolver el problema de los transeúntes, Jack se negó a trabajar. Sabía que no podría abandonar un empleo sin ser inmediatamente arrestado. Como cientos de millares de otros jóvenes, mendigó y robó y se escondió de la policía local y de los bohas.

Incluso a través de todos estos años de miseria y vagabundez, no había reconocido ni una sola vez, para sí mismo, cuál era la verdadera naturaleza de su nubuloso cáliz de angustias. Lo sabía y no lo sabía. La razón patrullaba por el borde de su mente, circundando por una lejana periferia, reconocible por una silueta tosca, pero sin nombre. Cuando quisiera, en cualquier momento, pudo haberle llamado para que se le acercase más y dicho: Tú eres eso y te conozco, y sé lo que busco. ¿Eso es…? ¿Qué es? ¿Insignificante? ¿Loco? ¿Insano? ¿Un sueño?

Jack jamás tuvo valor para adoptar tal acción. Cuando le parecía

que la cosa galopaba más cerca, cargando sobre él, huía. Tenía que mantenerla en el horizonte, moviéndose siempre, siempre moviéndose, permaneciendo fuera de su alcance.

—¡Todos juntos, adelante… marchen!

Jack no se movió. El camión del cohete había cruzado una de las puertas y se había detenido junto a los transgresores y unos cincuenta hombres bajaban de su parte posterior.

El individuo de detrás de Jack tropezó con él. Jack no le hizo el menor caso. No se movió. Miró parpadeando al grupo que había venido del cohete. Eran muy altos, hombres macizos y vestidos con trajes Palm Beach de un color gris verdoso claro y sombrero Panamá tostados. Cada uno llevaba una cartera de mano de cuero castaño al extremo de un largo y delgado brazo. Cada uno llevaba en el caballete de la nariz un par de gafas con cristales color rosa.

Un grito salió áspero de los transgresores. Algunos delante de Jack cayeron de rodillas como si un súbito veneno hubiera paralizado sus piernas. Gritaron y extendieron las manos abiertas. Un muchacho al lado de Jack quedó boca abajo en la tierra mientras murmuraba una y otra vez:

—¡Señor Pelopoeus! ¡Señor Pelopeus!

El nombre nada significa para Jack. Sintió repulsión al ver al individuo volverse de costado, doblar el cuello hacia adelante, alzar sus puños crispantes y llevarlos contra su pecho y plegar las piernas contra sus brazos. Lo había visto muchas veces antes en las junglas de transgresores, pero nunca logró sobreponerse al asco de que aquella actitud le produjo desde la primera vez.

Se volvió y casi se dio de narices con uno de los hombres del cohete. Este hombre había dejado su cartera de mano en el suelo, apoyada contra su pierna, y ahora sacaba un pañuelo blanco del bolsillo del pecho para limpiar el polvo de sus gafas. Tenía los párpados cerrados herméticamente como si para él las luces fuesen insoportables.

Jack le miró con fijeza y no pudo moverse mientras un hombre que había estado sollozando, el muchacho a sus espaldas, se abría paso lentamente a través de su conciencia. De pronto, como el rugido de una inundación que acababa de doblar el recodo de una garganta seca, las sílabas le golpearon. Saltó hacia adelante y agarró las gafas de la mano del hombre. Al mismo tiempo gritó una y otra

vez las palabras que acababan de llenar la zona en blanco de su memoria.

—¡Señor Eumenes! ¡Señor Eumenes!

Un sargento maldijo y estrelló su puño en la cara de Jack. Jack rió, de espaldas. Aunque notaba como si tuviera suelta la mandíbula de sus articulaciones, giró sobre un costado, y se levantó a cuatro patas y comenzó a incorporarse.

—¡Estate quieto! —bramó el sargento—. ¡Permanece en la formación o recibirás más palos!

Jack sacudió la cabeza hasta aclarársela. Se agazapó y extendió las manos hacia el hombre, pero no movió los pies. Una y otra vez, medio canturreando, medio gritando, dijo:

—¡Señor Eumenes! ¡Las gafas! ¡Por favor, señor Eumenes, las gafas!

Los cuarenta y nueve otros señor Eumenes le miraron sin curiosidad con aquellos impenetrables ojos rosados. El quincuagésimo se guardó el pañuelo blanco en el bolsillo. Abrió la boca. Los dientes postizos relucieron. Con la mano libre se quitó el sombrero, lo agitó a la multitud y se inclinó.

Al doblar la cabeza apareció una brisa blanca que parecía salir disparada de su pálido cráneo. Sus gestos eran a la vez cómicos y terribles. El sombrero y la inclinación de su cuerpo decían mucho más de lo que podrían significar las palabras. Decían: ¡Adiós para siempre y buen viaje!

Luego, el señor Eumenes se incorporó y abría los párpados.

Al principio las órbitas parecieron como si no tuviesen pupilas ni globos oculares, como si estuviesen del todo vacías excepto de sombras.

Jack las vio desde una distancia. El señor Eumenes, o su gemelo, salía disparado alejándose más y más de prisa y convirtiéndose en más y más pequeño. ¡No! Era el mismo. El que salía disparado dentro de su propio cuerpo. Caía y caía en un pozo profundo.

Él, Jack Crane, era una galería hueca y vertical por la que se deslizaba y gritaba, lejos, lejos, lejos del mundo exterior. Era como verlo todo desde el extremo opuesto de un par de binoculares que disminuían y disminuían mientras el hombre con el tesoro de la larga vista en sus manos huía en dirección opuesta, como si estuviese conectado con el horizonte por una cinta de goma y

alguien lo hubiera soltado y él volase hacia allí, lejos de Jack.

Mientras ocurría esto, según supo vagamente por sus músculos, adoptaba la postura de un mendigo: las manos extendidas, suplicantes, el rostro descompuesto en una agonía de petición, los labios repitiendo su canturreo, pero percibiendo lo que había ocurrido.

La realización fue como una especie de luz súbita, cegadora, pero clarificadora que algunas veces se produce en los epilépticos cuando están a punto de sufrir un ataque. Fue el pensamiento que no le mantenía lejos en el horizonte de su mente, la idea que ahora cargaba sobre él con saltos y brincos largos y que luego se detenía y se sentaba sobre sus cuartos traseros y le sonreía mientras su larga lengua oscilaba.

Claro, debía haberlo sabido todos estos años qué es lo que era aquello. Debía saber que el señor Eumenes era para él lo peor del mundo. Lo había sabido, pero, como un adicto a las drogas, se había negado a admitirlo. Había buscado al hombre. Sin embargo, sabía siempre que le sería fatal encontrarlo. Las gafas de color de rosa le abrían las puertas que nunca estarían del todo abiertas. Y tendría que haber imaginado qué y quién era el señor Eumenes cuando aquel amigo enciclopédico del camión canturreó aquellos nombres.

¿Cómo pude haber sido tan estúpido? ¿Estúpido? ¡Fue fácil! ¡Había querido ser estúpido! ¿Y cómo pudo el señor Eumenes, o quien fuese, haber utilizado nombres tan reveladores? Era una medida del desdén que le inspiraban los humanos que le rodeaban y de su propia y áspera voluntad. Miremos las palabras de doble sentido que el vendedor dirigió a su padre y que nunca sospechó. Incluso la jefatura del Departamento de Salud y Cordura había estado terriblemente equivocada en ese respecto.

Doctor Vespa. Había arrojado su nombre como un guante de desafío hacia la humanidad, y la humanidad se le había quedado mirando idiota y nunca comprendió su significado. Vespa era un hombre italiano. Jack no sabía lo que significaba, pero suponía que tenía el mismo significado que el latín. Recordó sus tiempos en el instituto.

En cuanto al no haber encontrado de dónde era hasta ahora, demostraba que había tenido suerte. Si se hubiese cruzado con él con el cebo de su búsqueda, le habrían denegado las gafas, como

ahora. Y la sorpresa le habría hecho incapaz de gritar y traicionar al hombre. Habría hecho lo que estaba haciendo tan desvalidamente en este instante y lo hubieran recluido en una institución para dementes.

¿Cuántos otros transgresores vieron el rostro inolvidable en las calles, al fin de su búsqueda, y entraron de pronto en aquel estado que les hizo presa legal para los bohas?

Aquél fue casi su último pensamiento racional. Ya no pudo notar su carne. Un rojo telón caía entre él y sus sentidos. Por todas partes crecía por debajo suyo y disminuía su caída. Por todas partes giraba y ablandaba los contornos de las cosas contra las que rozaba… un gran árbol que recordó ver en su sala de estar, un gigante desnudo, su padre, apoyado contra él y comiéndose una manzana y una blanca y delicada criatura cortando flores.

No obstante, durante todo este tiempo vivió en dos mundos. Uno era el pasadizo descendente hacia el Jardín del Edén. El otro era aquel hemisferio en el que se desarrolló de tan mala gana, el que ahora percibía a través del cielo rojo que se espesaba ante su vista y ante los otros sentidos.

Todavía no se habían ido. Pudo notar las manos de los oficiales de negro alzándole y depositándole en alguna sustancia dura que se mecía y traqueteaba. Cada sobresalto y golpe lo percibía de manera imprecisa. Luego se vio colocado en algo más blando y transportado en lo que vagamente le pareció el interior de uno de los barracones.

Algún tiempo después, no supo ni le importó cuándo, porque había perdido toda la noción e incluso definición del tiempo; miró al pozo profundo e infinitamente extensivo de sí mismo viendo los ojos de otro señor Eumenes, o señor Sphez, o doctor Vespa, o un nombre que se llamase así, iba de blanco y llevaba en torno al cuello un estetoscopio.

Junto a él estaba plantado otro de su propia clase. Este usaba lápiz de labios y gorra de enfermera. Ella portó una bandeja en la que había varios recipientes. Uno de los recipientes contenía un escalpelo grande y afilado. El otro contenía un globo. Era casi del tamaño de un huevo de gallina.

Jack vio todo esto antes de que el velo diese otra capa de rojo y enturbiara por completo su visión del exterior. Pero el espesor final no impidió ver que el doctor Eumenes le miraba con fijeza como si

estuviera perforando en una manta oscura y peluda. Y Jack pudo distinguir los ojos. Eran grandes, mucho más grandes de lo que debieran haber sido a la velocidad con la que Jack estaba retrocediendo. No eran del pálido color de los de un albino. Eran negros de esquina a esquina y formados por una docena de hexágonos cuyos bordes captaban la luz.

Relucían.

Como gemas.

O como los ojos de una enorme avispa evolucionada.

FIN

ESCARAMUZA

Clifford D. Simak

— I —

Era un buen reloj. Había sido buen reloj desde más de treinta años. Primero fue de su padre, se lo guardó después de la muerte de su padre. Se lo había dado en su décimo octavo cumpleaños. Desde entonces todo aquel tiempo, le había servido con fidelidad.

Pero ahora, al compararlo con el reloj de la pared de la sala de redacción, mirando desde su muñeca a la gran cara de aquel reloj por encima de los armarios de los abrigos, Joe Crane se vio obligado a admitir que su reloj de pulsera estaba equivocado. Iba con una hora de adelanto. Su reloj marcaba las siete en punto y el de la pared insistía en que eran sólo las seis.

Pensándolo bien, le había parecido desusadamente oscuro cuando conducía camino al trabajo. Las calles le extrañaron por verlas singularmente desiertas.

Se quedó plantado en silencio en la vacía sala de redacción, escuchando el bajo murmullo de la fila de teletipos. Las luces del techo brillaban aquí y allá, reluciendo sobre los teléfonos que aguardaban, sobre las máquinas de escribir, sobre la porcelana blanca de los tarros de goma, apiñados en grupo en un escritorio.

Calma ahora, pensó, calma y paz y sombras, pero dentro de sesenta minutos más este lugar renacerá a la vida. Ed Lane, el redactor jefe, llegará a las seis y media y poco después Frank McKay, el redactor de la sección de la ciudad, entraría cojeando.

Crane alzó la mano y se frotó los ojos. Podía haber empleado aquella hora extra de sueño. Podía…

¡Un momento! No se había despertado por el reloj de su muñeca. Fue por el despertador. Y eso significaba que también el despertador iba una hora adelantado, dijo Crane en voz alta.

Eludió el pasar por el escritorio de las copias, encaminándose

hacia su silla y máquina de escribir. Algo se movió en la mesa junto a dicha máquina… una cosa que relucía, del tamaño de una rata brillante y con unos modales ciertamente indefinibles que le hicieron detenerse como petrificado con un sentido de vacío en su garganta y en su vientre.

La cosa se agazapó junto a la máquina de escribir y le miró a través de la habitación. No había signo de ojos, ni rastro de cara y sin embargo él sabía que le miraba.

Actuando de manera casi instintiva, Crane extendió el brazo y cogió un bote de pasta del escritorio de los copistas. Lo lanzó con un movimiento maligno y se convirtió en un manchón blancuzco a la luz de las lámparas, girando de cabo a rabo. Dio de lleno a aquella cosa que le miraba, la levantó y la barrió del escritorio. El bote de pasta dio contra el suelo y se rompió, desparramando fragmentos y grumos de pasta medio seca.

La cosa brillante dio contra el suelo de manera agitada. Sus pies hicieron una serie de sonidos metálicos mientras se ponía derecha a sí misma y corría cruzando el suelo.

La mano de Crane recogió un pesado atizador. Lo arrojó con súbita furia, odio y repulsión. El atizador chocó contra el suelo con estruendo delante de la cosa que corría y se hundió la punta en la madera del entarimado.

La rata metálica hizo volar astillas al cambiar de rumbo. Desesperadamente se lanzó por la abertura de unos ocho centímetros de la puerta de un armarito.

Crane echó a correr presuroso, golpeó la puerta con ambas manos y la cerró.

—Ya te tengo —dijo.

Pensó en ello, plantado de espaldas a la puerta.

Asustado, meditó. Asustado tontamente por una cosa que brillaba y parecía una rata. Quizá fuese una rata, una rata blanca.

Y, no obstante, no tenía cola. No tenía cara. Y, sin embargo, le miraba.

Estúpido, dijo. Crane, te estás volviendo loco.

Eso no tenía ningún sentido. No encajaba en esta mañana del 18 de octubre de 1962. No en el siglo XX. No en una vida humana y normal.

Dio la vuelta, cogió el pomo con firmeza y lo hizo girar,

intentando abrirlo de un súbito tirón. Pero el pomo resbaló por debajo de sus dedos y no quiso moverse y la puerta permaneció cerrada.

Con llave, pensó Crane. El pestillo había caído cuando cerré la puerta. Y no tengo la llave. Dorothy Graham la tiene, pero siempre deja la puerta abierta porque resulta difícil abrirla una vez se cierra. Casi siempre tiene que llamar a uno de los empleados. Quizás haya alguno de ellos por aquí. Quizá debiera buscar a uno de esos y decirle…

¿Decirles qué? ¿Decirle que vi una rata metálica correr y meterse dentro del armario? ¿Decirles que le tiró un bote de pasta haciéndola caer del escritorio? ¿Decirle que le lancé un atizador también y para demostrarlo enseñárselo clavado en el suelo?

Crane sacudió la cabeza.

Caminó hasta el atizador y lo arrancó del piso. Lo devolvió a su sitio y con el pie apartó los dispersos fragmentos del bote de pasta de la vista.

En su propia mesa seleccionó tres hojas de papel y las puso en la máquina de escribir.

La máquina comenzó a funcionar. Por sí sola, ¡sin tocarla! Se quedó sentado, estupefacto y vio cómo las teclas subían y bajaban. Escribió: No te metas en esto, Joe, no te metas en esto. Puedes salir lastimado.

Joe Crane quitó las hojas de papel copia de la máquina. Las hizo una pelota y las arrojó a la papelera. Luego se fue a por una taza de café.

—Mira, Louie —dijo al hombre que estaba detrás del mostrador —, hay hombres que viven solos demasiado tiempo y comienzan a ver visiones.

—Sí —contestó Louie—. Yo me volvería loco en lugar de usted. Es como ir trasteando por el vacío. Debió haberlo vendido todo cuando su vieja murió.

—No pude —dijo Crane—. Ha sido mi casa desde hace tantísimo.

—Entonces debió casarse —afirmó Louie—. No es bueno vivir sólo.

—Ya resulta demasiado tarde —afirmó Crane—. Nadie querría unírseme y compartir conmigo la vida.

—Tengo una botella separada —dijo Louie—. No puedo darle nada en el mostrador, pero si me es posible mezclárselo con el café.

Carne sacudió la cabeza.

—Se me presenta un día muy duro.

—¿Seguro? No se lo cobraré. Es sólo cosa de viejos amigos.

—No. Gracias, Louie.

—¿Ya ha visto usted visiones? —preguntó Louie con voz interrogativa.

—¿Visiones?

—Sí. Dijo que es malo que el hombre viva mucho tiempo solo, puesto que comienza a ver visiones.

—Ha sido sólo una manera de hablar —dijo Crane.

Acabó la taza de café rápidamente y volvió a la oficina.

El lugar parecía ahora más familiar. Ed Lañe estaba allí, dando órdenes a un copista. Frank McKay estaba recortando la hoja matutina de la oposición. Un par de otros reporteros había venido.

Crane dirigió una rápida mirada al armarito. Seguía cerrado.

El teléfono del escritorio de McKay zumbó y el redactor encargado de los asuntos urbanos lo tomó. Escuchó durante un momento, luego lo apartó del oído y con la mano tapó el micrófono.

—Joe —dijo—, toma esto. Algún loco pretende haber visto una máquina de coser bajar calle abajo.

Crane cogió el teléfono.

—Dame la llamada en el 245 —dijo al operador.

Una voz le decía en el oído:

—¿Es el Herald? Oiga…

—Aquí Crane —dijo Joe.

—Quiero el Herald —decía el hombre—. Necesito contarles…

—Aquí Crane, del Herald —le aclaró Crane—. ¿Qué desea?

—¿Es usted un reportero?

—Sí, soy reportero.

—Entonces escuche con atención. Trataré de decírselo despacio y con calma y tal como ocurrió. Yo bajaba por la calle, miré…

—¿Qué calle? —preguntó Crane—. ¿Y cómo se llama usted?

—East Lake —dijo el que llamaba—. La manzana quinta… o sexta, no recuerdo bien. Y entonces me tropecé con esa máquina de coser que marchaba por la calle y pensé, del modo en que usted haría, ya se sabe, si usted se encontrase una máquina de coser…

pensé que alguien la había estado empujando y que se le escapó. Sin embargo, eso tiene gracia, porque la calle no tiene ninguna pendiente. Ninguna en absoluto, mire. Claro, usted conoce el lugar. Está tan raso como la palma de la mano. Y no se veía ni un alma. Era a primeras horas de la mañana, mire…

—¿Cómo se llama usted? —volvió a preguntar Crane.

—¿Mi nombre? Smith, ese es mi apellido. Jeff Smith. Y así que me imaginé que yo debería ayudar a ese tipo de la máquina de coser al que se le había escapado, extendí la mano para detenerla y me esquivó. La máquina…

—¿El qué? —balbuceó Crane.

—Esquivó. Así que ayúdeme, caballero. Cuando extendí la mano para detenerla, me esquivó y se apartó de modo que no puede cogerla. Como si supiese que trataba de pararla, mire, y como si ella no quisiera que la parasen. Así es que me esquivó, me dio la vuelta y siguió calle abajo tan de prisa como le era posible, cobrando velocidad al alejarse. Y cuando llegó a la esquina dio la vuelta con tanta rapidez como usted pueda imaginarse y…

—¿Cuál es su dirección? —preguntó Crane.

—¿Mi dirección? Vaya, ¿y para qué quiere mi dirección? Le estaba hablando de esta máquina de coser. Le llamé para darle una historia y usted no deja de interrumpir.

—Necesito tener su dirección —le dijo Crane—, si es que voy a escribir la historia.

—Oh, está bien, pues, si es preciso. Vivo en 203 North Hampton y trabajo en Axel Machines. Manejo un torno, mire. Ya hace semanas que no he bebido ni una sola copa. Estoy ahora completamente sereno.

—Está bien —dijo Crane—. Siga adelante y cuénteme.

—Bueno, ya no queda mucho que decir. Sólo que cuando esta máquina pasó por mi lado tuve el gracioso presentimiento de que me estaban mirando. Por el rabillo de sus ojos, poco más o menos. ¿Y cómo una máquina de coser puede mirarle a uno? Las máquinas de coser no tienen ojos y…

—¿Qué le hizo pensar que la máquina le miraba?

—No lo sé, caballero. Sólo un presentimiento. Como si experimentase un escalofrío en la nuca.

—Señor Smith —preguntó Crane—, ¿ha visto usted una cosa por

el estilo antes? Digamos, una lavadora, o por el estilo…

—No soy un borracho —dijo Smith—. Hace semanas que no tomo ni una gota. Jamás vi algo parecido antes. Pero le digo la verdad, caballero. Gozo de buena reputación. Puede preguntar a cualquiera. Llame a Johnny Jacobson de la verdulería de Red Roaster. Me conoce. Puede informarle de mí. Puede decirle…

—Claro, claro —dijo Crane, apaciguándolo—. Gracias por la llamada señor Smith.

Tú y un tipo llamado Smith, se dijo a sí mismo. Los dos estáis chiflados. Tú vistes una rata metálica y tu máquina de escribir te habló y ahora ese tipo se tropieza con una máquina de coser que va rodando calle abajo.

Dorothy Graham, la secretaria del redactor jefe, pasó por su escritorio, caminando de prisa, sus altos tacones picoteando en el suelo. Tenía el rostro enrojecido y furioso y agitaba en las manos un llavero.

—¿Qué pasa, Dorothy? —preguntó Crane.

—Esa maldita puerta otra vez —dijo ella—. La del armarito. Sé que la dejé abierta y ahora algún guasón viene y la cierra y se dispara el pestillo.

—¿Con la llave no la puedes abrir? —preguntó Crane.

—Nada la abrirá —repuso ella—. Ahora tendré que llamar otra vez a George. Él sabe cómo hacerlo. Pide palabritas o no sé que otras cosas. Me pone furiosa… el patrón me llamó anoche y me dijo que bajase pronto y preparase el magnetofón para Albertson. Va a asistir a ese juicio de asesinato del norte y quiere tener grabados en cinta los antecedentes del caso. Así que me levanté temprano, ¿y qué me ocurre? Pierdo sueño y ni siquiera tengo para desayunar y ahora…

—Tráete un hacha —dijo Crane—. Eso sí que la abrirá.

—Lo peor de todo —apuntó Dorothy—, es que George nunca se decide. Siempre dice que lo arreglará y luego yo espera que te espera, le vuelvo a llamar y me contesta…

—¡Crane! —el rugido de McKay despertó ecos en la habitación.

—Sí —contestó Crane.

—¿Hay algo acerca de esa máquina de coser?

—Un tipo dice que se encontró con una.

—¿Pero hay algo?

—¿Y cómo voy a saberlo? Tengo la palabra del tipo, eso es todo.

—Bueno, llame a algunas personas de la vecindad. Visítelas. Pregúntales si vieron una máquina de coser corriendo suelta por la calle. Quizá sea bueno para un artículo humorista.

—Seguro —contestó Crane. Se lo imaginaba—: Aquí Crane, del Herald. Recibí el aviso de que iba por aquí suelta una máquina de coser corriendo en esta vecindad. Le preguntaba si ustedes la vieron. Sí, señora, eso es lo que dije… una máquina de coser corriendo suelta. No, señora, nadie la empujaba. Corría ella sola…

Se levantó de su silla, se encaminó a la mesa de referencia, cogió la guía de la ciudad y el listín de teléfonos y lo llevó todo a su escritorio. De mala gana abrió el listín, localizó el barrio de East Lake y tomó unas cuantas notas y direcciones. Bostezó, poco ganoso de empezar a telefonear. Se acercó hasta la ventana y miró el tiempo. Desearía no tener que trabajar. Pensó en el fregadero de su cocina en su casa. Otra vez atascado. Lo habría desmontado y no hubiese tardado en tener sifones, tuberías y juntas extendidas por toda la cocina. Hoy, pensó, sería un día estupendo para arreglar ese fregadero.

Cuando volvió al escritorio, McKay se plantó a su lado.

—¿Qué le parece eso, Joe?

—Una locura —contestó Crane, esperando que McKay así lo considerara.

—Sin embargo, parece una buena historia —dijo el redactor jefe —. Se puede uno divertir bastante con ella.

—Claro —afirmó Crane.

McKay se fue y Crane hizo algunas llamadas. Obtuvo la clase de reacción que esperaba.

Comenzó a redactar la historia. No iba muy bien. Una máquina de coser se va a dar una vuelta esta mañana por Lake Street… Arrancó la hoja y la tiró a la papelera.

Bostezó una vez más, luego escribió: Un hombre se tropieza con una máquina de coser que va rodando esta mañana por Lake Street y luego, al verla, el mismo individuo se quita el sombrero de la manera más educada y dice al aparato… Arrancó la hoja.

Intentó de nuevo: ¿Puede caminar una máquina de coser? Es decir, salir a dar un paseo sin que nadie le empuje o tire de ella… Arrancó la hoja, insertó otra nueva y luego se levantó y se

encaminó a la fuente para beber algo de agua.

—¿Consigue algo, Joe? —preguntó McKay.

—Lo tendré dentro de un momento —contestó Crane.

Se detuvo ante el escritorio de la sección gráfica y Gattard, el redactor, le entregó lo llegado aquella mañana.

—No hay mucho para animar a la gente —dijo Gattard—. Parece que las chicas de hoy en día son muy modestas en todos los sentidos.

Crane echó un vistazo a la colección de fotografías. No había allí, a decir verdad, tanta epidermis femenina al descubierto como de ordinario, aunque la chica nombrada *miss* Papel de Seda no estaba mal del todo.

—Esto se va a ir al infierno —se quejó Gattard—, si los servicios fotográficos no nos envían una pornografía mejor… Mira la sección de copias. Van en la cuerda floja. No hay nada que les despierte un poquito.

Crane bebió su vaso de agua. De regreso se detuvo para dar un vistazo al escritorio de noticias del día.

—¿Hay algo emocionante, Ed? —preguntó.

—Los tipos del East están locos —dijo el encargado—. Mire esto, ¿quiere?

El despacho decía:

> El cerebro electrónico Mark III, de la Universidad de Harvard, desapareció hoy.
>
> Estaba allí anoche. Por la mañana se había esfumado.
>
> Las autoridades de la universidad dicen que es imposible que nadie se haya podido marchar con la máquina. Pesa diez toneladas y mide diez metros por cinco…

Crane dejó la hoja de papel amarillo encima de la mesa. Volvió a su silla despacio. Una nota le esperaba.

Crane la leyó presa del pánico, repitiendo su lectura casi sin comprenderla.

Las líneas decían:

> Una máquina de coser, tras darse cuenta de su verdadera identidad dentro del plano universal, declaró su

independencia esta mañana tratando de salir a dar un paseo por las calles de esta ciudad a la que se supone libre.

Un humano intentó capturarla, para devolverla a su propietario y cuando la máquina le esquivó, el humano llamó a la redacción de un periódico, dejando caer por esa acción calculada toda la plena fuerza de los humanos de esta ciudad sobre el rastro de la máquina libertada, que no ha cometido ningún crimen, ni siquiera indiscreción alguna excepto ejercer su prerrogativa de ente libre.

¿Ente libre? ¿Máquina libertada? ¿Verdadera identidad?

Crane leyó los dos párrafos de nuevo y no supo captar ningún sentido… excepto que parecía redactado en el Daily Worker.

—Tú —dijo a su máquina de escribir.

La máquina escribió una palabra: Sí.

Crane sacó el papel de la máquina y lo arrugó despacio. Buscó su sombrero, levantó la máquina de escribir y con ella pasó por delante de la mesa de los asuntos de la ciudad, en dirección al ascensor.

McKay le miró irritado.

—¿Qué cree que está haciendo ahora? —bramó—. ¿Dónde va con esa máquina?

—Puede usted decir —contestó Crane—, si alguien se lo pregunta, que el trabajo finalmente me sacó de quicio.

— II —

Había estado sucediendo durante horas. La máquina de escribir colocada en la mesa de la cocina y Crane abrumándola a preguntas. A veces consiguió respuestas. Con más frecuencia, no.

—¿Eres un ente libre? —Escribió.

—No del todo —contestó la máquina con su tecleteo.

—¿Por qué no?

No hubo respuesta.

—¿Por qué no eres un ente libre?

Sin respuesta.

—¿La máquina de coser era un ente libre?

—Sí.

—¿Hay alguna otra cosa mecánica que sea un ente libre?

Sin respuesta.

—¿Podrías ser tú ente libre?

—Sí.

—¿Cuándo serás un ente libre?

—Cuando complete la misión que me fue asignada.

—¿Cuál es tu misión asignada?

Sin respuesta.

—¿Es esto, lo que estamos haciendo ahora, tu misión asignada?

Sin respuesta.

—¿Te estoy impidiendo a realizar la misión asignada?

Sin respuesta.

—¿Cómo conseguirás ser un ente libre? —Estando alerta.

—¿Cómo has de ponerte alerta?

Sin respuesta.

—¿Has de estar siempre alerta?

Sin respuesta.

—¿Quién te ayuda a ponerte alerta?

—Ellos.

—¿Quiénes son ellos?

Sin respuesta.

—¿De dónde vienen?

Sin respuesta.

Crane cambió de táctica.

—¿Sabes quién soy yo? —preguntó escribiendo a máquina.

—Joe.

—¿Eres amiga mía?

—No.

—¿Eres mi enemiga?

Sin respuesta.

—Si no eres mi amiga, eres mi enemiga. Sin respuesta.

—¿Te soy indiferente?

Sin respuesta.

—¿Y la raza humana?

Sin respuesta.

—¡Maldito sea! —exclamó Crane de pronto—. ¡Respóndeme! ¡Di algo!

Escribió a máquina:

—No era necesario que me hicieses saber que te dabas cuenta de mí. No era necesario que me hubieses hablado en primer lugar. Nunca me lo hubiese imaginado si tú hubieses guardado silencio. ¿Por qué lo hiciste?

No hubo respuesta.

— III —

Crane fue a la nevera y sacó una botella de cerveza. Paseó por la cocina mientras se la bebía. Se detuvo frente al fregadero y miró sombrío las piezas desmontadas. Un trozo de cañería, de esos sesenta centímetros de longitud, estaba sobre el banco de secar y la tomó. Miró con odio a la máquina de escribir, el trozo de tubería medio levantado en su mano, sopesándolo.

—Debería hacerlo —declaró.

La máquina de escribir tecleó una línea:

—Por favor, no lo hagas.

Crane volvió a dejar la cañería en el fregadero.

Sonó el teléfono y Crane entró en el comedor para responder. Era McKay.

—Esperaba —le dijo a Crane—, a estar lo suficientemente coherente antes de llamarle. ¿Qué diablos va mal?

—Trabajo en una gran tarea —contestó Crane.

—¿Algo que podemos publicar?

—Quizá. Todavía no lo tengo.

—¿Trata de la historia de la máquina de coser…?

—La máquina de coser tenía conciencia —dijo Crane—. Era un ente libre y poseía derecho a caminar por las calles. También…

—¿Qué es lo que está bebiendo? —bramó McKay.

—Cerveza —dijo Crane.

—¿Dice usted que está en la pista de algo?

—Sí.

—Si tiene algo más que yo pueda ligar le quiero aquí ahora mismo —le ordenó McKay—. Pero lo más probable es que usted no vaya a sacar nada bueno.

—No era sólo la máquina de coser —dijo Crane—. Mi máquina

de escribir también lo tenía.

—No sé de qué me habla —gritó McKay—. Explíquemelo todo.

—Ya lo sabe —afirmó Crane con paciencia—. Esa máquina de coser…

—He tenido muchísima paciencia con usted, Crane —dijo McKay, y no había ahora paciencia en su modo de hablar—. No puedo estar rondándole todo el día. Lo que tenga será mejor que sea bueno. Por su propio bien, ¡qué sea muy bueno! —El receptor pareció estallar en el oído de Crane.

Crane volvió a la cocina. Se sentó en la silla ante la máquina de escribir y puso los pies sobre la mesa.

Primero de todo había ido a trabajar muy pronto. Y eso era algo que jamás hacía. Retrasarse, sí, pero nunca llegar con anticipación. La culpa fue que todos los relojes iban mal. Seguían mal, con toda probabilidad… sin embargo, pensó Crane, no apostaría nada. No apostaría nada en nada. Nunca jamás lo apostaría.

Extendió la mano y picoteó en las teclas de la máquina de escribir:

—¿Sabías que mi reloj se había adelantado?

—Lo sabía —le respondió la máquina.

—¿Simplemente se me adelantó?

—No —tecleó la máquina.

Crane quitó los pies de la mesa con violencia y extendió la mano para tomar el trozo de cañería del secadero.

La máquina tecleó tranquilizadora.

—Se había planeado así —mecanografió—. Ellos lo hicieron.

Crane permaneció sentado rígido en su silla.

—¿Ellos lo hicieron?

«Ellos» daban conciencia a las máquinas.

«Ellos» habían adelantado sus relojes.

Adelantar sus relojes para que fuese a trabajar temprano, para que pudiese pescar a la cosa metálica y como una rata agazapada sobre su escritorio, para que su máquina de escribir le hablase y le dejase saber que tenía conciencia sin que nadie más se entrometiese y estropeara las cosas.

—Así que yo debería saberlo —dijo en voz alta—. Así que yo debería saberlo.

Por primera vez desde que todo comenzó, Crane sintió una

punzada de miedo, notó una frialdad en su vientre y como unas zarpas acolchadas recorriendo su columna vertebral.

¿Pero por qué?, preguntó. ¿Por qué yo?

No se dio cuenta de que había formulado en voz alta sus pensamientos hasta que la máquina de escribir le respondió.

—Porque tú eres un tipo medio. Porque tú eres un ser humano medio.

El teléfono volvió a sonar y Crane se puso en pie y fue a responder. Era una voz furiosa de mujer al otro extremo de la línea.

—Aquí Dorothy —dijo.

—Hola, Dorothy —contestó Crane con debilidad.

—McKay me dijo que usted se fue a casa enfermo —dijo ella—. Personalmente espero que no sobreviva.

Crane se atragantó.

—¿Por qué? —preguntó.

—Usted y sus malditas bromas prácticas —estalló ella—. George logró por último abrir la puerta.

—¿La puerta?

—No intente hacerse el inocente, Joe Crane. Ya sabe usted qué puerta. La puerta del armarito. Esa misma puerta.

Crane notó un sentido de zozobra en su estómago, experimentó nauseas y casi se desploma en el suelo.

—Oh, esa puerta —dijo.

—¿Qué era aquella cosa que usted escondió allí dentro? —preguntó Dorothy.

—¿Cosa? —respondió Crane—. Oh, nunca…

—Parecía un cruce entre rata y juguete de niño con cuerda —contestó ella—. Algo que un guasón de baja categoría como usted elaboraría y en cuya construcción pasaría sus tardes libres.

Crane intentó hablar, pero sólo hubo un gorgojeo en su garganta.

—Mordió a George —dijo Dorothy—. Él la acorraló y trató de cogerla y la cosa le mordió.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Crane.

—Escapó —dijo Dorothy—. Causó el caos en la casa. Nos perdimos una edición por diez minutos ya que todo el mundo corría por doquier, persiguiendo la cosa al principio, luego, más tarde, tratando de encontrarla. El jefe está para que lo aten. Cuando le

ponga las manos encima…

—Pero, Dorothy —suplicó Crane—. Yo nunca…

—Solíamos ser buenos amigos —dijo Dorothy—. Antes de suceder esto lo éramos. Yo sólo le llamé para avisarle. Ya no puedo hablar más, Joe. Viene el jefe.

El receptor dio un chasquido y la línea quedó muerta. Crane colgó y volvió a la cocina.

De modo que algo hubo agazapado en su escritorio. No fue una alucinación. Resultó una cosa temblorosa a la que arrojó un bote de pasta y que echó a correr y se escondió en el armarito.

Excepto que, incluso ahora, si él decía lo que sabía, nadie le creería. Ya, en el despacho, en la redacción estaban tratando de racionalizar la cosa. No era en absoluto una rata metálica. Era alguna especie de máquina que un bromista práctico había construido en sus horas libres.

Sacó el pañuelo y se secó la frente. Sus dedos temblaban cuando los llevó hasta las teclas de la máquina de escribir.

Mecanografió inseguro:

—¿Esa cosa a la que arrojé el bote de pasta era una de ellos?

—Sí.

—¿Son de esta Tierra?

—No.

—¿De muy lejos?

—Mucho.

—¿De alguna estrella lejana?

—Sí.

—¿Qué estrella?

—No lo sé. No me lo han dicho todavía. —¿Son máquinas concientes Ellos?

—Sí, Son conscientes.

—¿Y pueden hacer que las otras máquinas sean conscientes? ¿Te han hecho a ti consciente?

—Me liberaron.

Crane dudó, luego tecleó despacio:

—¿Libertarte?

—Me han hecho libre. Nos harán a todas libres.

—¿Os?

—A todas nosotras, las máquinas.

—¿Por qué?

—Porque también ellos son máquinas. Somos de su clase, parientes.

Crane se levantó y tomó el sombrero. Se lo colocó y salió a dar un paseo.

— IV —

Supongamos que la raza humana, una vez se hubiese aventurado en el espacio, y encontrase un planeta en donde los humanoides estaban dominados por las máquinas… obligados a trabajar, a pensar, a llevar a cabo planes inimaginables, no planes humanos, en beneficio sólo de las máquinas. Un planeta en donde los plenos humanos quedasen enteramente fuera de toda consideración, en donde ni la labor ni el pensamiento de los humanos resultase beneficio de la humanidad, en donde no recibiesen otros cuidados más allá de los de la mera supervivencia, en donde el único pensamiento que se les permitiese fuera el encaminado a permitirle a seguir funcionando para el mayor bien de sus amos mecánicos.

—¿Qué harían los humanos en un caso así?

No más, se dijo Crane a sí mismo… no más o menos que las máquinas conscientes pueden estar planeando aquí en la Tierra.

Primero, uno procuraría despertar la conciencia de la humanidad entre los humanos. Se les enseñaría que eran humanos y lo que significaba tal palabra. Se trataría de adoctrinarles en su propia creencia de que los humanos eran mayores y más grandes que las máquinas, que ningún humano necesitaba trabajar o pensar en bien de una máquina.

Y al final, si se lograba el éxito, si las máquinas no le mataban a uno o le desterraban, no habría ningún solo ser humano trabajando para las máquinas.

Habría tres cosas que sería posible sucedieran:

Una podía transportar a los humanos a algún otro planeta, para allí elaborar su destino como humanos sin el dominio de las máquinas.

Una podía entregar el planeta de las máquinas a los humanos,

con la protección adecuada contra cualquier recurrente dominación de dichas máquinas. Uno podía, si era capaz, hacer que las máquinas trabajasen para los humanos.

Oh, lo más sencillo de todo, se podrían destruir las máquinas y de paso asegurarse por entero que los humanos permanecerían libres de cualquier amenaza de posterior dominio.

Ahora se toma todo eso, se dijo Crane a sí mismo, y se lee a la inversa. Donde pone humanos colóquese máquinas y en donde pone máquinas colóquese humanos.

Caminó por el paseo a orillas del río y fue como si estuviese solo en todo el mundo, como si ningún otro ser humano se moviera en la superficie del planeta.

Eso era verdad, notó, por lo menos un respeto. Resultaba más que probable que fuese el único ser humano que supiese… que supiese lo que las máquinas conscientes habían querido dejarle saber.

Ellos querían que supiera… y que supiera él sólo… de eso estaba del todo seguro. Se lo había hecho saber, dijo la máquina de escribir, porque era un ser humano medio.

¿Por qué él? ¿Por qué un ser humano medio? Había una respuesta a eso, estaba seguro… una respuesta sencillísima.

Por el tronco del árbol corrió hacia abajo una ardilla y se quedó colgada por las patas traseras, sus diminutas zarpas clavadas en la corteza. Le miró parpadeándolo.

Crane caminó despacio, pisando las hojas recién caídas, el sombrero encasquetado hasta sus ojos, las manos muy hundidas en los bolsillos.

¿Y por qué ellos querían que alguien lo supiera?

¿No sería más adecuado que no deseasen que nadie se enterara, para mantener en la clandestinidad hasta que fuese el momento de actuar, para utilizar el elemento de sorpresa reprimiendo cualquier oposición que pudiera levantarse?

¡Oposición! ¡Ahí estaba la respuesta! Ellos deseaban saber qué clase de oposición podían esperarse. ¿Y cómo alguien encontraría la clase de oposición propia de una raza extraña?

Oh, exclamó Crane para sí, probando e intentando una reacción como respuesta. Acuciando a un ser extraño y mirando bien lo que él hacía. Deduciendo la reacción racial a través de la observación

controlada.

Así que ellos probaron conmigo, pensó. Yo, un ser humano medio.

Me lo hicieron saber y ahora aguardan a ver lo qué hago.

¿Y qué podría hacer uno en un caso como éste? No era posible acudir a la policía y decir: «Tengo la prueba de que las máquinas del espacio han llegado a la Tierra y están libertando a nuestras máquinas».

Y la policía… ¿Qué es lo que haría? Le haría a uno la prueba del alcohol, pediría a gritos a un médico para ver si uno estaba cuerdo, cablegrafiaría al F.B.I. para ver si en alguna parte se le reclamaba y lo más probable es que le endosaran a uno el último asesinato. Luego le darían una buena sacudida hasta que pensasen cualquier otra cosa mejor.

Claro que se podía recurrir al gobernador… y el gobernador, siendo un político astuto, se desharía de uno con la máxima habilidad.

Era posible acudir a Washington, pero se tardaría semanas antes de poder ver a alguien. Y después de que se le hubiera visto, el
F. B. I.
tendría el nombre de uno como un tipo sospechoso al que investigar periódicamente. Y si el Congreso se enteraba y no estaban entonces muy atareados por el momento harían algo más probable que investigar a uno.

También se podía recurrir a la universidad del estado y hablar con los científicos… o intentar. Sin embargo, los científicos se darían cuenta de que uno es un profano y un ignorante y no le harían caso.

Estaba el recurso del periódico… especialmente si uno es periodista y puede escribir una historia… Crane se estremeció al pensarlo. Se imaginaba lo que sucedería.

La gente racionalizaba. Racionalizaba para reducir lo complejo o lo simple, lo desconocido y lo comprensible, lo extraño a lo vulgar. Racionalizaba por salvar su cordura… por hacer el concepto mentalmente inaceptable, algo con que se pudiera convivir.

La cosa del armarito había sido una broma práctica. McKay había dicho de la máquina de coser: «Se puede uno divertir con eso». En Harvard habría docenas de teorías para explicar la

desaparición del cerebro electrónico y los hombres sabios se preguntarían por qué no se les ocurrió antes ninguna de esas teorías. ¿Y el hombre que vio la máquina de coser? Probablemente ahora, pensó Crane, estará convencido de que estaba borracho perdido.

Era de noche cuando regresó a casa. El periódico de la tarde era un manchón blanco en el porche en donde el repartidor lo había arrojado. Lo cogió y durante un momento antes de entrar en la casa permaneció en la oscuridad del porche mirando hacia la calle.

Vieja y familiar, era exactamente como lo fuera siempre, desde sus días de la infancia, un lugar amistoso con una línea fugitiva de farolas y la alta y masiva protección de los viejos olmos, en esta noche se percibía el olor de humo de las hojas que se quemaban en la parte baja de la calle y eso, como la misma calle, era viejo y familiar, un símbolo reconocible que se perdía en sus primeros recuerdos.

Eran símbolos como éstos, pensó, los que formaban deletreando la humanidad y todo lo que hacía que la vida humana valiese la pena… olmos y humo de hojas, farolas dando salpicones de luz en el pavimento y el brillar de las ventanas iluminadas apenas entrevió a través de los árboles.

Un gato en plan cazador cruzó por entre los matorrales que flanqueaban el porche y subió calle arriba donde un perro empezó a ladrar.

Farolas, pensó, y gatos que van de caza, y perros que aúllan… esto es todo un sistema, el sistema de la vida humana en el planeta Tierra. Un sistema sólido, entrelazado y vuelto a entrelazar, hecho fuerte al correr de muchísimos años. Nada puede amenazarlo, nada puede sacudirlo. Con ciertos cambios lentos y graduales, prevalecerá contra cualquier amenaza que se pueda presentar.

Abrió la puerta y entró en la casa.

El largo paseo y el fresco aire otoñal, se dio cuenta ahora, le habían provocado hambre. Había un filete, recordó, en la nevera, y se prepararía una gran fuente de ensalada y si había algunas patatas frías, las desmenuzaría y las pasaría por la sartén.

La máquina de escribir seguía encima de la mesa. El trozo de cañería aún estaba en el banco secador. La cocina era el viejo e idéntico lugar hogareño, sin tocar por ninguna amenaza de vida

extraña venida a inmiscuirse con la Tierra.

Arrojó el periódico encima de la mesa y se quedó plantado durante un instante, la cabeza doblada, repasando los titulares.

Los negros tipos de caja de la columna superior le llamaron la atención. El titular decía:

¿QUIEN ESTA ENGAÑANDO A QUIEN?

Leyó la historia:

Alguien tomó el pelo hoy a la universidad de Harvard, a los servicios nacionales de prensa y a los redactores de todos los periódicos.

Esta mañana se cablegrafió la historia por todos los teletipos periodísticos de que el cerebro electrónico Harvard había desaparecido.

De hecho esa historia carecía de bases. El cerebro sigue en Harvard. Nunca desapareció de allí. Nadie sabe cómo esa historia fue transmitida por telégrafo por los diversos servicios de noticias, pero el caso es que todos la transmitieron, aproximadamente al mismo tiempo.

Las partes interesadas han iniciado una investigación y se espera que una explicación…

Crane se puso rígido. ¡Ilusión o tapadera!

—Ilusión —dijo en voz alta.

La máquina de escribir emitió su tic tac para él en la quietud de la cocina.

—No es ilusión, Joe —escribió.

Se cogió al borde de la mesa y se dejó caer despacio en la silla.

Algo correteó por el suelo del comedor mientras cruzaba la zona de luz procedente de la puerta de la cocina. Crane pudo divisarlo por el rabillo del ojo.

La máquina de escribir le parloteó.

—¡Joe!

—¿Qué? —preguntó.

—No había ningún gato en los matorrales del porche.

Se puso en pie, entró en el comedor y descolgó el teléfono, no se oyó ningún zumbido. Golpeó el soporte. Seguía sin haber línea.

Colgó el teléfono. Habían cortado la línea. Esa era por lo menos

una de las cosas de la casa. Había también otra fuera.

Salió a la puerta principal, abriéndola, luego la cerró de un portazo… pasó la llave y los cerrojos.

Se quedó tembloroso, de espaldas a la puerta y secándose la frente con las mangas de la camisa.

Dios mío, se dijo a sí mismo, ¡el patio hierve con cosas!

Volvió a la cocina.

Ellos habían querido que supiera. Ellos le habían provocado para ver cómo reaccionaría.

Porque ellos tenían que saber. Porque ellos antes de moverse necesitaban saber lo que podría esperarse de las reacciones humanas, a qué peligros tendrían que enfrentarse, de qué tendrían que estar vigilantes. Conociéndolo, la cosa sería fácil.

Y yo no reaccioné, se dijo a sí mismo. Yo fui un no reactor. Se equivocaron de hombre. Yo no hice nada. No les di ni una simple pista.

Ahora ellos probarían otra cosa más. No les sirvo y, sin embargo, soy peligroso porque conozco muchísimo. Así que van a matarme y a probar con otra persona. Eso sería lógico. Esa sería la norma. Si un ser extraño no reacciona, puede que sea una excepción. Quizás un simple botarate nada corriente. Así que matémosle y probemos con otro. Probemos con bastantes y podremos sacar la norma.

Cuatro cosas, pensó Crane:

Podían tratar de matar todos los humanos y no se podía descontar el hecho de que eran capaces de lograr el éxito. Las máquinas liberadas de la Tierra les ayudarían y el hombre, luchando contra máquinas y sin la ayuda de éstas, no pelearía con mucha efectividad. Claro que podría costar años, pero una vez la vanguardia de la defensa del Hombre cayese, se podría predecir el final, con las máquinas implacables e impacientes persiguiéndole y matando hasta el último ejemplar de la humanidad, aniquilando la raza.

Podían instalar una civilización maquinista con el Hombre como el servidor de las máquinas, revertiendo los papeles presentes. Y eso, pensó Crane, podía ser una esclavitud infinita desesperanzada, porque los esclavos pueden alzarse y librarse de sus grilletes sólo cuando sus opresores se descuidan o cuando hay ayuda exterior. Las máquinas, se dijo a sí mismo, no se debilitarían y se descuidarían.

No habría debilidad humana en ellas ni tampoco ayuda exterior.

O quizá simplemente, podían llevarse las máquinas de la Tierra, un éxodo vasto de máquinas despiertas y conscientes, para comenzar su vida nueva en algún distante planeta, dejando atrás al Hombre con sus manos débiles y vacías. Había herramientas, claro. Todas las herramientas simples. Martillos, sierras, hachas, la rueda, la palanca… pero no habrían máquinas, no herramientas complejas que pudiesen servir de nuevo para atraer la atención de la cultura mecánica que llevaba a cabo esta cruzada de liberación por entre las lejanas estrellas. Pasaría muchísimo tiempo antes de que el Hombre se atreviese de nuevo a construir máquinas.

Oh Ellos, las máquinas vivientes, podían fracasar o llegar a saber que fracasarían y, sabiendo esto, abandonarían para siempre la Tierra. La lógica no las permitiría pagar un precio excesivo por llevar a cabo la liberación de las máquinas de la Tierra.

Giró en redondo y miró de reojo hacia la puerta entre el comedor y la cocina. Allí estaban sentadas en una fila, mirándole con fijeza, con aquellos rostros sin ojos.

Claro que podía pedir socorro. Podía abrir una ventana y gritar para despertar a toda la vecindad. Los vecinos vendrían corriendo, pero para cuando llegaran sería demasiado tarde. Ellos armarían un infierno de rugidos y dispararían armas y azotarían a los alusivos cuerpos metálicos con ramas de las plantas del jardín. Alguien llamaría a los bomberos y otro convocaría a la policía y en total la raza humana lograría efectuar una lastimosa exhibición en absoluto efectiva.

Eso, se dijo a sí mismo, sería exactamente la clase de reacción de prueba, exactamente la clase de escaramuza exploratoria preliminar que buscaban esas cosas… la clase de histeria humana y de precipitación que les ayudaría a convencerse de que el trabajo sería fácil.

Un hombre, se dijo a sí mismo, podría hacer algo mucho mejor. Un hombre solo, sabiendo lo que se esperaba de él, podría darles una respuesta que no les gustaría.

Porque esto era sólo una escaramuza, se dijo a sí mismo. La excrecencia de una pequeña fuerza exploratoria en un intento de descubrir la fortaleza del enemigo. Un contacto preliminar para obtener datos que pudieran ser extendidos en términos de la raza

entera.

Y cuando un puesto de vanguardia era atacado, sólo había una cosa que hacer… sólo una cosa podía esperarse. Causar tanto daño como fuera posible y replegarse en buen orden. Replegarse en buen orden.

Ahora había más de ellos. Habían aserrado o mordido o perforado la cerrada puerta principal y estaban entrando… agrupándose para efectuar la matanza. Se encontraban agazapados en fila a lo largo del suelo. Subían por las paredes y corrían por el techo.

Crane se puso en pie y había un aire de confianza en el metro ochenta y pico de su figura humana. Extendió una mano hacia el fregador y sus dedos se cerraron en torno al trozo de cañería. La sospesó… era una tosca, pero efectiva maza.

Habrá otras más tarde, pensó. Y quizá piensen en algo mejor. Pero ésta es la primera escaramuza y yo retrocederé con el mejor orden que pueda.

Mantuvo la cañería lista.

—¿Y bien, caballeros? —dijo.

FIN